

CARVANTAS



Y
SUS

OBRAS

JOSÉ M^A ASENSIO

SEIX
EDITOR
BARCELONA

LIBRO
OBRAS







CERVANTES Y SUS OBRAS



REVISTA DE LA ESCUELA

CERVANTES

Y SUS OBRAS

ARTÍCULOS

POR

D. JOSE M.^A ASENSIO

DE LA

R. A. DE LA HISTORIA

*

Con prólogo del DR. THEBUSSEM



BARCELONA

F. SEIX, EDITOR

— * —
ES PROPIEDAD DEL EDITOR

—
Tipolit. SEIX, S Agustín, 1 & 7, Barcelona (Gracia) — Teléfono 3541



Elogio de este libro



REO que Cervantes no debe de tener motivo de queja con sus conterráneos del siglo XIX.—Monumentos de piedra y bronce, exequias, sermones, poesías, discursos, comedias, óperas, banquetes, mascaradas, fiestas literarias, estampas, retratos, pinturas, ediciones de sus obras, artículos, biografías, comentarios y libros enteros se han dedicado al autor del *Quijote* en el dicho centenario.

La parte flaca y ruín de semejantes honores sirve para dar importancia y valor á los excelentes trabajos de Navarrete, Clemencín, Gallardo, Fernández Guerra, Adolfo de Castro, Gamero, Molins, Barrera, Caballero, Benjumea, Cerdá,

Tubino, Vidart y otros que, muertos para el mundo, viven en la literatura unidos al nombre ilustre del soldado de Lepanto.



Si se dividen en grupos los devotos de Cervantes, no negaré que causan deleite aquellos poetas que, como Fernández y González, Hurtado, Serra ó Ventura de la Vega, lo han cantado de una manera noble y levantada, haciendo olvidar esas inocentes trivialidades que le dedicaron los vates adocenados y de bajo vuelo que tanto pululan en España.

Agradan también sobremanera los curiosísimos estudios en que, con sabroso entretenimiento, nos pintan al gran escritor convertido en geógrafo, médico, purista, marino, teólogo, administrador militar, cocinero, etcétera, por los conocimientos ó indicaciones que de estas materias, y de otras muchas, se hallan en sus obras.

Algunos de los sermones predicados en las parentaciones cervánticas, son modelos de oratoria sagrada y de lenguaje castellano. Y los lienzos en que Moreno Carbonero y otros artistas representaron aventuras del *Ingenioso Hidalgo*,

así como su admirable retrato, debido al pincel de D. Federico de la Torre, son obras de singular mérito y valía.



Contrastando con el claro, razonado y magnífico discurso de Valera,—*Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*,—y por aquello de parecerle á unos bacía de barbero lo que á otros se les antoja yelmo de Mambrino, no han faltado plumas que, tomando el sendero de la filosofía, descubran la profunda doctrina esotérica y social del manchego de un modo tan claro, nuevo, agudo y maravilloso, que su revelación penetra sin la menor dificultad en el ánimo de los lectores. Según estos comentaristas, DULCINEA significa *luz en idea*; DOROTEA es la *tea de oro*; QUIJOTE se deriva de *¡qué hijote!*; CARDENIO viene de *Cardenal* y envuelve una sátira contra el pontificado; el retablo de maese Pedro predica odio á los reyes y amor al gobierno republicano: el escrutinio de la librería, una burla del tribunal de la Inquisición... etc., etc. Semejantes cálculos y pareceres, atribuídos al hombre que declaró paladinamente ser su único deseo poner en aborrecimiento de los hombres

las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería, nos dejan, á los que carecemos de magín para llegar á tales alturas, pasmados, abortos, suspensos, atónitos, abobados, confusos y espantados.



D. José María Asensio es de los que no remontan el vuelo á tan sublimes disquisiciones.—Camina cosido con la tierra, sin meterse en dibujos ni contrapuntos que suelen quebrar de sutiles, y escribe temas y discursos con claridad, laconismo y elegancia. En la abundante serie de sus trabajos, emplea la erudición grata y amena, en vez de la mazorra y pesada. Los manjares literarios que nos presenta son tan nuevos, tan diversos y tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál debe de alargar la mano. Por mi parte, declaro que me entrego en todos ellos con más gusto que si me diesen francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón ó gansos de Lavajos.

Los *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Cervantes*, fueron quizá la semilla que fructificó lozana en la admirable colección de Pérez Pastor. Poderosamente influyó Asensio en el naci-

miento y fama de la interesante *Crónica de los cervantistas*, dirigida por Mainez, y en que López Fabra nos diese el facsímile de la primera edición del *Quixote*, con las curiosas notas de Hartzenbusch. La importante bibliografía de Rius, tiene su raíz en los escritos del mismo género iniciados por Asensio. Como lleva unos cuarenta años de escribir para el público, tiene sobrada razón D. Pedro Salvá al asegurar que su constancia y monomanía son infatigables.

Y ya que nuestro *monomaniaco*, pero venerado y querido amigo, fué el inventor del vocablo **Cervantista** y ha tenido la satisfacción de verlo admitido por el uso y canonizado en el Diccionario académico de la lengua castellana, démosle el lugar preferente que merece en el escalafón y plana mayor de sus colegas españoles del siglo xix.



Entiendo que este breve razonamiento, pues ninguno hay gustoso si es largo, basta y sobra para declarar mi opinión sobre el presente libro. —Su contenido será la probanza que ofrezco á los lectores.—Ellos sentenciarán lo que estimen de justicia, sin atender á las alegaciones de quien,

achacoso y poco hábil para asuntos literarios, debiera ya abandonar la pluma, estarse en su casa, atender á su hacienda, confesarse á menudo y favorecer á los pobres, según aconsejó tan cuerda- mente su ama al Ingenioso Hidalgo Alonso Quixano el Bueno.

EL DOCTOR THEBUSSEM

Medina Sidonia, año de 1901





SOBRE LAS EDICIONES PRIMITIVAS
DE
EL INGENIOSO HIDALGO
Don Quijote de la Mancha ⁽¹⁾

EXCMO. SR. D. PASCUAL DE GAYANGOS.



I muy querido amigo: Debo á V. varias noticias bibliográficas, y no sé, en verdad, cómo he de comenzar á pagar la deuda. Escojo, pues, para asunto de esta carta, reunir algunos datos referentes á las primeras ediciones de *El Ingenioso Hidalgo*; y no porque tenga la pretensión de poder decir en cuanto á ellas algo de mayor substancia, ó que sea digno de fijar la atención de V., sino por la razón sencillísima de que este asunto

(1) Este trabajo, publicado por primera vez en el número 35 de la *Revista de España*, correspondiente al mes de Agosto de 1869, ha sido ampliado y corregido, como puede verse en el contexto.

vendrá como nacido para servir de introito ó pasadizo al CATÁLOGO *de obras de Miguel de Cervantes, y de las que hacen referencia á su vida y escritos*, comprensivo de las que existen en mi modesta librería, que hace mucho tiempo ofrecí enviarle, con el interesado propósito de que me lo adicione y aumente; y también porque, tal vez, á la sombra del nombre ilustre de *Cervantes*, merced al interés que inspira cuanto á su grande obra se refiere, logren pasar, sin ser notados, los descuidos del actual cronista.

Mas como quiera que el ofrecido CATÁLOGO ha de abrazar única y exclusivamente las obras de que poseo ejemplares, debo empezar advirtiendo que no tengo todas las que voy á citar en esta carta. De las siete ediciones que probablemente se estamparon en el año 1605, sólo poseo tres; las dos hechas en Lisboa por Jorge Rodríguez—en 4.º—y por Pedro Crasbeeck—en 8.º,—y una de las que dió á luz en Valencia Pedro Patricio Mey. Pero, aunque no las tengo todas, conozco y he manejado seis de las siete mentadas (que no creo habrá muchos cervantistas que puedan decir otro tanto), pues amén de las tres citadas, que en este momento están sobre mi mesa, he debido á la buena amistad de V. hacer el cotejo de las dos ediciones valencianas de igual año y fecha; así como en la agradable y afectuosa compañía de nuestro querido Hartzenbusch, compulsé las dos que hizo el primitivo editor Juan de la Cuesta.

Pero vamos al asunto, y no anticipemos ideas. La *Nota* de ediciones del *Quijote* que insertó el diligen-

tísimo, erudito y juicioso D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes* (Parte II), necesita hoy grandes adiciones y correcciones, porque desde el año 1819 hasta ahora, la bibliografía ha trabajado mucho é ilustrado muchas dudas.—Limi-témonos en esta carta á lo que se refiere á la primera publicación de la obra inmortal, y á las ediciones que de ella se hicieron en el mismo año 1605.

Las colocaremos por su orden.

I. El *Ingenioso | Hidalgo Don Qvi | xote de la Mancha* | compuesto por Miguel de Ceruantes | Saavedra | . Dirigido al Dvque de Beiar, | Marques de Gibrleon, conde de Benalcaçar, y Baña | res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de | las villas de Capilla, Curiel, y | Burguillos. |

Año, (Escudo del imp.) 1605.

Con priuilegio | En Madrid. Por Iuan de la Cues ta. Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro. señor. |

En 4.º—312 hojas foliadas, con 12 de Prelimina-res y otras 8 al fin sin foliación.

II. El *Ingenioso | hidalgo Don Qvixote de la Mancha* | compuesto por Miguel de Ceruantes | Saavedra | Dirigido al Dvque de Beiar | Marques de Gibrleon, Conde de Barcelona, y Baña | res, Viz-conde de la Puebla de Alcozer, Señor de | las villas de Capilla, Curiel, y | Burguillos.—Año (E. del Imp.) 1605.

Con Priuilegio de Castilla, Aragon y Portugal | En Madrid. Por Juan de la Cuesta. Véndese en

casa de Francisco Robles, librero del Rey nuestro señor.

En 4.^o—316 folios—12 hojas al principio y 4 al fin sin foliación, que son las que ocupa la tabla.

Indudablemente este es el orden en que fueron publicadas las dos ediciones de *El Ingenioso Hidalgo*, hechas por el mismo editor y en el mismo año; como haciéndose cargo de las circunstancias de una y otra, lo sostuvo el Sr. D. Vicente Salvá, en la parte segunda de su *Catálogo de libros españoles y portugueses*, publicada en Londres en 1829, y en un precioso artículo titulado:—*¿Ha sido juzgado el Don Quixote según esta obra merece?* y lo han confirmado luego con discretas observaciones, el Sr. D. Juan E. Hartzenbusch y otros distinguidos bibliógrafos.

La primera de esas ediciones, aunque lleva la fecha del año 1605 en la portada, bien podría llamarse de 1604, pues ya á mediados de este año se estaba imprimiendo, siendo de fecha 26 de Septiembre el *Privilegio*, y estando concluída la edición en Diciembre, pues la *tasa* es del 20 de dicho mes. Por no haber llevado esta edición primera privilegio para el reino de Portugal ni para el de Aragón, reimprimieron allí la obra, sirviéndose de aquélla, como veremos después.

La edición segunda de Juan de la Cuesta, que por las razones que luego se exponen, es la 4.^a en el orden de publicación, es notable desde la portada; pues las erratas de *Conde de Barcelona*, y señor de la villa de *Burgillos*, demuestran la prisa que había

por darla á luz, para evitar con los nuevos *Privilegios* otras ediciones furtivas.

III. Em Lisboa: Impresso con lisença do Santo Officio.—Por Jorge Rodriguez.—Año 1605.—En 4.^o, 220 hojas foliadas y una sin foliación, con 10 de portada y preliminares. (*Tiene en la portada un caballero montado con la espada desnuda y delante un escudero á pie con lanza.*)

La licencia de la Inquisición tiene la fecha del 26 de Febrero de 1605 y la del Gobierno de Lisboa de 1.^o de Marzo.

IV. El *Ingenio | so Hidalgo, Don | Qvixote de la Mancha |* compuesto por Miguel de Cer | uantes Saavedra | (*debajo lleva dos figuritas que representan un jinete armado de todas armas en dirección hacia la izquierda, y detrás un peón, también armado, y ambos con lanzas*), con licencia de la S. Inquisición: | En Lisboa.—Impresso por Pedro Crasbeeck.—Año M. D C V.

8.^o menor,—de 448 páginas y 12 más sin folios, de portada y preliminares.

Signaturas: A. K K K.

Lleva licencia de 27 de Marzo de 1605, dada en Lisboa.

V. *El Ingenioso | Hidalgo Don Qui | xote de la Mancha.* | Compuesto por Miguel de Ceruantes | Saavedra. | Dirigido al Duque de | Bejar, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar y | Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor | de las Villas de Capilla, Curiel, | y Burguillos. | (*Grabadito*

con un caballero con lanza en ristre en actitud de acometer.) Impreso con licencia, en Valencia, en casa de | Pedro Patricio Mey, 1605. | A costa de Juspe Ferrer, mercader de libros | delante la Diputación.

8.º, de 768 páginas y 16 hojas al principio, sin foliar, de portada, preliminares y tabla.

La aprobación lleva fecha en Valencia á 18 de Julio de 1605.

VI. En Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey. Año 1605. | Un tomo en 8.º

No se diferencian estas dos ediciones en el grabado de madera que la primera lleva en la portada, según lo aseguraba V. en sus notas á la traducción de la *Historia de la Literatura española*, escrita por Mr. W. Ticknor, pues ambas lo tienen igual. Otras diferencias tipográficas ha notado el diligente bibliófilo D. Pedro Salvá, y pueden verse en el *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, Valencia, Ferrer de Orga, 1872, tomo II. | pág. 38.

VII. En Pamplona ó en Barcelona.—Año 1605. | Un aficionado á libros castellanos, residente en la Haya, guardaba ejemplar de esta edición, según noticia consignada en las notas á Ticknor: noticia por demás verosímil, porque en Barcelona se repetían inmediatamente todas las ediciones de nuestros buenos libros en el siglo xvii; lo cual no necesita comprobación para las personas entendidas, pues podrían citarse á centenares los libros allí reimpresos. También parece confirmarlo el mismo *Cervantes*:

cuando en el cap. III de la II Parte, pone en boca del Bachiller Sansón Carrasco, estas palabras: «tengo »para mí que el día de hoy están impresos más de »doce mil libros de la tal historia; si no dígalo Por- »tugal, *Barcelona* y Valencia, donde se han impre- »so, y aun hay fama que se están imprimiendo en »Amberes.»

VIII, Lisboa.—1605.—Un tomo en 8.º—La conoció y citó el Sr. Salvá en el artículo referido: *¿Ha sido juzgado el QUIXOTE según esta obra merece?* Pero no dió descripción de ella ni la hemos encontrado en sus catálogos de Londres de 1826 y 29, ni en los de París de 1835 y 1846, y es á mi parecer muy inverosímil, pudiendo creerse que Salvá se refiriera á la de Crasbeeck (número IV).

A muchas observaciones da lugar el cotejo de estas ediciones primitivas. Principiemos por repetir y fijar lo que dijo D. Juan Eugenio Hartzenbusch, haciéndose cargo de las dos que hizo Juan de la Cuesta, á costa de Francisco de Robles.

Usted sabe muy bien que no es una vanidad pueril, ni el mero deseo de ostentar proligidad y exactitud, lo que hace á los *cervantistas* detenerse tanto en esas distinciones. Hay en la edición *príncipe* pasajes muy señalados, en que se descubre el verdadero texto escrito por CERVANTES, mucho mejor que en las ediciones sucesivas. Recuerde V. aquellas palabras:—*Olvidábaseme decir*—que aparecen en la aventura *del cuerpo muerto*, cap. 19, y de las que tan brillante partido ha sabido sacar nuestro amigo Hartzenbusch

para restablecer el texto en la edición de Argamasilla, salvando una grave contradicción que en todas las demás se nota, mal que pese á follones malandrines, que no son capaces de hacer lo que él, ni mucho menos, aunque le muerdan muy á su sabor.

Otras muchas y muy notables variantes se encuentran; pero la que ahora hace á mi propósito, porque basta por sí sola para dar importancia á la edición primera y á las que de ella provienen, es la que ocurre en el cap. 26 de la *parte tercera*. Trata de la imitación que de Beltenebrós hizo *Don Quijote*, convirtiendo en Peña-Pobre las asperezas de Sierra-Morena, y dice:

«Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria
 »cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de
 »començar á imitaros; mas ya sé que lo mas que el
 »hizo, fué rezar y encomendarse á Dios; pero que
 »haré de rosario que no le tengo? En esto le vino el
 »pensamiento, como le haría, *y fué que rasgó una*
»tira de la camisa que andaua colgando, y dióle
»honze ñudos, el vno mas gordo que los demás, y esto
 »le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde
 »rezo vn millon de Ave Marías.»

Este notabilísimo rasgo, omitido inmediatamente en la edición segunda, que el mismo Cuesta comenzó á imprimir apenas puso en circulación la primera, había pasado enteramente desconocido, hasta que lo hizo notar Hartzenbusch; y cuenta que las palabras allí estampadas están en perfecta consonancia con lo que luego se dice, el capítulo 35, *Parte*

Cuarta.—Las voces de Sancho y de *Don Quixote* interrumpen la sabrosa lectura de *El Curioso Impertinente* en punto crítico; alármase el ventero sospechando la suerte que sus cueros sufrían:

«Y con esto entró en el aposento y todos tras »el y hallaron á *Don Quixote* en el mas extraño trage »del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan »cumplida, que por delante le acabase de cubrir los »muslos, y por detrás tenia seis dedos menos.»

Esta falta era consecuencia de la tira que se arrancó para rosario.

Pero ocúrreme una pregunta, á la cual no es fácil hoy dar solución: ¿Quién hizo la variación de ese concepto?... Yo sospecho mucho que no fué cosa del autor... Las palabras que sustituyeron á las primitivas no me parecen de CERVANTES:

«Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria »cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de »comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él »hizo fué rezar y así lo haré yo. Y sirviéronle de ro- »sario unas agallas grandes de un alcornoque, que »ensartó de que hizo un diez.»

Lo subrayado fué lo que se varió, y repito que no me parecen de la pluma del autor esas frases. Los aprobantes tampoco las suprimieron, ni fueron reprobadas por la Inquisición, pues no constan en ninguno de los *Indices*, y mas bien parece ser obra la variante de algún escrúpulo del editor.

Otra observación se enlaza con la de esas notables palabras suprimidas, que también es de impor-

tancia suma, porque puede servirnos para fijar el orden de las ediciones hechas en el año 1605.

Como la primera edición de Juan de la Cuesta no llevaba *Privilegio* más que para Castilla, los editores de Portugal la repitieron impunemente antes que el librero Robles pudiera impedirlo. Las ediciones de Jorge Rodríguez y de Pedro Crasbeeck (números III y IV de nuestra nota) proceden de la primitiva, y puede convencerse cualquiera de ello, viendo que conservan lo de la tira de la camisa, convertida en rosario por medio de *honçe ñudos*, que no lo hay en ninguna de las que proceden de la segunda de Juan de la Cuesta, y así no aparecen ya en las de Valencia de Pedro Patricio Mey, por lo que podemos suponer fundadamente que se hicieron de acuerdo con el dueño de la obra, y después que había obtenido *Privilegio* para el Reino de Aragón.

Raro es que ninguno de los anotadores de *El Ingenioso Hidalgo*, ni los muchos biógrafos del inmortal autor, hayan dado cuenta de esas palabras hasta que lo hizo Hartzzenbusch, pues no se encuentran únicamente, como éste lo creía en la edición primitiva, cuya rareza podía disculpar la omisión, sino que están igualmente en las dichas ediciones de Lisboa.

Pero hay más todavía. Estas ediciones de Lisboa llevan sendas *aprobaciones*: la de Rodríguez, de la Santa Inquisición, fecha 26 de Febrero de 1605; y la de Crasbeeck, de la Inquisición también, pero diferente, fechada en 27 de Marzo, después de la censura

del padre Agustino Fray Antonio Freire, que expresa que *«assí como vay naon leva cousa dissoante á doutrina cathólica, et polla muita eloquencia et engheno que nelle mostra ó Autor, me parece digno que pera honesto entretenimiento se imprima.»*

Ya que no se conoce la opinión que formaron del *Quijote* los aprobantes de la primera parte en Madrid, y que ignoramos hasta sus nombres, curioso es dar publicidad á la censura de Lisboa, con tanto más motivo, cuanto que esta edición de Crasbeeck no ha sido conocida, según parece, por nadie hasta hoy.

Ocho ediciones ó siete á lo menos, de una obra de entretenimiento, hechas en un mismo año, y al comenzar el siglo XVII, cuando los medios de publicidad y comunicación eran tan escasos, tan difíciles, dicen lo bastante en favor de la aceptación general que obtuvo desde el momento de su aparición, desvanecen también en gran manera el grave cargo que hace tiempo viene abultándose acerca de la indiferencia y el desprecio con que miraron á *Cervantes* sus contemporáneos; cargo tan infundado como otros muchos que á España se forman, y que por indolencia consentimos los españoles; y van cerrando, á mi entender, la puerta á la indiferencia, con que suponían había sido recibida por el público, los que sostuvieron la existencia del *Buscapié*: siendo buen argumento para demostrar la falsedad del pastel que adobó D. Adolfo de Castro, y que todavía siguen pegando con mal acuerdo, á continuación del *Ingenioso Hidalgo*, algunos editores de Madrid.

Y como quiera que cuanto se relaciona con la aparición del *Quijote*, tiene cierta importancia, y hay en nuestros días ánimo decidido en algunos, y tendencia en muchos, de dar al libro un tinte autobiográfico, y al autor un carácter poco compatible con las instituciones de su tiempo, vamos á hablar, para concluir, del escudo que Juan de la Cuesta puso en la portada de las primeras ediciones.

De esto me he ocupado ya, pero ahora daré á V. cuantos datos he podido reunir. Supone el corifeo de esta moderna cruzada, D. Nicolás Díaz de Benjumea, que al escribir recónditas elucubraciones, MIGUEL DE CERVANTES, que deseaba que andando los siglos viniera un novísimo comentador á descifrar sus enigmas, formó ó compuso el escudo que había de ponerse al frente de su obra, con el significativo lema de *Post tenebras spero lucem*. Sobre este tema, con variaciones, dando gran importancia á cada una de las partes del escudo, que se supone hijo de un pensamiento trascendental, y afirmando *que apareció por primera vez en el Romancero general de 1604*, cuando ya Juan de la Cuesta estaba en correspondencia con CERVANTES, está formado el *Correo de Alquife*; pero el cimientó es falso, y el edificio no puede ser sólido.

El escudo de la mano con el halcón encapirotado, el león dormido y el lema, lo usó primeramente Adriano Ghemartio en 1570; luego lo heredó Pedro de Madrigal, siendo probablemente los mismos grabados los que fueron pasando de mano en mano, sin

correcciones ni añadiduras, y ya en mal estado, y con gran deterioro lo empleó, por última vez, que yo sepa, el impresor Mateo Espinosa y Arteaga. Estos grabados eran dos, uno para los libros en folio ó en 4.º y otro muy reducido para las ediciones en pequeño, como las *Epístolas de Cicerón* (1589) y el *Arauco domado* (1605).

Vea V. la nota de los libros que llevaron escudo:
1570.—*Ars comprehendiaría gramaticæ*, per Petrum Barahonam.—Vallisoleti exudevat Adrianus Ghemartius.—1570.

1589.—*Los dezíceis libros de las epístolas ó cartas de M. Tulio Ciceron*, vulgarmente llamadas familiares, traducidas de lengua latina en castellana por el Doctor Pedro Simon Abril, natural de Alcaraz.—En Madrid en casa de Pedro Madrigal—año 1589—8.º—471 páginas, una hoja al fin y ocho al principio sin foliar.

Esta obra lleva el escudo pequeño de que antes hablábamos.

1592.—*Comentarios de D. Bernardino de Mendoza*, de lo sucedido en las guerras de los Payses Baixos, desde el Año de. 1567. hasta el de. 1577. con privilegio.—En Madrid, por Pedro Madrigal.—Año de. 1592.—4.º, 336 folios con 8 hojas al principio, y 12 al fin sin foliar.

1593.—*Auiso de caçadores y caça*.—Ordenado por el D. Pedro Nuñez de Auendaño: letrado D. Pedro Yñigo de Mendoza tercero deste nombre, Duque del Infantado.—Con nuevas Adicciones. (*Escudo del Im-*

presor.) Con priuilegio.—En Madrid. En casa de Pedro Madrigal.—Año 1593.

En folio.—17 fojas,—paginación 3—34.—Sig. A. 2.—c, 4.—La primera edición de este libro es de Alcalá, Joan de Brocar—1543—en 8.º—letra de tórtis.

(Noticia de D. Eduardo de Mariátegui, poseedor del libro.)

1600.—*Desempeño del Patrimonio de su Magestad*, Y de los Reynos, sin daño del Rey y bassallos, y con descanso y aliuio de todos. Por medio de los Erarios públicos y Montes de Piedad—por Luys Valle de la Cerda.—En Madrid.—En casa de Pedro Madrigal.—Año M. D. C.—4.º—139 folios.—Al fin dice:

Imprimióse este libro, á costa y por orden del Reyno, en las Cortes que se congregaron En Madrid el año passado de 1599. (Aquí el escudo del Impresor.) En casa de Pedro Madrigal. Año M. D. C.

1602.—*Romancero General*, en que se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de romanceros. Aora nuevamente impresso y enmendado con licencia, En Medina del Campo, Por Juan Godínez de Millis. A costa de Pedro Ossete y Antonio Cuello, librereros de Valladolid.—Año 1602.

4.º, 362 folios á dos columnas, y 8 de portada y preliminares.—El escudo lleva trocadas las palabras por torpeza del grabador; y debajo tiene la cifra A G., que demuestra fué el que usó el antiguo impresor Adriano Ghemartio.

1604.—*Romancero General*, en que se contienen

todos los Romances que andan impresos. Aora nuevamente añadido y enmendado. Año 1604—con licencia en Madrid, por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco López. 4.º, 500 hojas á dos columnas.

1605.—*Aravco domado*. Compvesto por el licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile, Colegial del Real Colegio Mayor de San Felipe y San Marcos, fundado en la ciudad de Lima.—Año 1605.—Con privilegio. En Madrid, por Juan de la Cuesta. 8.º, 342 hojas, con 16 al principio y dos al fin, sin foliar.—Lleva el escudo pequeño.

1605.—*El Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha*. (Es la edición que lleva el número I de nuestra nota.)

1605.—*El Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha*. (Es la edición número II de la nota, con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal.)

1608.—*El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*.—Año 1608.—(*E. del impr.*) Con Privilegio de Castilla, Aragón y Portugal.—Madrid, por Juan de la Cuesta.

1613.—*Lugares comunes de conceptos dichos y sentencias en diversas materias*.—Compuesto por el licenciado Juan de Aranda, vecino de Jaen... Año (Escudo del impresor) 1613.—Con Licencia.—En Madrid por Juan de la Cuesta.—Un tomo en 4.º

1613.—*Novelas exemplares de Miguel de Cervantes Saavedra*.—Año (Escudo del impr.) 1613.—Con

Privilegio de Castilla y de los Reynos de las Coronas de Aragón. En Madrid. Por Juan de la Cuesta. En 4.º —228 hojas.

1614.—*Novelas exemplares*.—Año (*Escudo del impresor*) 1614.—Portadas en todo igual á la que antecede.—En 4.º—236 fs.

1615.—Los cinco primeros libros de los Annales de Cornelio Tácito... traducidos por Antonio de Herrera.—Año (*Escudo del Impresor*) 1615.—En Madrid, por Juan de la Cuesta—en 4.º 116 hojas foliadas y 4 sin foliar con la portada y preliminares.

1615.—*Segunda parte del Ingenioso caballero Don Quixote de la Mancha*.—Año (E. del Im.) 1615. En Madrid—Por Juan de la Cuesta—en 4.º 283 fol.

1617.—*Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia Setentrional*.—Año (E. del I.) 1617.—Con privilegio. En Madrid. Por Juan de la Cuesta.—En 4.º 6 hojas de Portada y prelims. 226 folios.

1618.—*Refranes hechos por Hernando Núñez Pinciano*.—En Madrid por Juan de la Cuesta.—Año 1618.—4.º—385 hojas. Al folio 121 principia la filosofía vulgar de Juan de Mal-lara, vecino de Seuilla.

1668.—*Epistolas familiares* de D. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, etc. Año 1668. Con privilegio. En Madrid, por Matheo de Espinosa y Arteaga. A costa de Juan de Calatayud y Montenegro, mercader de libros, véndese en su casa á la plazuela de Santo Domingo y en Palacio.

No ha sido breve la lista, pero tampoco creo que podrá parecer cansada, si se atiende á su importancia; pues con este y otros datos semejantes se puede cerrar la puerta á esas falsas interpretaciones del *Quijote*, que por más que demuestren ingenio, pecan de absurdas, considerándolas seriamente.

A todo esto que á V. deajo dicho, y á otras muchas cosas que por sabidas se callan, da lugar el cotejo de las primeras ediciones de esa obra inmortal; libro singularísimo entre los de entretenimiento, que con ninguno sufre comparación, y que ha sido y será la desesperación de los ingenios por su galanura, su invención y su portentosa pintura de las grandezas y debilidades del corazón humano; por la variedad de sus episodios y la multiplicidad de sus personajes, hijos todos de la más verdadera observación, sin necesidad de que se le presten ajenas galas, que en nada pueden contribuir á aumentar su mérito.

Supla la bondad de V. lo mucho que faltará en esta desaliñada carta, y prepárese á recibir otra con el *Catálogo* de mi *Biblioteca cervantina*, que le debe á V. mucho, como mucho le debe su verdadero amigo,

J. M.^a A.





OBRAS DESCONOCIDAS
DE
CERVANTES

SR. D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA

I



uy señor mío y amigo: Ya que manifestó V. con tanta bondad como franqueza sus deseos de conocer mis pobres trabajos acerca del *Ingenioso Hidalgo*, cuando tuvo la amabilidad de honrar mi casa, y supuesto que persiste V. en su propósito, á pesar de los grandes cuidados y numerosas atenciones que le rodean, á mí no me toca otra cosa más que repetirme muy obligado y agradecido, y procurar llenar los deseos de V. lo menos mal que á mis fuerzas se les alcance.

Comencemos, pues, por la cuestión de lo que he-

mos dado en llamar *cuna del Quijote*; porque este es punto que se enlaza con otros muchos y en cuya resolución entran varios datos de los que V. desea conocer.

Ambos en esta cuestión sostenemos un mismo tema: el *Ingenioso Hidalgo* empezó á escribirse en Sevilla. Para nosotros esto no admite género alguno de duda; pero hay personas muy doctas que opinan que nos equivocamos, y justo es pesar y rebatir sus argumentos, consignando al propio tiempo nuevos datos en apoyo de nuestra teoría.

Cuando en 1864 dí yo á la imprenta los *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes*, los acompañé con un estudio intitulado *Algunas observaciones sobre los nuevos documentos*, para dar á cada uno el lugar que en la biografía del príncipe de nuestros ingenios debe ocupar en lo sucesivo. Allí, tratando de los trabajos literarios de *Cervantes* durante su larga permanencia en Andalucía, dejé estampada por incidencia (no era ocasión de otra cosa) mi opinión decidida de que el *D. Quijote empezó á escribirse en Sevilla*. Apoyé entonces mi aserto solamente en la frase puesta por *Cervantes* en el cap. 14 de la parte 1.^a, donde, después del entierro del pastor Grisóstomo, los caminantes *rogaron á D. Quijote se viniese con ellos á Sevilla*, que en mi sentir (hoy corroborado por el muy respetable voto de V. y por otros también muy dignos de consideración) indicaba el lugar donde se encontraba el autor al estamparla.

No insistí en la demostración, porque no creía fuera aquel lugar oportuno de tratar esta cuestión, que le tiene y muy señalado, en un penoso trabajo que hace años me ocupa acerca de las *Obras desconocidas de Cervantes*; y porque estimé tan decisiva la frase, que bastaba por sí sola para alejar todo género de duda.

Me equivoqué, lo cual no es extraño, porque yo me equivoco con harta frecuencia.

Remitido el folleto á nuestro común amigo el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, lo examinó, y me dirigió la preciosa carta que se imprimió después al principio del folleto mismo. En ella manifestaba el docto crítico su opinión diferente de la nuestra, y aducía las razones en que se apoyaba.

Sea, pues, el examen de aquéllas la primera parte de esta investigación.

Confiesa el Sr. D. Juan que en algún tiempo abrazó también nuestra opinión «Propenso por costumbre (dice) á preferir al mío el dictamen de aquellos cuya superior capacidad reconozco y hacia cuyo modo de ver me lleva indeliberadamente el cariño.» «Examinada luego la cuestión despacio y sin prevenciones (continúa), he formado otro juicio; difiero en parte de la opinión de Vds. y estoy con Vds. en parte: hay algo en la primera de *D. Quijote* que debió y algo que pudo escribirse en Sevilla; lo principal, en mi concepto, no hubo de ser autografiado en aquella ciudad.»

Esta es la síntesis del actual sentir de nuestro co-

mún amigo; el cual expone en seguida varias razones que le hacen admitir el que la narración del *Capitán cautivo* y la novela del *Curioso impertinente* pudieran ser escritas en Sevilla é ingeridas más tarde en la grande obra.

Pasa luego á ocuparse de aquellas palabras del capítulo 14 en que yo apoyaba mi aserto, y copia otra frase enteramente igual que se encuentra en *Rinconete y Cortadillo, novela generalmente reputada natural de Sevilla*:

»Cervantes paraba en Sevilla (añade D. Juan Eugenio), salía de Sevilla y volvía frecuentemente á ella en el tiempo de sus comisiones; luego es muy de creer que escribiese en aquella ciudad la expresión, »*se viniese con ellos*. A pesar de todo, la novela principia diciendo: «En la venta del Molinillo que está en los fines de los famosos campos de Alcuía, como vamos de Castilla á la Andalucía.....» Esto ya no parece escrito en Sevilla.»

Respuesta muy obvia tiene el reparo de nuestro dócto amigo; el texto que él cita es el del comienzo de la novela tal como salió á luz en el año 1613..... pero en el texto primitivo, en la *miscelánea* del racionero Francisco Porras de la Cámara, decía:

«En la venta del molinillo que está en los campos de Alcuía, *viniendo* de Castilla para Andalucía.....»

Ambas lecciones están copiadas por el bibliotecario Pellicer en las págs. 150 y 151 de su *Vida de Cervantes*; y son la última prueba, como dice el mismo

biógrafo, de que la novela se escribió en Sevilla y se retocó y corrigió en Madrid para darla á la estampa; observación igualmente aplicable al *Quijote*.

Esto responde satisfactoriamente á esa objeción; en cuanto á las demás que en la carta se acumulan, tienen respuesta de otra clase. No puede darse la misma interpretación á los discursos puestos en boca de los personajes, que á la narración que el autor hace en impersonal.

Cardenio, cuando habla, dice *vine* á Osuna; luego D. *Quijote* le dice:

«Quiera vuesa merced *venirse* conmigo á mi aldea;» pero esto no supone que el autor allí se encontrase; el personaje habla en su situación, y el autor no se localiza en ella, como cuando en lo narrado dice:

«*le rogaron se viniese á Sevilla.*»

Creo que esto es claro é incuestionable. Queda, por lo tanto, en toda fuerza el argumento que á favor de nuestra opinión formaba yo con las palabras de *Cervantes*.

La primera parte del *Quijote* empezó á escribirse en Sevilla. Yo creo que algo ayuda á robustecer mi argumentación el haber encontrado en un códice de la Biblioteca Colombina (de cuyo mérito é importancia hablaré á V. en otra carta muy detenidamente) la *Canción desesperada*, tal como fué escrita por *Cervantes*, mucho antes, en mi sentir, de haber empezado el *Quijote*, según lo indican las correcciones y enmiendas que lleva en la novela, algunas de mucha consideración, como lo deducirá V. del cotejo de

cualquier edición del *Ingenioso Hidalgo* con la que aquí le transcribo copiada literalmente del M. S.

CANCIÓN DESESPERADA

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
A el triste pecho mío un son doliente
Con que el uso común de su voz tuerza;
Y al par de mi deseo que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento
Y en él mezcladas por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un furioso desvarío
Por gusto mío sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algún monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar inestable,
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto

Del envidiado buho, con el llanto
 De toda la infernal negra cuadrilla,
 Salgan con la doliente ánima fuera
 Mezclados en un son, de tal manera
 Que se confundan los sentidos todos;
 Que la pena cruel que en mí se halla
 Pide para cantalla nuevos modós.

De tanta confusión no las arenas
 Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
 Ni del famoso Betis las olivas;
 Que allí se esparcirán mis duras penas
 En altos riscos ó profundos ecos,
 Con muerta lengua y con palabras vivas,
 O ya en oscuros valles ó en esquivas
 Playas, desnudas de refugio humano,
 Adonde el sol jamás mostró su lumbre;
 O entre la venenosa muchedumbre
 De fieras que sustenta el Libio llano:
 Que puesto que en los páramos desiertos,
 Los ecos tristes de mi mal inciertos
 Suenan con tu rigor tan sin segundo,
 Por privilegio de mis cortos hados
 Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desdén, atierra la paciencia
 O verdadera ó falsa una sospecha,
 Matan los celos con rigor más fuerte,
 Desconcierta la vida larga ausencia,
 Contra un temor de olvido no aprovecha
 Firme esperanza de dichosa suerte;
 En todo hay cierta inevitable muerte:

Mas yo, milagro nunca visto, vivo
 Celoso, ausente, desdeñado y cierto
 En las sospechas que me tienen muerto
 Y en el olvido en quien mi amor avivo;
 Y entre tantos tormentos nunca alcanza
 Mi vista á ver en sombra á la esperanza.
 Ni aun yo desesperado lo procuro;
 Antes por estremarme en mi querella,
 Estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese por ventura en un instante
 Esperar y temer; ó es bien hacello
 Siendo las causas del temor más ciertas?
 ¿Tengo, si el duro celo está delante,
 De cerrar estos ojos, si he de vello
 Por mil heridas en el alma abiertas?
 ¿Quién no abrirá de par en par las puertas
 A la desconfianza, cuando mira
 Descubierto el desdén y las sospechas
 ¡Oh amarga conversión! verdades hechas
 Y la pura verdad vuelta en mentira?
 ¡Oh en el reino de amor fieros, tiranos
 Celos, ponedme un hierro en estas manos;
 Dame, desdén, una torcida sogá;
 Mas, ¡ay de mí! que con cruel victoria
 Vuestra memoria el sufrimiento ahogal

Yo muero, en fin; y porque nunca espere
 Buen suceso en la muerte ni en la vida,
 Pertinaz estaré en mi fantasía;
 Diré que va acertado el que bien quiere,
 Y que es más libre el alma más rendida

A la de amor estraña tiranía;
Diré que la enemiga siempre mía
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mis culpas nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinión y un duro lazo,
Apresurando el miserable plazo
A que me han condenado mis desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
En lauro y palma de futuros bienes.

Vengan, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed; Cisifo venga
Con la carga terrible de su canto;
Ticio traiga su buitre, y así mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las germanas que trabajan tanto.
Y todos juntos, su inmortal quebranto
Tresladen en mi pecho, y en voz baja,
Si ya á un desesperado son debidas,
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo á quien se niega la mortaja.
Y el portero infernal con los tres rostros
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contrapunto:
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece este amador difunto.

Tú que con tantas sin razones muestras
La razón que me muestra á que la haga
A la cansada vida que aborrezco,

Pues ya ves que te da notorias muestras
 Esta del corazón profunda llaga
 De como alegre á tu rigor me ofrezco,
 Si por dicha conoces que merezco
 Que el cielo claro de tus bellos ojos
 En mi muerte se turben, no lo hagas;
 Que no quiero que en cosa satisfagas
 A el darte de mi alma los despojos;
 Antes con risa en la ocasión funesta
 Descubre que al fin mío fué tu fiesta.
 ¿Mas no es simpleza el advertirte desto,
 Pues sé que está tu gloria conocida
 En que mi vida llegue al fin tan presto?

Canción desesperada, no te quejes,
 Cuando mi triste compañía dejes;
 Antes, pues que la causa do naciste
 Con mi desdicha aumenta su ventura,
 No es desventura para ser tan triste.

Cervantes, que no versificaba fácilmente, y que sin duda recordaba el trabajo que le costaba sujetarse al metro y á la rima, cuando dijo:

¿Consentirás que á dicha participe
 Del licor suavísimo un poeta
 Que al hacer de los versos sude y hipe?

encontró después muy apropiada su *Canción*, y la incluyó en el episodio del entierro de Grisóstomo,

con leves variaciones; así como más tarde acomodó en la *Gitanilla* uno de los *romances* que había compuesto cuando el nacimiento del príncipe D. Felipe Dominico Víctor. De estos acomodados debe haber más de uno y más de diez en las *Novelas ejemplares*.

Y, ya que entre las manos tengo el códice colombiano, no he de dejarlo escapar sin dar á V. noticia de otra composición inserta en él, y que en mi pobre entender algún parecido tiene con otras de nuestro grande ingenio en situaciones análogas.

Usted sabe que nombrado para la silla primada de Toledo el obispo que era de Jaén, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, tomó posesión en su nombre su sobrino D. Bernardo de Rojas, el miércoles 23 de Junio de 1599, haciendo después su solemne entrada en Toledo el Prelado el 29 de Septiembre, día del santo de Cervantes, y quizá aniversario de su nacimiento.

A este suceso se refiere la composición aludida, que dice así:

Á LA ELECCIÓN DEL ARZOBISPO DE TOLEDO

CÁNCION

Prudencia rara y elección divina,
 Fué la vuestra, Filipo Rey Tercero,
 Con quien el Istro y Alpes se engrandecen:
 En celo y gloria fuisteis el primero:

Y quien á veros, Rey, la vista empina,
Verá que entrambos polos se os ofrecen.

Dais á los que merecen
Con alto nombre, celestial y eterno,
Con prudencia, el gobierno:
Mirar vuestra grandeza lo que supo:
Que donde más no cupo,
Llenó con su favor vuestro alto pecho,
Dejando vuestro reino satisfecho.

Pusistes, Rey, con modo soberano
A don Bernardo Sandoval y Rojas
Por arzobispo de la Iglesia nuestra;
Es fruto vivo, y encarnadas hojas.
Fué elección del cielo vuestra mano,
Según su gracia y su bondad nos muestra;
Y pues el cielo adiestra,
Vuestra lengua, señor, sea profeta;
Pues fué elección perfecta,
Que á tu persona títulos dió iguales
Hará sus vivos hechos inmortales.

Y aquella antorcha viva á quien se humilla
El cristianismo todo, y que su lumbré
Nos muestra con favores soberanos,
El pontífice santo, que en la cumbre
Adonde está la más suprema silla
Se sienta, y le besamos piés y manos,
Por sus intentos llanos
Veréis cuán buena fué su elección santa
En esta hermosa planta,

Que su fruto dichoso se eterniza
 Y España canoniza,
 Dando el capelo rojo al grande Rojas,
 Dichoso fruto de tan buenas hojas.

Prospera el cielo su dichosa suerte:
 Las ninfas canten con sonoro canto
 En el sagrado Henares; tan copioso
 Tajo en sus aguas de oro esté contento.
 Mi tosca vena con su voz despierte,
 Y Tíber de alegría esté gozoso.

Aqueste sol hermoso
 Sus vegas fertiliza, aumenta y crece:
 Todo el campo florece
 Con su venida; quita el triste velo,
 Y muéstranos el cielo
 Sereno, afable, de sus claros ojos:
 Que estaban de llorar los nuestros rojos.

¿Quién dirá alguna parte
 De las que tiene, con su cuerpo hermoso,
 En todo cuidadoso,
 Mansedumbre, modestia y gallardía,
 Dulzura y cortesía?
 ¡Iguales miembros, juntamente hermosos
 En lo esencial, perfectos y vistosos!

Conocida esta *Canción* en Madrid por varios sujetos, por haberla yo enviado á nuestro amigo Hartzenbusch, recibí carta de éste, con algunas observaciones, tan poderosas en su sentir, y en el de otras

personas, que le hacían dudar de que fuera obra de *Cervantes*.

Diré á V., ante todo, que tanto esta última *Canción* como la *desesperada*, tienen puesto al margen «de M. de Cervantes,» pero de letra más moderna; en cuya forma creo encontrar la de D. Justino Matute y Gaviria, docto bibliófilo y poeta, compañero de Reinoso, de Blanco, de Lista, Núñez, Arjona, Roldán y demás ilustres redactores del *Correo literario de Sevilla*.

En carta fecha 25 de Abril de 1865, me decía Hartzbusch:

«Cuando leo en la *Canción*:

Pusistes, Rey, con modo soberano
á Don Bernardo Sandoval y Rojas
por arzobispo de la Iglesia nuestra:

»no puedo menos de figurarme que el autor de estos
»versos es hombre de Iglesia, y que escribe en To-
»ledo.»

Esto último no lo dudo yo, pues Cervantes pudo estar accidentalmente en aquella ciudad á la entrada del arzobispo; pero debe notarse que la *Canción* es á la celebridad de la *elección*. Por lo demás, todo el que habla de su país dice nuestro cuando se halla fuera de él; y *Cervantès* se decía siempre *vecino de la villa de Esquivias, que es en el reino de Toledo*, como puede verse en los *documentos* publicados por mí en 1864, en los que tienen los números segundo y tercero.

«No entiendo bien (prosigue D. Juan) estos otros versos:

Aqueste sol hermoso
 sus vegas fertiliza, aumenta y crece;
 todo el campo florece
 con su venida; quita el triste velo
 y muéstranos el cielo
 sereno, afable, de tus claros ojos;
 que estaban de llorar los nuestros rojos.

«Ese hermoso sol ¿es el nuevo arzobispo? Parece que sí; pero en las composiciones de *Cervantes* no hay que hacer semejantes preguntas, porque la dicción es clarísima, *siempre que no la desfiguren errores de copia.*»

Cogido le tenemos; porque nadie se atreverá á asegurar que no haya errores de copia en este pasaje. Salvo también que yo presentaré trozos de poesía de *Cervantes* más oscuros que éste, que de tal se califica, y que en verdad poca ó ninguna obscuridad ofrece.

«Finalmente, yo no puedo creer (concluye D. Juan) que un hombre tan discreto como *Cervantes* concluya una canción en elogio de un arzobispo, alabándole de hombre *hermoso*, de hombre de miembros perfectos y vistosos en lo esencial.»

Y vea V., Sr. D. Aureliano, á mí me parece enteramente lo contrario; y lo digo con disgusto, porque estimo en mucho las opiniones del Sr. Hartzzenbusch.

Ese era cabalmente el modo de elogiar de *Cervantes*. Véase en comprobación lo que dice al conde de Saldaña, en una *oda*, cuyo autógrafo se conserva, según dicen, y, por lo tanto, no puede tacharse de apócrifa:

Yo, señor, entre todos,
Admiro tu valor, tus prendas raras,
Reliquias de los godos,
Tu rostro hermoso, tus virtudes claras,
Tus dignas esperanzas
Sujeto de más dignas alabanzas.

Esta manera de frasear en verso me parece del todo igual á esta otra:

¿Quién dirá alguna parte
De las que tiene, con su cuerpo hermoso,
En todo cuidadoso,
Mansedumbre, modestia, gallardía,
Dulzura y cortesía?
¡Iguales miembros, juntamente hermosos,
En lo esencial, perfectos y vistosos!

Sinpreciarme de *cata estilos*, se me figuran de un autor ambas estrofas.

Y basta ya por hoy, amigo mío, que bastante cansado estará V. al llegar á estos renglones. En otra describiré á V. los siete códices de la biblioteca colombina, cuyo tomo 4.º conoce V. y ha ilustrado al publicarle con tanta erudición. Diré á V. todo lo que

contienen, y le incluiré íntegro algún notable *Entremés*, tan digno de llamar la atención como las *Canciones* que en éste van copiadas. Si el trabajo y las noticias valen poco, crea V. que vale mucho la voluntad con que le sirve su afectísimo seguro servidor
Q. L. B. L. M.

J. M.^a A.

Sevilla, 19 de Mayo de 1867.



II

SR. D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA

Sevilla, Agosto 6, 1867

Muy señor mío y amigo muy querido: En el momento de principiar ésta recibo la noticia de que mi anterior con la contestación de V. han aparecido en las columnas de la *América*, en el número correspondiente al 28 de Julio anterior.

No creía yo que mi carta merecía esa honra; pero no me pesa de su publicidad, yendo acompañada de la de V. que le sirve de necesario complemento y y precioso remate; y además, porque tal vez nuestras observaciones sirvan de aliciente á otros cervantistas para continuar en esa difícil investigación.

Hablemos ahora de los códices de la Biblioteca Colombina.

Entre los muchos servicios que hasta hoy tiene usted prestados á las letras españolas, no reputarán nuestros nietos por el menor el de haber dado á conocer el precioso códice que contiene rasgos de Cervantes, Quevedo, Chaves y algunos otros autores.

Elegante y exquisita descripción hizo V. de aquel importante manuscrito, publicando al mismo tiempo las obras que pueden atribuirse al Príncipe de nuestros ingenios; pero ¿cuánta no hubiera sido su alegría si hubiese caído en sus manos la colección completa? Figúrese V., amigo mío, siete códices todos de igual importancia; miscelánea curiosísima recopilada por persona muy docta, que vivió en los primeros años del siglo xvii.

Pero procedamos con orden.

Forman esta colección, según antes he dicho, siete volúmenes en 4.^o español (AA.—141.—nos. 1 á 7.) escritos de una misma letra, en mi entender por un amigo de Cervantes, cuyo nombre no he podido averiguar ni rastrear, aunque he leído enteros casi todos los tomos.

Consta que D. Bartolomé José Gallardo manejó los tomos 1.^o, 2.^o y 4.^o: V. conoce este último y lo ha dado al público casi en su totalidad, aunque por estar muy borrada la rotulación creyó V. que decía —*Poesías—Palacio—varias—tomo 4.^o*— cuando el título es—*Poesías y Relaciones varias*—y aquella equivocación hizo á V. caer en error, sospechando fuera el colector el racionero Francisco Porras de la Cámara.

El tomo 5.^o lo examinó D. Juan A. Ceán Bermúdez, y remitió copia exacta de todas las poesías de Fray Luis de León que contiene, al Padre Fray Antolín Merino, que se sirvió de ellas para la edición que hizo en 1816; y también lo manejaron los ilus-

tres redactores del *Correo literario de Sevilla*, los cuales copiaron de él varias poesías líricas. Por último, el 7.º parece haber sido conocido por D. Adolfo de Castro, que sacó de él las *Cartas de Don Juan de la Sal*, obispo de Bona, al Duque de Medina Sidonia, sobre las imposturas del Padre Méndez. Del mismo he tomado yo también por encargo de nuestro amigo D. Pascual Gayangos dos cartas de D. Juan de Austria.

El tomo 6.º no ha sido conocido, y de él hablaré á V. aparte.

En una circunstancia esencial convienen todos aquellos literatos, cada cual con relación al volumen que logró examinar, y es en que la letra de ellos es de los primeros años del siglo xvii; porque, en efecto, este es un dato interesantísimo, y que se corrobora al observar que ninguna de las noticias contenidas en esos siete tomos es posterior al año 1620.

Concretándonos á las obras de Cervantes que puede haber en la colección, encuentro desde luego á la página 220 del tomo 1.º la noticia de que á aquel autor pertenece la *Relación de las fiestas de Valladolid*; noticia que recogió aquí D. B. J. Gallardo, y que yo, sin saber que fuera conocida, tenía guardada para darla á luz en mis *Obras desconocidas de Cervantes*.

En el tomo 4.º se incluyen la novela titulada *La Tía fingida*, la *Carta á D. Diego de Astudillo y Carrillo*, y las tres partes de *las cosas de la cárcel de Sevilla*, escritas las dos primeras por el Licdo. Cha-

ves, y atribuída, no sin razón, la tercera á Miguel de Cervantes.

En el tomo 5.º, compuesto en su totalidad de poesía, se encuentran las dos *canciones* que incluí en mi anterior carta; y hemos llegado por su orden al tomo 6.º, del cual nadie hasta hoy se ha ocupado para darlo á conocer, siendo así que es uno de los más importantes, si no el más interesante de todos.

Calcule V. un volumen que contiene catorce entremeses, entre ellos, seis inéditos, y desconocidos, hasta el punto de que ni la ilustrada é infatigable inteligencia de V. ni de D. Cayetano Alberto de la Barrera, habían logrado rastrearlos.

Los entremeses son estos:

- 1.º—*El Examinador Miser Palomo.*
- 2.º—*Los Habladores.*
- 3.º—*La Cárcel de Sevilla.*
- 4.º—*Los Mirones.*
- 5.º—*El Sacristán Soguijo.*
- 6.º—*La Villana de Getafe y Carreteros de Madrid.*
- 7.º—*La Endemoniada fingida y chistes de Ba-callao.*
- 8.º—*Melisendra.*
- 9.º—*El Rey Cachumba de Motril y la Infanta Palancona.*
- 10.º—*Durandarte y Belerma.*
- 11.º—*Doña Justina y Calahorra.*
- 12.º—*El Doctor Zurrabulleque.*

13.º—*El Zurdo*.

14.º—*Entremés de refranes*.

De estos catorce Entremeses, el 1.º está coleccionado entre las obras de D. Antonio de Mendoza, y también se publicó suelto en Cádiz en 1646 por Francisco Juan de Velasco; pero tiene considerables adiciones y enmiendas en el MS.—El 2.º y 3.º fueron impresos en la parte 7.ª de las comedias de Lope de Vega publicada en Madrid en 1617; pero el de *Los Habladores* fué reimpresso después en Sevilla en 1624 y en Cádiz en 1646 con el nombre de su autor, Miguel de Cervantes, y es raro, en verdad, que á continuación venga también en la copia el entremés de *La cárcel de Sevilla*, en el cual V. y otras autoridades competentes reconocen hoy la mano del ilustre escritor. El 4.º, aunque igual en el título al publicado por Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo en su libro intitulado *Casa del placer honesto* (Madrid, 1620), es, sin embargo, del todo diferente y de mucha mayor importancia que aquél.—El 5.º salió anónimo en la 3.ª parte de comedias de los mejores ingenios de España, 1653.—El 6.º y el 12.º se publicaron sueltos en Cádiz en 1646 ó 47 por Francisco Juan de Velasco.—El 7.º y 9.º vieron la luz en Lisboa en 1706 con las *Comedias portuguesas feitas pelo exelente poeta Simon Machado*. Y quedan desconocidos el 5.º de los *Mirones*.—El 8.º de *Melisendra*.—El 10.º *Durandarte y Belerma*.—El 11.º de *Doña Justina y Calahorra*.—El 13.º *del Zurdo*—y el 14 de *Refranes*.

Resumen: de los catorce entremeses que contiene el código, hay seis inéditos y desconocidos. De los ocho restantes, cinco fueron impresos sueltos en Cádiz, por Velasco, en 1646 y 1647.

No quiero yo incurrir en exageración al atribuir á *Cervantes* obras que no llevan su nombre. Sin embargo, si se reconocen, como creo, en los entremeses de *Melisendra*, y de *Durandarte y Belerma*, aunque burlescos ambos, algunos rasgos de su pluma, y se suponen escritos durante la permanencia del autor en Sevilla (á cuya suposición daría margen y probabilidad de acierto el encontrarlos incluidos en este código sevillano), importantísimos serían para indicar el aprecio que en el ánimo de Cervantes iban teniendo las invenciones caballerescas, y el punto de vista del ridículo bajo el cual empezaba á considerarlas. No quiero hacer interminable esta carta, y por eso no me decido á entrar en otras apreciaciones, limitándome á incluir á V. copia exactísima del *Entremés de refranes*, que no solamente en mi concepto, sino también en el de nuestros buenos amigos D. José María de Alava y D. Juan E. Hartzensch, en nada desdice del giro y distribución de los de *Cervantes*, notándose muchos rasgos que parecen trazados por la misma pluma que escribió luego el *Ingenioso Hidalgo*.

Léalo V., amigo mío, y dígame franca y desapasionadamente su opinión.

ENTREMÉS DE REFRANES

SON FIGURAS

Pedraza, galán

Doña Sofía

Alvarado, vejete

Doña Casilda

Músicos

Salen *Doña Sofía* y *Pedraza*, galán

Ped. Quien no cree buena madre, crea mala madrastra: pensé yo, Sra. Doña Sofía, que pescaba bogas, y que tenía trapillo con dineros en amartelar á Vm. y al fin he visto que la mejor muger, muger, pues me deja como el carnero encantado, que fué por lana y volvió tresquilado.

Sof. Mas es el ruido que las nueces, Sr. Pedraza, Vm. no diga esta boca es mía, sino punto en boca, y si no tome las de Villadiego, y no piense que me hace los hijos caballeros, que ya está pobre, y de costal sacudido nunca buen bodigo.

Ped. Cría el cuervo sacarte ha el ojo: he gastado con Vm. mis blanquillas, que no me ha quedado estaca en pared, y cuando pensé que Vm. se moría por mí, como gavilán por rábanos, me da con la puerta en los ojos, que muger, viento y ventura presto se muda; no

puedo dejar de sentillo, que quien juega y pierde fuerza es que reniegue.

Sof. Agua pasada no muele molino, cuanto y más que no me ha dado nada, que esto es hacer la cuenta sin la huéspedada, y todo lo que se gana se vuelve sal y agua, y tras tras, para la costa no más; ni él tenía que dar, que harto trigo tenía mi padre en un cántaro: y si me dió algo, no había de ser yo como el sastre del Campillo que cose de balde y pone él hilo, que el abad de donde canta de allí yanta; vaya, que quien se muda Dios le ayuda, que ya paso solia, y no quiero ser pescador de caña que más come que gana.

Sale Doña Casilda

D.^a Cas. ¿Qué es esto? ¿Qué voces son estas? que quien mal pleito tiene todo lo mete á voces; pero ya puedo sacar por el hilo el ovillo, y pues soy, etc., quiero meter mi cucharada y ponerlos en paz, aunque más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena.

D.^a Sof. En el aldeguela, más mal hay del que se suena. Aquí estamos tú por tú como el gaitero del aldea, y como canta el abad y responde el monacillo; y perdí mi honor diciendo mal y oyendo peor.

Ped. Señoras, yo quiero responder que quien no habla Dios no le oye, y echémoslo á doce y nunca se venda, que no piense que me mamo yo el dedo, que soy un hidalgo que tengo piedra en el rollo, que mundo mundillo nacer en Granada y morir en Trujillo; á lo menos soy tan bueno como esta Señora, que tal para

cual casaron en Dueñas: dióme entrada en su casa, que dádivas quebrantan peñas, héla sustentado siete meses, que los duelos con pan son buenos, pero la mucha conversación es causa de menos precio, y así agora me despide y me escupe, que Sancha, Sancha bebes el vino y dices que mancha.

D.^a Sof. A palabras locas orejas sordas; diga lo que quisiere, que quien no miente no viene de buena gente.

D.^a Cas. Ea, no haya más; palabras y plumas el viento las lleva, no andeis siempre en dares y tomares que quien da y toma Dios le da una corcoba.

Ped. No puede ser el cuervo más negro que sus alas, yo tengo de andar en dimes y diretes, y en dares y tomares, aunque Dios me dé dos corcobas, que una no es ninguna, y siendo muy corcobado diré lo que quisiere, que quien no ha mesura toda la tierra es suya.

Digo señora que escarba la gallina por su mal: yo anduve muchos días por Vm. que parto largo, hija al cabo, pensé que era Vm. nueva, pero uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla; quise luego dejalla, que lo que otro suda á mí poco dura, pero repórteme y dije entre mí, tal te quiero crespas aunque eres tiñosa.

D.^a Sof. No importa no ser nueva: mal de muchos gozo es!

Ped. Yo hice orejas de mercader, que á quien dan no escoge, pero he gastado mucho en galas, que á gran tocado chico recado, y moza galana calabaza vana.

D.^a Sof. Señor, sufrir cochura por hermosura, porque el día que me afeité vino á mi casa quien no pensé.

Ped. Pues aquí de Dios! si yo lo preví, que en casa llena presto se guisa la cena: si yo lo sufro todo, que no hay peor sordo que el que no quiere oír, ¿por qué me trata mal de amigo á amigo? chinche en el ojo válgalo el Diablo; mozas bailo bien y echaisme del corro!

D.^a Cas. Ea, Señora, que cuando dos no quieren tres no barajan; váyase el Diablo para puto, que riñas de por San Juan son paz para todo el año: por amor de Dios doña Sofía, que quiebre la sogá por lo más delgado, y que queráis mucho al Sr. Pedraza, que malo vendrá que bueno me hará, y cállate y callemos, que sendas nos tenemos.

Ped. No quiero más voces, que cuentas viejas barajas nuevas.

D.^a Sof. De conejo ido el consejo venido; yo no te quiero mal, que ojos que bien se quieren desde lejos se saludan; pero, pecadora de mí! no tiene ya un cuarto que quien tiene cuatro y gasta cinco no ha menester bolsico; yo señor, no tengo oficio ni beneficio; si quieres que te lo diga, Pedraza es pobre y quiere muger; Ajá no tiene que comer y convida huéspedes.

D.^a C. Señor Pedraza, de qué sirve andar por las ramas? La verdad adelgaza mas no quiebra. Vmd. se quede con Dios, y si no tiene que gastar purgalle y sangrallle y si se muriese enterralle: esto es acabar razones, el pan comido la compañía deshecha.

Ped. Vm. se quede con Dios que á puerta cerrada el Diablo se vuelve, no quiero más perro con cencerro,

pero advierta que de lo contado come el lobo, y que aunque más sabe la zorra, más sabe el que la toma.

Vase Pedraza

- D.^a Sof.* Tormes, Tormes, por donde vienes nunca tornes; la ida del humo, y á el enemigo que huya la puente de plata.
- D.^a C.* Ya está hecho, paciencia y barajar que el güesped y el pez á dos días güelen, y en Madrid se usa descartar al pobre, y donde fueres haz lo que vieres.

Sale Alvarado con una carta

- Alv.* La diligencia és madre de la buena ventura y haz bien pero no cates á quien, que hoy por mí y mañana por tí. Esta carta traigo de las Indias, que aunque dicen que mal ageno de pelo cuelga, he de hacer esta diligencia, que cada uno hace como quien és. ¿Es usted la señora doña Sofía? aunque su fama le hace bien conocida; pero unos tienen la fama y otros cardan la lana.
- D.^a Sof.* Yo soy señor, y bien haya quien á los suyos se parece.
- Alv.* Señora, mire: yo vengo de las Indias, y aunque de largas vías largas mentiras, vengo para decir la verdad, y hacer de una vía dos mandados. Vuestra merced tenía en las Indias un tío, el cual, como á la muerte no hay cosa fuerte, se murió, porque quien más no puede morir se deja.

D.^a Sof. ¡Ay Dios! Mucho me pesa; pero el muerto á la huesa y el vivo á la hogaza.

Alv. Este caballero la dejó á Vm. mil ducados: que quién no hereda no medra.

D.^a Sof. ¡Ay! Venturosa yo, que á tan buena coyuntura se me ha caído la sopa en la miel! Doña Casilda ¿qué le parece? Murióse mi tío y me dejó por su heredera: que prendas de garzon, dinero son.

D.^a C. Verdaderamente que adonde no piensan salta la liebre, y á quien Dios quiere bien en casa le trae de comer.

Alv. Señora mía, quien bien ata bien desata; este dinero se ha de dar con condición, que Vm. esté casada, ó se case, y así lo tengo de hacer, porque no digan que adonde no está su dueño allí está su duelo.

D.^a Sof. Válgame Dios ¡qué de titulillos! achaques al viérnes por no ayunar! ea, señor, dé Vm. ese dinero, que quien dá luego dá dos veces.

Alv. Señora: mensagero sois amigo, non merecedes culpa, non; Vm. se case y á el marido daré el dinero, y si nó, escríbase en el agua, que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón: yo volveré por la respuesta, que á buen bocado buen grito.

Vase

D.^a Sof. Ay doña Casilda! qué triste quedo, que no quisiera casarme ni perder este dinero! y no sé que he de hacer, que lo que es bueno para el hígado no és bueno para el bazo.

- D.^a C.* De eso te afliges? Con arte y engaño se vive medio año; y con engaño y arte la otra parte.
- D.^a Sof.* Pues qué te parece que hagamos? que más ven cuatro ojos que dos.
- D.^a C.* Busca un marido fingido y dure lo que durare como cuchara de pan. En cobrando ese dinero cada loco por su senda, que en casa del mezquino más manda la muger que no el marido.
- D.^a Sof.* Ay qué bien dices! más vale saber que haber ¿pero á quién haremos que sea marido fingido, porque no vengamos de rocín á ruín?

Sale Pedraza

- Ped.* Si Mahoma no va al otero, vaya el otero á Mahoma; no acierto á salir desta casa, que amores y dolores mal se pueden encubrir.
- D.^a C.* Ay que vuelve Pedraza! llega y ríndete, que el hombre es fuego, la muger la estopa, llega el diablo y la sopla.
- D.^a Sof.* Vuelve acá, pan perdido, que el perro con rabia á su amo muerde.
- Ped.* ¿Qué es aquesto? Aquí hay algún engaño; del agua mansa me libre Dios. ¿Qué es esto señora doña Sofía, Vm. se ha hecho la gatica de Mari-Ramos?
- D.^a Sof.* Quiero ya mudar de condición, porque becerra mansa todas las vacas mama; y quiérote pedir que digas eres mi marido, que no importa el decillo, que de el dicho al hecho hay gran trecho, porque me importa para cobrar mil ducados, que al buen entendedor, pocas palabras.

Ped. ¡Casarme yo! á otro perro con ese güeso, que el buey suelto bien se lame. De la mala muger te guarda, y de la buena no fies nada; mas si no es más de decirlo, yo lo diré que quien dice de sí, dirá de no.

D.^o Sof. Pues nosotras vamos á prevenir una fiesta como de boda; y adiós bien mío, y vívame esa cara de pas-cua mil años, que quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

Vanse las dos

Ped. Quien calla piedras apaña; estas me quieren engañar, y yo las tengo de ganar por la mano, que quien hurta al ladrón cien días gana de perdón.

Sale *Alvarado* con el dinero

Alv. Si esta muger no se casa no la tengo de dar el dinero. ¡Oh señor Pedraza! huélgome de encontrarle aquí, que ando entre la cruz y el agua bendita con mil ducados que he de dar á una doña Sofía, y pienso que no trae bien los dedos para organista.

Ped. Ah qué linda ocasión! ¡la sopa se me ha caído en la miel! Aquí me he de vengar lindamente con vuestra ayuda, que del lobo siquiera un pelo.

Alv. Haced lo que quisiéredes, que quien calla otorga.

Salen doña *Sofía* y doña *Casilda*

D.^o C. Ya traemos músicos y bailarines para que huela

la casa á hombre, que cada gallo canta en su mular.
dar.

D.^a Sof. Pues allí viene el indiano y aquí está ya aguardando el novio, que quien madruga Dios le ayuda. Llegue Vm. señor Indiano, que el señor Pedraza es ya mi marido, que la suerte me lo dió: cada oveja con su pareja.

Alv. Yo lo creeré si él lo dice, que al hombre por la palabra y al buey por el cuerno.

D.^a Sof. No diga Vm. ese nombre el día de boda, que á el enhornar se hacen los panes tuertos.

Alv. No responde Vm. señor novio? ¿Qué es de la boda? ¿quién duerme con la novia?

Ped. Yo soy el verdadero marido, pero la desposada no duerme, que muger que no vela no hace larga tela.

Alv. Pues si Vm. és el marido, tome estos mil ducados y buen provecho le hagan, que de buena mano, buen dado.

Ped. Con estos quedo yo pagado de otros tantos que he dado á estas señoras, y así me voy ¿qué es lo que quiere la mona? piñones mondados.

D.^a Sof. Señores, qué es esto? El pez que busca el anzuelo busca su duelo, que quien al cielo escupe en la cara le cae; si digo que no és mi marido no me darán el dinero, y si digo que lo és, me lo llevan. Yo estoy como perro de barbecho, ladra sin provecho.

Ped. Señora, quien todo lo quiere todo lo pierde, á perro viejo no hay tus tus, y de burlas ni de veras con tus amos no partas peras.

D.^a Sof. Ay de mí! déjenme llorar que no soy yo sola.

Ped. Ea no más, que soy tierno de corazón: yo volveré el dinero, que buenas son mangas después de Pascuas; quiero darlo poco á poco, porque Vm. no me dé con los ochos y los nueves.

Alv. Dice bien el señor Pedraza; y pues han venido los músicos canten y bailen, que quien canta sus males espanta.

Ped. Pero adviertan que hemos hablado todos refranes, y así canten de aquesta manera, entre col y col lechuga, que quien baila, de boda en boda se anda.

Salen los *músicos* y cantan

Una doncella chancera
De las de tarde piache,
Que con pico de once varas
Pica y repica que sabe;
Aficionada á un mancebo,
Que todo lo nuevo place,
Le trasquiló á panderetes
Que corta el pelo en el aire;
Dejósele á buenas noches
¡Qué linda si se enrubiase!
Que quien malas mañas tiene
Siempre de las suyas hace.

Mas la dama arrepentida
Pretende desengañarle,
Y poniendo haldas en cinta,
Le baila el agua adelante.
Como sardina muere la dama ingrata

Saltó de la sartén y dió en las brasas,
Quien te hizo el pico te hizo rico,
Ese es tu enemigo quien es de tu oficio:
Nunca te acompañen libres mujeres
Dime con quien andas, dírete quien eres.
Picarillo si quieres salir de duelos
Llégate á los buenos, serás uno de ellos.

Este es el entremés, amigo D. Aureliano, que sea cualquiera el juicio que acerca de su procedencia se forme, creo no habrá quien dude de que es muy bello, y ha estado hasta ahora sepultado en el olvido.

No son menos interesantes algunos otros de los que el código contiene. El titulado *Los Mirones* es un buen cuadro de costumbres: el de *Doña Justina y Calahorra*, rasgo tan festivo, tan picaresco que parece caído de la pluma del insigne autor del *Cuscón* y del *Entremés del Carido fantasma*; del profundo *Quevedo*, que tanto debe á los desvelos de V. por purificar sus obras.

No quiero concluir ésta sin dar á V. una muestra de ese saladísimo *Entremés*.

Dos viejos casados con dos jóvenes enamoran cada cual á la mujer ajena. Descúbrense ellas, y resuelven vengarse de sus maridos, para lo cual los citan que vengan disfrazados con enaguas y mantos. Los hermanos de las esposas ofendidas requiebran á los viejos cuando vienen en traje mujeril, y termina el *entremés* con azotaina aplicada por las mujeres.

Al salir uno de los viejos dice este soneto con estrambote:

Clara, más clara que del claro oriente
el alba, cuando sale matizada
del color de papeles de granada
y llena del gran Turco barba y frente.
Ojos como los ojos de una puente,
niñas donde el amor tiene posada
con más mezcla de verde que ensalada,
y recato en mirar que un delincuente.
A ser pavo, te diera mi pechuga,
si fuera sacristán, el campanario,
y si fuera cantor, alguna fuga.
A ser cura, te diera el calendario,
y si fuera pollino, la jamuga,
y el almirez, si fuera boticario.
Si fuera comisario, también diera,
señora, hasta mi misma comisura,
almirez, sacristán, cantor y cura,
calendario, pollino, y campanario,
pavo, pechuga, fuga y boticario.

Requerido luego el otro viejo por Doña Clara para que venga á verla disfrazado, le dice:

- Cl.* Hable quedito, mire que le quiero
hablar aquesta noche disfrazado.
M. ¿Disfrazado? por vida de Matanga,
que ha de haber caballito y cascabeles!

- Cl. Oiga, que no ha de ser de esa manera.
- M. ¿Pues cómo?
- Cl. Con un manto de medio ojo.
- M. Guarte ahí, negro.
- Cl. ¿De eso toma enojos?
- M. ¿Tan pequeño el peligro le parece,
si llega algún bellaco desbocado,
y viendo la figura por la pinta
al primer mojiçón me pone en cinta?

Si esto no es Quevedo, yo no sé quien sea. V., con mayor conocimiento y estudio del estilo é ingenio del célebre político moralista, me dirá su ilustrada opinión.

Largamente he dejado correr la pluma, amigo mío, incluyendo á V. en esta carta y en la anterior algunas de las muchas noticias peregrinas, reunidas en muchos años para mis estudios sobre *Obras desconocidas de Cervantes*.

Temo haber fatigado la atención de V. quitándole tiempo que pudiera emplear más útilmente. Pero si esta pesada epístola merece de V. igual acogida que la primera, no será por su mérito, sino porque V. conoce los buenos deseos de su afectísimo s. s. q. l. b. l. m.

J. M.^a A.



DOS POESÍAS INÉDITAS

DE

CERVANTES

SR. D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA

Sevilla, Junio 19, 1868



CON la boca abierta, el oído aguzado y todos los demás sentidos y potencias en expectativa estoy desde que recibí tu última, mi querido Mariano, aguardando cada día la llegada del correo que me traiga la Droap-iana del presente año. Como pasan días y no viene, no quiero dejar de escribirte para tener ganada la esperanza de que me contestarás; porque mis cartas tienen un fin interesado, como el dinero que emplea el jugador en un billete de lotería. Este, desde que juega, espera el día del sorteo; yo desde el momento en que escribo espero la respuesta.

Pero mi suerte es más venturosa que la de los jugadores, pues en éstos las mejores horas son las que transcurren con la esperanza, hasta que llega el desencanto; y en mí sucede lo contrario, porque tras la expectativa viene un premio, que nunca es pequeño, en la carta de ese alemán que como familiar tienes metido en la sesera.

Dejando esto á un lado y volviendo al tema, te diré algo de *Cervantes*, ya que la ocasión se presenta de darte alguna noticia nueva con alguna muestra del consabido descubrimiento (que va confiado á tu leal amistad).

La afición á las obras de Miguel de Cervantes es general, universal, si así puede decirse, en España; no se limita á clase alguna, ni á jerarquía social determinada. Se desborda del círculo de los hombres de letras, y corre por los indoctos, y envuelve á la más ínfima clase de nuestro pueblo. Esto para ti no es nuevo, ni necesita demostración, pero si la necesitara para alguno de los muchos incrédulos á quienes ilustras con tus cartas, darte he un dato estadístico, ó más bien dos, que hablan muy alto y dicen más que muchas disertaciones de esas filosóficas y difusas que corren. La elocuencia de los números es á las veces ciceroniana ó demostina.

Uno de esos editores de Madrid ó Barcelona, que abastecen á nuestros artesanos el insulso pasto de novelas patibularias á dos cuartos la entrega (que aun es cara por ese precio y por mucho menos), ha tenido la feliz idea de hacer una edición del *Ingenioso*

Hidalgo; ¡á cuarto el pliego! y uno de los comisionados ha hecho en el pueblo bajo de Sevilla 500 suscripciones, debiendo advertirte que son tres ó cuatro los comisionados, lo cual supone 1.500 á 2.000 suscripciones.

¿Es esto significativo?

Pues escucha. El bibliotecario de la Provincial ha circulado la memoria anual de los trabajos del establecimiento, incluyendo un estado de las obras pedidas por los concurrentes.

Abraza el año de 1866, y en él la obra que se pidió más fué la *Colección legislativa de España* que tuvo 469 lectores, después vienen las *obras de Cervantes* que se pidieron 427 veces.

Tal es la popularidad de esta lectura: une á estos datos el retrato del autor en las cajas de fósforos, la reproducción de su estatua en los librillos de papel, la imagen del buen Alonso Quijano que campea en otros de lo mismo, y las escenas de su vida que sirven ya de etiqueta á las botellas del rico Valdepeñas, que se conserva en las *tobosescas tinajas*, y dime si hay autor alguno que goce en su país tan completo y general renombre.

Ciertamente que no conocen los ingleses á Shakespeare, ni los franceses á Moliere, ni los alemanes á Goethe tanto como los españoles á *Cervantes*. Un célebre extranjero lo ha dicho; en España no hay una sola persona que no conozca algo de D. Quijote y de Sancho, de Rocinante y del rucio.

¿Crees tú, Mariano, que el pueblo entero que se

encierra entre el Pirineo y el mar aplaude á Cervantes por el *sentido oculto* de sus creaciones?

¿Crees que conoce á D. Quijote por lo que ahora le descubren de apasionado de *Dina-luce* y adversario de *Casildea*? ¡Horror!... El pecado sea sordo y sordos también Benjumea y su secuela el Cervántico Bachiller.

Existe y guárdase en la Biblioteca Colombina una historia MS. de la Ciudad de Sevilla, compuesta por el *licenciado* Collado, que entre muchas particularidades, contiene una extendida descripción del famoso túmulo que Sevilla levantó para las honras del Rey D. Felipe II, descripción que muy pronto recibirás en un precioso volumen de los de la segunda serie de nuestros *bibliófilos andaluces*, impresa é ilustrada por el amigo Palomo (D. Francisco de Borja).

Al finalizar su obra dice así el autor: «Algunos otros versos se pusieron sueltos, y unas *décimas* que compuso Miguel de Cervantes, que por ser suyas fué acordado ponerlas aquí; síguense:

Ya que se ha llegado el día,
gran Rey, de tus alabanzas,
de la humilde musa mía
escucha entre las que alcanzas
las llorosas que te envía.

Que puesto que ya caminas
pisando las perlas finas
de las aulas soberanas,
tal vez palabras humanas
oyen orejas divinas.

¿Por dónde comenzaré
á exagerar tus blasones,
después que te llamaré
padre de las religiones
y defensor de la fe?

Sin duda habré de llamarte
nuevo y pacífico Marte,
pues en sosiego venciste
lo más de cuanto quisiste,
y es mucha la menor parte.

Tembló el cita en el Oriente,
el bárbaro al Mediodía,
el Luterano al Poniente,
y en la tierra siempre fría
temió la indómita gente.

Auraco vió tus banderas
vencedoras, y las fieras
ondas del sangriento Aseo (1)
te dieron como en trofeo
las otomanas banderas.

Las virtudes en su punto
en tu pecho se hallaron,
y el poder y el saber junto,
y jamás no te dejaron
aun casi el cuerpo difunto.

Y lo que más tu valor
sube el extremo mayor,
es que fuiste, cual se advierte,

(1) ¿Será *Egeo*?

bueno en vida, bueno en muerte,
y bueno en tu sucesor.

Esta memoria nos dejas,
que es la que el bueno codicia
que amigables y sin quejas
misericordia y justicia
corrieron en ti parejas.

Como la llana humildad
al par de la majestad,
tan sin discrepar un tilde,
que fuiste el rey más humilde
y de mayor gravedad.

Quedar las arcas vacías
donde se encerraba el oro,
que dicen que recogías
nos muestra que tu tesoro
en el cielo lo escondías.

Desde ahora en los serenos
Elíseos Campos amenos
para siempre gozarás,
sin poder desear más
ni contentarte con menos.

Estas doce quintillas, á que el licenciado Collado llama *décimas*, las había visto antes del año 1840 el malogrado literato sevillano D. Juan Colón y Colón; pero ni las copió ni dijo en qué libro se encontraban, y así te las presento ahora como *obra desconocida* de nuestro inmortal escritor.

Pero á continuación de esas quintillas, sin inte-

rupción ni variación de ningún género, hay en el libro de Collado un *soneto*, que yo estimo parto del mismo ingenio, aunque por desgracia inconcebible está falto de alguna parte. Léelo primero y luego juzgarás mis observaciones.

SONETO

Ocupa breve término de tierra
la Magestad del gran Philipo hispano,
ayer poco era el mundo al sobre humano
poder, que hoy tan poco espacio encierra.

Vivió, buscando paz, contino en guerra;
murió para vivir; tuvo en su mano
el freno del vicioso luterano,
y al común enemigo el brío atierra (1).

Fué en las naciones confusión y espanto
desde el primero clima hasta el postrero,
y al fin dejó de ser Felipe y Santo.
Su fama, el alma, el celo, el cuerpo, el nombre,
al mundo, al cielo, al suelo, á su heredero.

A primera vista parece que falta un verso del último terceto; pero estudiando mejor, encontramos el consonante *nombre* que no se relaciona con los del terceto que se conserva, y viendo después el concepto de esos dos versos postreros, parece que debieron ser

(1) En *El Ingenioso Hidalgo* (parte 1.^a, cap. XXXIX) se lee: «la liga contra *el enemigo común* que es el Turco:» palabras que explican el sentido de este verso, y son de Cervantes.

estrambote y que el copiante saltó un terceto entero, dejando manco y truncado el *soneto*. Que éste sea de *Miguel de Cervantes* como las *quintillas*, es punto que no parece dudoso. La idea vertida en aquéllas es exactamente la misma que en éste se desenvuelve, reduciéndola á los términos que las dimensiones del *epigrama* exigen; encuéntrase además á continuación sin nombre de otro autor; y por más que yo no conceda á esta prueba grande importancia, el estilo, la manera de hacer los versos y de ligar las frases no desdican de los de *Cervantes*. Yo sospecho que ambas composiciones son de su pluma; pero como no es artículo de fe, cada uno puede formar su opinión sin caer en censura.

Tú sabes que la Real Academia sevillana de Buenas letras me ha dispensado hace tiempo la honrosa distinción de llamarme á tomar parte en sus tareas: pero mis ocupaciones han impedido el que hasta hoy tome asiento entre sus sabios individuos. El discurso que en ese acto debo leer tengo comenzado hace tiempo, y era mi objeto ofrecer como tributo de gratitud á la corporación que así ha honrado mis escasos merecimientos, éstas y otras *composiciones poéticas de Cervantes* enteramente desconocidas. Continúo en mi propósito, pero no creo que falto á él aunque satisfaga anticipadamente la justa curiosidad de algún amigo, y mucho menos si es tan apasionado cervantista como tu Doctor Thebussem.

Y pardiez, mi querido Mariano, que hay libros que tienen estrella, y hala tenido para mí esta histo-

ria de Sevilla del Licenciado Collado. Después de haber encontrado en ella versos desconocidos de *Cervantes*, faltaba que me suministrase noticias de *Francisco Pacheco* y también me las ha dado. Este hallazgo lo debo al mismo D. Francisco Palomo, cuya modestia es igual á su mérito, y cuya buena amistad es sincera y leal como pocas.

Después del túmulo de Felipe II en 1598, trae el autor la descripción del que se levantó para las honras de la reina doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, que falleció el 5 de Octubre de 1611.

Hubó en la fábrica versos latinos del célebre licenciado Juan de Robles y del no menos ilustre Francisco de Medina. Y en cuatro arcos que salían del túmulo en ocho nichos se pusieron ocho reinas. «Su »pintura de color del bronce, como las demás de las »historias, que fueron las siguientes: La Archiduquesa Maria, madre de nuestra Reina; y *á todos los comisarios que tuvieron mano en esta obra pareció »que los versos que á todas estas Reinas se les pusiesen »fuesen castellanos para inteligencia del pueblo y por »honra de nuestra lengua;* y los que tocaron á esta figura dicha fueron de D. Francisco de Calatayud, etc.

Repara tú, que tan apasionado eres á la epigrafía, y tan docto en ella, el concepto que he subrayado, y no dejes de tenerlo en mientes en ocasiones.

Prosigue Collado describiendo las ocho reinas, é inserta los versos que compusieron Antonio Ortíz Melgarejo, el citado Catalayud, y D. Alvaro de Guzmán; pero en dos de ellas dice así:

«En el otro arco en frente de éste estaba la Reina
 »Doña Ana, cuarta mujer de Philipo II, madre de
 »nuestro Rey y Señor Philipo III, á quien sirvió con su
 »pluma igual á sus pinceles *Francisco Pacheco*, y en
 »cuya alabanza hizo el mismo los siguientes versos.»

Quando teme perder el grave esposo
 la gran Reina de España ofrece al cielo
 su dulce vida, en trueco generoso;
 cae la flor, goza el rico fruto el suelo.

Acto suyo imitado, acto glorioso.

.

se ofrece á otra gran Reina Margarita
 que asaz en fruto y en amor la imita.

Mal copiante era por lo visto el licenciado Francisco Jerónimo Collado, pues en esta octava saltó el verso sexto, como antes había omitido un terceto entero en el *soneto de Cervantes*; faltas ambas irreparables, pues aunque en la misma Biblioteca Colombina hay otro ejemplar de su historia, es copia exacta y fidelísima de la primitiva y no añade ni quita al texto original.

Concluyamos.

«En el opuesto estaba la Reina de Inglaterra Catalina, mujer de Enrico octavo; sus versos fueron de
 »*Francisco Pacheco*.»

De cathólicos Reyes engendrada,
 por cathólica solo perseguida,

en heróica virtud aventajada,
 y entre ilustres matronas escojida,
 y en el fingido bronce retratada
 la consorte de Enrique esclarecida
 se muestra, que en su túmulo acompaña
 á otra Reina cathólica de España.

Con estas dos octavas ha venido á aumentar mi colección de *poesías* de *Francisco Pacheco* ese MS. de Collado. Muchas composiciones de este artista tenía yo reunidas, y aquí te daría cuenta de ellas de muy buena voluntad, pero como dentro de poco se imprimirán todas á continuación de la edición de mis *Apuntes sobre Pacheco y sus obras* que actualmente publica D. Gregorio Cruzada Villaamil en la *Biblioteca del Arte en España*, excuso tomarme ese trabajo y causarte esa molestia.

Demasiado larga es ya la presente y por esta razón dejo para otra el remitirte noticia de una fiesta que tuvo lugar en Sevilla por los colegiales del de Maese Rodrigo, con motivo de cierto acuerdo sobre la Inmaculada Concepción y en la cual salieron D. Quijote «que fué prez de la caballería andante» y detrás Sancho «su escudero, rellanado en un rucio y flaco pollino»: con sus letras alusivas. Con esta noticia aumentarás tu precioso artículo sobre *Farsas del Quijote*.

Y quédate á Dios. No sé como va escrita esta carta, pues en tres breves ratos se ha hilvanado (porque en verdad va descosida y sería impropio el decir

que se ha zurcido) y te la envío en la confianza de que aprovecharás lo bueno y dispensarás lo malo. Aquello es lo de *Cervantes* y *Pacheco*; esto lo que ha escrito tu amigo que te quiere.—A.





SOL Y SOMBRAS

CARTAS

Á LOS INSIGNES CERVANTISTAS, D. JOSÉ DE PALACIO VITERY
Y D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA, SOBRE *asuntos y zarandajas*
DE CRÓNICA ESCANDALOSA CERVANTINA

- I. Compromiso causa de este trabajo.—El libro del Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro.—¿Poseemos una obra autógrafa de Cervantes en el *Coloquio sobre la vida del campo*?—Paréntesis sobre un romance atribuido á Calderón.—Entremeses.—Peregrinas analogías entre Alarcón y Avellaneda.
- II. Continúa la cuestión de Avellaneda.—Obsequio cervantino.—Comentadores.—Las 1.633 Notas.—Carta del alemán sobre las mismas.—La Academia de Vitoria.—Sus presidentes, efectivo y honorario.—Un poquito de murmuración.—Mesa revuelta.—Fin sainetero.

CARTA PRIMERA

SRES D. JOSÉ DE PALACIO VITERY Y D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA



is queridos amigos: Empeñada una palabra, es preciso acudir al desempeño con más fe y mayor eficacia que cuando entre las garras de un usurero se deja alguna prenda preciosa y estimada. Aquí el rescate es de interés; allí la cuestión es de honra; y dicho se está adonde irá la

preferencia entre españoles, aun cuando las pasiones vayan hoy por otra vía.

Todo este preámbulo, ni sé bien si impertinente ó necesario, viene á declarar el grave aprieto en que con VV. me han puesto algunas palabras, tal vez deslizadas en carta familiar, sin la debida meditación ni deliberado intento. Me preguntaron VV., amigos queridos, con su genial bondad, el uno acerca del juicio que hubiera formado sobre el coloquio entre *Cillenia* y *Selanio*, y las demás obras atribuídas á Cervantes en el último libro publicado por el Ilustrísimo Sr. D. Adolfo de Castro; el otro mi opinión sobre las 1.633 notas puestas por Hartzenbusch á la reproducción fototipográfica de las primitivas ediciones del *Quijote*, y observaciones hechas por el doctor Thebussem á aquel trabajo, en artículo que publicó la *Revista Europea*. (Madrid, 2 de Agosto, 1874.)

La verdad es, que no era cosa fácil responder desde luego; callar ó eludir la contestación era igualmente difícil. Dije, pues, que más despacio hablaríamos, y por necesidad ha llegado el momento de hacerlo, comprobando la axiomática verdad del refrán que anuncia: *no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*.

Vamos, pues, por partes; que aun siendo largo el camino, dejando terreno atrás, llegaremos al fin deseado.

Impreso estaba en gran parte el elegante volumen que el día 23 de Abril puso á la venta D. Abelardo de Carlos, cuando por indicación de nuestro común y

querido amigo Aureliano, que recordaba haber visto impresas algunas de las obras que en aquel libro se incluían como inéditas, estuvo á verme D. Adolfo, me habló de su trabajo, y llevó su bondad hasta el extremo de comunicarme las pruebas de la imprenta, corregidas de puño y letra de Aureliano. Correspondiendo á tal favor, le envié el número de *La América* (Julio ú Agosto de 1867) en que, bajo el título de *Dos cartas literarias de D. José María Asensio y D. Aureliano Fernández Guerra*, se habían incluido y publicado la *Canción desesperada*, conforme al texto del código colombino (AA.—141—4.), y la otra *A la elección del Arzobispo de Toledo*, que se encuentra en el mismo volumen, con parte de la discusión y amistosa polémica que acerca de su autor habíamos sostenido en cartas familiares D. Juan Eugenio y yo. La tirada que por separado se hizo en la misma imprenta de *La América* fué tan corta, que á mi poder solamente llegaron diez ó doce ejemplares que me regaló Aureliano. El doctor Thebussem debe conservar uno de ellos.

De la *segunda carta* no hubo tirada especial; y esto me movió, cuando en el año de 1870 publiqué las *quintillas* inéditas de Cervantes que se copian al libro de Francisco Jerónimo Collado (que lo fueron en carta á mi buen Pardo, sin disfraz), á pedir que de ambas me dieran 100 ejemplares tirados por separado del folletín del periódico de Sevilla que las reprodujo. Uno de éstos remití también al Sr. Castro que me agradeció cordialmente la noticia y se apre-

suró á consignarlas en nota puesta en el índice de su libro, porque ya no era posible en otro lugar.

Bajemos, pues, al fondo. ¿Cuál es mi parecer acerca del autor de las obras publicadas por Castro? ¿Es parto del ingenio de *Cervantes* el *Coloquio sobre la vida del campo*? ¿Lo son los *Entremeses* de *Los Mirones*, de *Doña Justina* y *Calahorra*, y también el de *Romances* y el de *Refranes*? Vamos por partes, repito, amigos míos: y tengan vuestras mercedes paciencia para hacerme la de leer mis majaderías; que mucho debemos hablar sobre este asunto.

¡Que si es obra de *Cervantes* el *Coloquio entre Cillenia y Selanio sobre la vida del campo*! Para mí, santiguada que sí: obra indudable y preciosa del autor del *Ingenioso hidalgo*. Pruébalo, no solamente su estilo, no el que repita las frases *discreta Cillenia*, *discreta señora* y otras, que cualquiera escritor pudo imitar, sino su corte particular y singularísimo; el modo de desenvolver los pensamientos en general; la manera de guiar y sazonar el diálogo; la redondez y gracia de los períodos... todo en suma. Pruébalo, además, el manuscrito mismo: joya inapreciable, tesoro tan rico, como que, en mi sentir, es *autógrafo de Miguel de Cervantes*

Por eso no lo había yo dado á la estampa mucho tiempo hace, y lo reservaba como alhaja preciadísima para mi trabajo sobre las *Obras desconocidas* del Príncipe de los ingenios. No quería darlo impreso, sino en fotografía ó en autografía, para que todos se convencieran de que en el tomo LXXXI de *varios*

en folio de la Biblioteca Colombina, se conserva la única obra literaria que hoy conocemos autógrafa de Cervantes. A lo menos, tal es mi convicción; esta es mi creencia. No trato, ni por sueños, de imponerla á nadie. En mi juicio es autógrafo el *Coloquio*, y con la particularidad, que allí mismo se expresa, de estar *sacado en limpio*.

Son cuatro pliegos de papel escritos in folio, que forman ocho hojas, á renglón entero, sin párrafos ni separaciones, estando indicado el diálogo con las primeras letras del nombre de los interlocutores: termina en el recto de la hoja última, que sólo lleva siete renglones, y la palabra *finis*. Tiene evidente señal de haber estado doblado en cuarto, ó sea por la mitad, y en el blanco exterior dice: *Coloquio entre Cillenia y Selanio sobre la vida del campo, sacado en limpio*. Este es el título; porque al comenzar, no lleva encabezamiento alguno, teniendo únicamente una † y debajo los nombres *Selanio—Cillenia*, en esta misma forma.

Grandísimo deseo tengo, ya que se ha impreso la obra, de que examinen VV. el manuscrito para escuchar su opinión tan ilustrada y competente. ¿Podrá enorgullecerse la Colombina, si además de su preclaro origen, y sobre conservar autógrafos de Cristóbal Colón, presenta en igual forma una obra literaria de Miguel de Cervantes?

Esta sola publicación del *Coloquio* basta para dar importancia al libro de Castro. Raro es que á tan entusiasta cervantista no llamara la atención la letra

del manuscrito; más raro; y más extraño todavía, que no se detuviera un momento para noticiar á sus lectores las circunstancias del original que imprimía por vez primera. En cuanto á lo demás, su opinión me parece acertadísima. El *Coloquio* debió estar destinado á formar parte de la segunda de *La Galatea*, siempre ofrecida y nunca terminada.

*
* * *

Vienen luego los *Entremeses*, y nos vemos en terreno más falso y resbaladizo. Es materia muy delicada la de atribuir á un autor cierta clase de trabajos; la tarea de demostrar paternidades para hijos expósitos es difícilísima, muy ocasionada á errores.

Permítanme VV. un paréntesis que, demostrando la facilidad de equivocarse, no estará aquí fuera de su lugar.

(Conocedor, como pocos, de la historia del arte dramático, y entusiasta como el que más, de sus glorias, siendo al propio tiempo gran hablista y gran poeta, nuestro amigo Hartzenbusch es la autoridad más competente para este género de investigaciones.

Y, sin embargo, no es infalible. En un cuadernito de poesías castellanas, precioso códice en 8.º, coleccionado á fines del siglo xvii, que perteneció al difunto presbítero D. Jorge Diez, y hoy para en mi librería, encontró con el nombre de D. Pedro Calderón de la Barca un lindo *Romance* á una dama,

que deseaba saber su estado, persona y vida, que comienza:

Curiosísima señora,
tú, que mi estado preguntas,
y de *moribus et vita*
examinarme procuras, etc. (1).

D. Juan Eugenio examinó la composición, la encontró en el estilo del gran dramático autor de *La vida es sueño*, y muy digna de su pluma, y como obra suya la publicó por *Apéndice* al tomo primero de las obras de *Lope de Vega* en la Biblioteca de autores españoles. Y, sin embargo, el *Romance* no es de Calderón. Fué escrito por D. Carlos Alberto de Cepeda y Guzmán, lucido ingenio sevillano que floreció en la segunda mitad del siglo XVII, y cuyas poesías se conservan en la Colombina en código autógrafo y firmado repetidas veces por el autor (H. H. H.-332.-22.). Allí está íntegro el *Romance*, con el final que falta en el manuscrito que poseyó el presbítero Diez y en la publicación de Hartzzenbusch, y sin las alteraciones que se hicieron para acomodarlo á la vida de Calde-

(1) Si el sabio Hartzzenbusch hubiera examinado el romance entero, ciertamente no habría dicho que era obra de Calderón. En el final decae visiblemente, no tanto en la entonación como en los conceptos.—El colector del código, para prohibirlo al gran dramático, tuvo que introducir muchas variaciones enteramente arbitrarias. Donde dice Cepeda *Nací en Sevilla*, se puso *Nací en Madrid*; donde dice *El de Tapia me ordenó*, se dijo *El de Troya*, y así en otros lugares.

rón. Cuando esto acontece á tal maestro, enseñanza debe de ser para todos los discípulos. Cierro el paréntesis.)

* * *

En las *Adiciones al Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español* por nuestro docto amigo el difunto D. Cayetano A. de la Barrera, premiadas por la Biblioteca Nacional, se ha de incluir el *Entremés de los Mirones*, pues le remití exactísima copia en el año 1866. El laureado autor, y cuantas personas lo leyeron entonces, lo juzgaron cuadro de costumbres de mérito superior; pero nadie sospechó, ni pudieron sospechar que fuera obra de *Cervantes*, porque en verdad, y con perdón sea dicho, nada hay en él que lo indique. La elocución es cansada; el lenguaje uniforme: las narraciones se arrastran sin vigor, sin lozanía, sin variedad; y nada, ni aún remotamente, hace percibir la fragancia del flexible y pintoresco estilo cervantino.

Esta cuestión de los *Entremeses* pica ya en historia. Dejando á un lado el de *Los Habladores*, publicado quizá en vida de *Cervantes*, cuyas ediciones se repitieron en Sevilla y Cádiz en 1624 y 1646, y que es pieza de tal colorido que no puede confundirse con otro alguno el autor que la escribió; se le han adjudicado luego por autoridades muy competentes el de *El hospital de los podridos* y el de *La cárcel de Sevilla*, y ahora queremos colgarle el de *Refranes* y el de

Romances, el de *Doña Justina y Calahorra*, *Los Mirrones...* y sabe Dios cuantos más que se crea tienen relación ó parentesco, siquiera sea muy lejano, con las obras que escribió, si no acudimos con tiempo al remedio de este nuevo mal.

Bien sabe el doctor Thebussem que suspendí mi juicio cuando Aureliano dijo que pertenecían á Cervantes el *Entremés de la cárcel de Sevilla* y el de *El hospital de los podridos*. Para tenerlo por autor del primero hay que caminar bajo el supuesto de que escribió la *Tercera parte de las cosas de la cárcel de Sevilla, añadida á las que hizo Cristóval de Chaves*, pues la semejanza de argumento es la principal razón para fundar aquella sospecha; y esto es muy dudoso (1). En el segundo sólo militan razones alambicadas y reminiscencias de estilo, débiles de suyo y que fácilmente nos arrastran por caminos equivocados.

Guardaba nuestro docto Álava un cuaderno manuscrito de diferentes letras, todas, al parecer, del siglo xvii, que, entre otras piezas menores, contenía dos ó tres *Entremeses*. Uno disparatado se intitulaba *El poeta*; otro se llamaba *Ginetilla, ladrón*; y me lo mostró y leyó mil veces, porque, en su concepto, era obra *descarriada y sin el nombre de su dueño, perteneciente á Cervantes*, en la cual se vislumbraba algo que quería parecerse al embrión del gobierno de Sancho en la Insula Barataria. Hace muchos años que

(1) Recuerdo haber visto la noticia de que la *Tercera parte* citada fué obra de un abogado de Sevilla, cuyo nombre se estampaba.

ví el manuscrito, y solamente recuerdo que era incorrectísimo; *Ginetilla* se fingía corregidor de un pueblo, y sus compañeros iban por fiscal, escribano y alguaciles, y daban algunas providencias, como podían esperarse de tal gente. El argumento capital de Pepe Álava, para sospechar que se debiese á la pluma de *Cervantes*, estaba (á más del nombre del protagonista, que le recordaba á Pasamonte) en un cuento cuya estructura, lenguaje y versos encontraba iguales en todo á otro de *La elección de los alcaldes de Daganzo*.

Conservo copia, y amenizaré con ambos esta larga epístola. Decía *Ginetilla* al boticario del lugar:

GIN. ¿Qué es lo que más se usa en vuestro oficio?

BOTIC. Señor, de la geringa el ejercicio.

GIN. Gran oficial seréis, que es peregrina
y general salud la melecina.

Llegóse á mí una vez cierto harriero,
que avía perdido el pobre cuatro mulos
pidiéndome remedio para hallarlos;
y yo le aconsejé que al mismo ynstante
se enflautase una buena melecina.

Así lo hiço, y en saliendo al campo
para hazer de su cuerpo purgatorio
halló los mulos, y esto es muy notorio.

El cuento de *Cervantes* en *La elección de los alcaldes de Daganzo* es este otro:

ALGAR. Por lo menos
yo sé que Berrocal tiene el más lindo
distinto...

ESCR. ¿Para qué?

ALGAR. Para ser sacre
en esto de mojón y cata-vinos.
En mi casa probó los días pasados
una tinaja, y dijo que sabía
el claro vino á palo, cuero y hierro;
acabó la tinaja su camino
y hallóse en el asiento della un palo
pequeño, y del pendía una correa
de cordovan, y una pequeña llave.

Álava encontraba que uno mismo debía ser el autor de ambos cuentecillos. Mi opinión era que así como podrían ésta y otras obrillas ser primera idea ó comienzo de otras mayores, también podían ser imitaciones, traslados, recuerdos más ó menos fieles, copias mejor ó peor disfrazadas de pensamientos de *Cervantes*. Esto digo del *Entremés de Romances*, cuya publicación es muy posterior á la de *El Ingenioso Hidalgo*. Esta duda me asaltaba cuando en 1867 hice imprimir el de *Refranes*, y por eso no me atreví á atribuirle decididamente á *Cervantes*. ¿Quién será capaz de asegurar que esas obrillas son *bocetos*, y no copias de cuadros anteriores? ¿Dónde está el *Cervantes fecit*, que Gallardo no estimaba necesario en *La tia fingida*? Prudente es, y aún necesario, andarse con piés de plomo en estas adopciones y *porfijamientos*.

* * *

Al concluir con el libro de D. Adolfo tropezamos en el punto crudo. Nada hay que decir de *La última novela ejemplar*, ni de *La casa de Monipodio*; ni hemos de meternos tampoco con *El apellido Toboso*, ni con *La batalla de Lepanto*, obritas recibidas con acogida desigual, porque algún título ofrece más de lo que en realidad cumple, y los *cervantistas* son har- to descontentadizos y un tantico exigentes.

Pero las nuevas ilustraciones al *Quijote*, la opi- nión que en ellas se sostiene de que D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza fué el rival encubierto de *Cer- vantes*, y que á la pluma del profundo dramático que escribió

que en boca del embustero
es la verdad sospechosa;

y que trazaba como regla de conducta

á toda ley hablar bien,
porque las paredes oyen,

se deba el libro llamado de Avellaneda, con su pró- logo insultante, sus cuentos insulsos y obscenas aventuras, cosa es tan extraña que no sé, en verdad, cómo hablar á VV. de ella.

Y como quiera que esta carta se ha hecho mucho

más luenga de lo que yo quisiera, y de lo que podrá soportar la paciencia de VV., dejaremos para otra epístola cuestión tan peliaguda, y con este respiro cobraremos fuerzas para tratarla, con las demás á que VV. me han incitado.

Es de entrambos amigo afectísimo,

J. M.^a A.

CARTA SEGUNDA

SRES. D. JOSÉ DE PALACIO VITERY Y D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA

DEJAMOS en la primera parte de esta historia, pendiente una cuestión de gravedad, hasta cierto punto. Mas como quiera que el telón se interpuso entre el actor y el espectador, en el entreacto pueden pasar muchas cosas, y valiéndome de la licencia concedida al autor dramático, voy á suponer que mis buenos amigos Palacio y Pardo han leído entre una carta y estotra todas las razones buenas y malas, serias y bufas, dulces y agrias que pensaba escribir en contra de la peregrina teoría que hoy ha echado á volar el ilustrísimo Sr. D. Adolfo de Castro.

Puestas y levantadas en alto las susodichas razones, me limitaré á decir, fundado en los versos que citaba al final de la anterior, que no era el carácter de D. Juan Ruiz de Alarcón propio para escribir libelos subrepticios; que tenía sobrada nobleza y bondad bastante para acudir á quitar la ganancia al autor de un libro notable. La moralidad más pura se descubre en todas sus obras dramáticas. La tersura y limpieza de su lenguaje en nada se parecen á las frases de Avellaneda... Pero apartándonos de este camino, vamos á echar por otro que, viniendo á cruzarse

con aquél en cierto modo, nos demostrará por distinta vía la falsedad de la hipótesis de Castro, fundada en un castillo más débil que si fuera de naipes.

He sostenido siempre, y no sé si lo he dicho en alguna parte, porque ya llevo escrito mucho y pensado más sobre el *Quijote*, que *Cervantes* sabía el nombre y conocía la persona del supuesto Alonso Fernández de Avellaneda. El prólogo de la segunda parte de *El Ingenioso hidalgo* publicado año y medio después de haber salido á luz el libro que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona, lo demuestra con mucha claridad.

Dice en él *Cervantes*, que la aflicción del autor del *Quijote falso* «sin duda es grande, pues no osa »parecer á campo abierto y al cielo claro, *encubriendo su nombre*, FINGIENDO SU PATRIA, como si »hubiera hecho alguna traición de lesa majestad.» Para asegurarlo tan resueltamente, preciso era que *Cervantes* conociera el nombre *encubierto* y la patria *verdadera* del autor, que sin este dato no afirmaríá que uno se ocultaba y la otra se fingía, pues sabía muy bien el valor de cada palabra.

Se desprende igualmente de toda la entonación y por las reticencias mismas que contiene aquel *prólogo*, que la persona á quien se alude es elevada é importante. «Paréceme que dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de »mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y la que debe de tener ESTE SEÑOR »sin duda es grande, etc...» Y más adelante añade:

«pero, en efecto, le agradezco á ESTE SEÑOR »AUTOR el decir que mis novelas son más satíricas »que ejemplares.» Recuérdese que entonces no se prodigaban los *dones*, ni las *señorías*.

D. Gregorio Mayans sospechó desde luego que el encubierto fingido Avellaneda era hombre poderoso, y el decir *Cervantes* repetidamente ESTE SEÑOR, lo indica muy al descubierto. Alarcón nunca fué constituido en altas dignidades, nada nos dice que tuviera grandes influencias... y vean VV. aquí el punto en que convergen estas razones con las anteriormente deducidas del carácter del eminente autor dramático y del estilo de sus escritos.

Y como al buen entendedor, pocas palabras... termino aquí bruscamente este punto delicado. Las frases de *Alarcón* por una parte, las de *Cervantes* por otra, alejan toda sospecha de que aquél pudiera escribir el *Quijote de alquimia* (hoy diríamos de *doublé*). El carácter del célebre mejicano era noble, leal y tal como nos le representa y describe el sabio D. Luis Fernández Guerra en su preciosa y admirable monografía.

* * *

En verdad que tanto ocuparnos de *Cervantes* y de su *Quijote*, hace que se nos acuse de cierta especie de monomanía. El cargo podrá ser cierto. Pero me ocurre preguntar, ¿es cargo? Y aun siéndolo, ¿podrá imputársenos á nosotros solamente? ¿No vemos á la

gravedad inglesa y á la formalidad alemana perder los estribos en hablándose del *Ingenioso hidalgo* y de sus aventuras, y lo mismo de las desventuras de su inmortal y simpático autor?...

Estas reflexiones me recuerdan un hecho de *crónica cervantina*, que ocurrió antes de que naciéramos nosotros, y viene á absolvernos de esa culpa de que hoy nos acusan.

El día 11 de Enero de 1813 entró en Sevilla el célebre Sir Arturo Wellesley, duque de Wellington, y se aposentó en casas principales de D. Mateo de Ureta, en la calle de la Laguna. Deseoso el Ayuntamiento de tributarle un obsequio delicado, le envió, sobre magnífica bandeja de plata, un ejemplar de la espléndida edición del *Quijote*, hecha por la Academia Española en 1780, lujosamente encuadernado; y fué fineza que el egregio duque agradeció de todas veras, y con tales demostraciones que igualmente honraban al magnate y á la corporación.

Esta hermosa edición de la Academia, joya apreciadísima por los bibliófilos, monumento de la tipografía española, y cada día más rara, fué también el regalo que la difunta reina Amelia, esposa de Luis Felipe I, llevó de Sevilla á Mr. Tenant de Latour, padre de nuestro querido amigo, el sabio hispanófilo D. Antonio, la primera vez que aquella inolvidable Señora visitó la España. «*Je tiens d' une main au-guste et chère le superbe Don Quichotte de l' Academie espagnole.*» dice en su libro *Memoires d' un bibliophile* (París.-Dentu.-1861.-in 8.º) á la pág. 80.

Y hablando en verdad, ni aún el ímprobo trabajo de anotar y comentar el *Quijote* lo emprendimos los españoles. Diónos la pauta el doctor Juan Bowle, y á él somos deudores de un comentario tan rico, tan juicioso y erudito, que todavía acuden á aquella mina cuantos tratan de la obra inimitable. Imposible parece tarea tan grave en un extranjero. Pellicer, Arrieta y Clemencín no desdeñaron aprovecharse del trabajo del doctor inglés; el primero de éstos quizá con demasiada libertad.

En honra de D. Juan Eugenio Hartzenbusch redundará el haber citado nombres que tan alta fama gozan en la república de las letras. Sus *Notas* son fruto de un trabajo propio, de un estudio de muchos años, con afición incansable y erudición que asombra. Llevan un sello especial, tienen pensamiento fijo, plan seguro y continuado, cual es el de restablecer el texto del libro en la pureza que lo escribió *Cervantes*, sin los errores que forzosamente debieron introducir en él los primitivos editores por no entender bien el manuscrito, de puño de un anciano enfermo y lisiado, falto de vista, y que escribía sin sosiego, en el vagar que le dejaban otras ocupaciones en que ganaba su subsistencia y la de su familia. En tal concepto, como depuración del texto, el trabajo de Hartzenbusch es mucho más apreciable que los de Bowle y Clemencín, á pesar del indisputable mérito de éstos.

No habrá en esta ocasión ceñudo Aristarco, ni malicioso Zoilo, que censure el trabajo de nuestro amigo; ni hombre pensador que no admire y aprecie

tan profundo estudio. En las ediciones de Argamasilla se le criticó con acritud inusitada el haber introducido las variantes en el texto. Sobre la exactitud de los juicios, perspicacia y agudeza en las interpretaciones, cuanto se censuró fué sin razón ni justicia.

Las notas de hoy son oro purísimo; son, como dice el doctor Thebussem, un encanto para los *cervantófilos*. (La palabra, en mi sentir, es excusada y fea; basta con la voz *cervantista*... pero tal vez me objetarán con lo de *lo que abunda no daña*).

Y eso decía el doctor Thebussem, en carta dirigida al autor de *Las 1.633 Notas*, que insertó la *Revista Europea* en su número 23.—Nuevo paréntesis. (No censuro, ni censuraré el uso de los seudónimos; ni por mientes me pasa el vituperar que haya literato español que con éste ó el otro disfraz emita su opinión y salga á plaza siempre que de Cervantes se trate. *Figaro* y *El estudiante*, *Abenamar* y *Larmig*, lo mismo que *Fernán Caballero*, son célebres autores cuyos verdaderos nombres nadie ignora ni desconoce. Hicieron fortuna *Fray Gerundio* y *Tirabeque*; ¿por qué razón se ha de censurar que la hagan el doctor alemán y su corresponsal M. Droap? Si alguno se llama á engaño porque en él se despiertan deseos de visitar la biblioteca cervantina y el museo quijotil que se guardan en Wurtbourg en el castillo de Thirmen, cúlpese á sí propio de torpeza, ó culpe á su mala suerte que no deparó un amigo que tan claro enigma le descifrara. La familia del doctor Thebussem es muy dilatada; sus individuos conocidos son por todas par-

tes; la bellísima alemana Rita Nhem, su pariente, viaja mucho por España.)

La carta es sabrosa, y está delicadamente escrita como todas las que de tal pluma salen. Pero en el detalle encuentro una parte que me llama grandemente la atención.

Bajo el epígrafe de: *Respuesta confusa y sus traducciones*, se censuran en el párrafo 5.º de la carta unas palabras intencionadas y punzantes que *Don Quijote* contesta á Vivaldo en el cap. XIII de la primera parte. No agradó al caballero andante que el discreto Vivaldo dijera que ponía la alcurnia de Dulcinea sobre la suya, aunque era de los Cachopines de Laredo; esto ya olía á pullas, y más cuando aquél añadió: «*puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos.—Como eso no habrá llegado, replicó Don Quixote.*»—Y esta es la frase que el supuesto alemán no entiende, sin duda porque no ha querido colocarse para juzgarla en el mismo terreno que eligió para defender que al buen Alonso Quijano, armado caballero y puesto en camino, «*el gozo le rebentaba por las cinchas del caballo.*»

Inútil era buscar en las traducciones. El sarcasmo con que *Don Quijote* devuelve la pulla es cruel, y por eso *Cervantes* corta en aquel punto el diálogo. Para continuar era preciso venir á las manos, cosa fácil, pero imprudente habiendo de habérselas con un loco.

Pero es la frase tan elíptica, tan concisa, tan grá-

fica, que no puede traducirse en su mismo sentido. Bien la entendieron, aunque trayéndola á su significado recto, dos traductores, francés é inglés, de los que cita el Doctor, y que hacen decir á *Don Quijote*: ¿Es posible que desconozca usted cosa tan sabida?— Eso es lo que dice el Hidalgo manchego aunque con mayor dureza.—Llama ignorante á Vivaldo; se burla de que nombres tan notables no hayan llegado á sus oídos.—Otras muchas cosas de tanta notoriedad como esas debe V. ignorar según su traza; es lo que replica el caballero. La frase es originalísima, pero no desusada en Andalucía; es inteligible y clara para españoles, y por eso, como apunta muy bien el Doctor en su misma carta, ningún comentador, Clemencín y Hartzenbusch inclusive, se ha detenido en explicarla.

Ciertamente el amigo Pardo, como andaluz, al tropezar con un quidam que desconociese el nombre de *Cervantes*, el de Víctor Hugo ó el de Bismark, le diría muy socarronamente: *¡pues está usted adelantado de noticias!* O bien, *¡pues sabe V. bastante!* frases equivalentes á la que *Don Quijote* dijo á Vivaldo.

* * *

- No juyas, prenda adorada.
- Sí juyo, adorada prenda.
- Es V. un caballero cumplido.—Y V. un cumplido caballero... Estas y otras cosas me saltan á la vista, ó más bien á la memoria, al leer la *Epístola*

cervántica de D. Fermín Herrán, y la *Misiva cervántica* del citado y repetido doctor Thebussem (1).

Que se ha inaugurado en Vitoria una Academia consagrada á *Cervantes*.—Mil plácemes y enhorabuenas á los autores de tan buena institución.—Que eligen *Presidente honorario* al doctor alemán (de Medina).—Elección acertadísima.—Que el *Presidente ad honorem* opina por que la Academia debía establecerse en Madrid, y el *Presidente efectivo* sostiene que *Cervantes* debe escribirse con *b*.—Pido la palabra en contra de ambos.

En punto á lo primero, bueno y conveniente sería que la Academia de *Cervantes* radicase en Madrid, porque en el centro oficial á todo se da mayor importancia. Pero puesto que allí no lo hacen, ocupados en cosas de más bulto y bombo, toda vez que en el centro no la han creado, tributemos nuestros aplausos á los literatos de Vitoria, y ayudémosles en esa obra meritoria que patentiza su entusiasmo. ¡Ojalá tuvieran muchos imitadores!

En orden á lo segundo, si de *ciervo* viene *cervato*, y de aquí descienden *cervanteño* y *Cervantes*, ninguna razón existe para cambiar en *b* la *v*.—No censuramos á los que de una y de otra manera, ó de ambas indistintamente, lo escribían en el siglo xvii. Entonces la ortografía no era fija, sino arbitraria. Si hoy hemos de ajustarla á rigor lógico y reglas matemáticas, de *ciervo* sólo puede venir *Cervantes*.

(1) *Ilustración Española y Americana*, números XXIX y XXXIV, correspondiente al 8 de Agosto y 15 de Septiembre de 1874.

Asimismo de *Xpoferens* ó *Cristo valedme*, no debemos escribir *Cristóbal*, sino *Cristóval*, como hemos visto en algún *colombista*.

Por arte del Diablo sale también á relucir mi obscuro nombre en la *Misiva* de Thebussem á Herrán. El catálogo que allí critica no tuvo más objeto que poner al coronel López Fabra al tanto del grano con que podía contar en mi troje, utilizándolo en su gran laboratorio. Si tan buen deseo merece censura, allí me las den todas: ni me arrepiento ni me enmiendo: como eso verá el doctor Thebussem.

* * *

Habrán VV. notado en párrafos anteriores á éste, que sin intención de mi parte, sin poderlo remediar ni sentirlo, á *sátira me voy mi paso á paso*. Culpa es de la pluma de acero que clava despiadadamente en el papel y en los asuntos que toca, sin duda cansada ya, como VV. lo estarán también de tantas menudencias y zarandajas. Pero siendo la murmuración comidilla apetitosa, salsa en la conversación ó del *comadreo*, como dice nuestro ilustre Fernán Caballero, vamos á lanzarnos aquí á ella, siquiera dos deditos, para variar el colorido. A bien que cuanto aquí diga será reservado para entre VV. dos.

Anuncian como *probable* la próxima aparición de un número de la *Crónica de los cervantistas*. Ya es tiempo. En año y medio solamente ha dado un *suplemento* incoloro... bien que disculpaban la falta

con aquello de que las ocupaciones del director en un periódico político habían *retardado por algún tiempo* la publicación de la *Crónica*.—Parece al leer esto que volvemos á la época en que para hablar de la dominación sarracena decía un escritor, *la temporada de los moros en España...*

Publicó *La Renaixensa* de Barcelona, en el número del 20 de Julio, un precioso artículo descriptivo de cierta casa de la ciudad condal, donde es posible quizá, que por ventura, pudiera vivir acaso algunos días el autor del Quijote. El *posse* no lo niegan los teólogos; pero... no es probable.

Sin salir de Barcelona tienen VV. en la *Miscelánea científica y literaria* (Núms. de 23 de Abril y 1.º de Mayo-1874) un artículo que se titula: *Cervantes considerado como poeta*.—Sobre el mismo tema escribió D. Adolfo de Castro otro que se publicó en el *Semanario pintoresco* (1851) y luego está incluso en los preliminares al tomo II de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* de la *Biblioteca de autores españoles*.—Si han leído ustedes el antiguo, lean el de la *Miscelánea*, y si no lo han leído, léanlo también.

Entre otras piezas que me han de permitir llame *de menor cuantía*, ha insertado la *Revista de archivos*, en el número 11 (15 de Junio-1874) un documento que se titula: *Capitulaciones matrimoniales entre Doña Isabel de Cervantes Saavedra, hija de Miguel de Cervantes, y D. Luis Molina*. Su fecha, 28 de Agosto de 1608.—El texto de ese documento ofrece notables particularidades.—A fines de Junio de 1605, en la causa

seguida en Valladolid por muerte á D. Gaspar de Ezpeleta ante el licenciado Villarroel, la hija de Cervantes se llamaba Doña Isabel *de Saavedra*, y era *soltera*; á los dos años se llama Doña Isabel *de Cervantes*, es *viuda de Don Diego Sanz*, y se capitula para nuevo maridaje con un vecino de la ciudad de Cuenca. —En 1605 era *hija natural* (declaraciones de Doña Magdalena, hermana de Cervantes y de Doña Isabel de Ayala), y no sabía firmar; en 1608 aparece *hija legítima*, y firma hasta con su *Doña* y todo. —Auténtico podrá ser el documento, pero la prudencia aconseja dejarlo en cuarentena; que, caso de ser cierto, todavía descubrirá en él algún curioso más de cuatro alteraciones é interpolaciones atrevidas.

La nota de *piezas de teatro cuyos argumentos se han tomado de la vida y de las obras de CERVANTES*, que acompañó al Discurso leído en la Academia sevillana de Buenas Letras el día 23 de Abril del presente año (CERVANTES INVENTOR), puede aumentarse mucho. Desde aquella fecha he adquirido las noticias y obras siguientes:

Fernández-Guerra (D. Aureliano). *La Hija de Cervantes*; drama original, estrenado en el teatro de Granada, el jueves 20 de Febrero de 1840, por los actores D. Julián Romea y doña Matilde Diez, con inusitado éxito: y escogido para su beneficio en las primeras capitales de Andalucía, en aquel año y en el siguiente, por los primeros actores D. José y doña Josefa Valero, y D. José Tamayo y doña Joaquina Baus.

Fernández-Guerra, después del mismo Cervantes, ha sido el primero en sacarle á la escena; pero cuidando no poner en su boca ni pensamiento ni frase que no se halle en alguna obra del inmortal autor del *Quixote*: tarea difícilísima y llevada á buen término en un poema de grande interés y movimiento dramático.

Esta noticia, tomada de un periódico de la época, es la única que tengo de ese drama, inédito hasta hoy.

Robreño (D. José). *Don Quijote y Sancho Panza en el castillo del Duque*. Comedia en cuatro actos y en verso.—Barcelona, 1835.

Mallí de Brignole (D. Antonio). *La batalla de Lepanto*, drama histórico de gran espectáculo, en seis actos y en verso.—Madrid, 1861.

Es Cervantes uno de los personajes del drama, aunque sólo figura en el acto V, en la galera de D. Juan de Austria, momentos antes de la batalla.

Tomeo y Benedicto (D. Joaquín). *El cautivo en Argel*, drama en un acto y en verso, estrenado con gran aplauso en el teatro principal de Zaragoza.—Madrid, 1862.

Larra (D. Luis Mariano). *La insula Barataria*, zarzuela en tres actos y en verso.—Madrid, 1864.

García Cuevas (D. Francisco). *Las bodas de Camacho*, episodio de la inmortal novela de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, escrito para solemnizar el natalicio del príncipe de los ingenios españoles.—Madrid, 1866.

Horta (D. Jaime). *Cervantes cautivo*, drama en verso, en tres actos y un epílogo.—Barcelona, 1867.

Serra (D. Narciso). *El bien tardío*, segunda parte de *El*

Joco de la guardilla, drama original en un acto y en verso.—Madrid, 1867.

Mondéjar y Mendoza (D. Angel). *El Manco de Lepanto*, episodio histórico en un acto y en verso... Estrenado con extraordinario éxito en el teatro del Circo la noche del 23 de Abril de 1867.—Madrid, 1873.

Ossorio y Bernard (D. Manuel), *Rinconete y Cortadillo*, ópera cómica en dos actos, escrita sobre el pensamiento de una de las novelas de Cervantes.—Madrid, 1872.

Poinsinet (Mr. N.). *Sancho Pança dans son île*, opera bouffon en un acte.—A Avignon, 1768.

Brazier (Mr. N.). *La famille de Don Quichotte*, prologue de Don Quichotte, en vaudeville.—Paris, 1811.

Dieulafoi (Mr. Michel). *Le portrait de Michel de Cervantes*, comédie en trois actes et en prose, représentée pour le première fois le 21 Fructidor, an 10, sur le théâtre Loubois.

Cuvelier et Franconi (Mrs.). *Don Quichotte et Sancho Pança*, folie en ceux tableaux, à spectacle.—Paris, 1811.

Cogniard et Clairville (Mrs.) *La liberté des teatres*, salmigondis mêlé de chant, en trois actes et quatorce tableaux.—Paris, Dentu, 1864.

Es sátira contra Victorien Sardou y sus obras.

El cuadro 4.º del acto I se titula: *Don Quichotte, tragédie heroïque*, y aparecen *la Tobosa, la Molinera, Basilio y don Quijote y Sancho*.

Sumen VV. estas quince piezas con las sesenta y ocho comprendidas en la *Nota* del discurso citado, y ascienden ya á ochenta y tres, sin contar las del tea-

tro holandes, de que dió cuenta el doctor Thebussem en la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS.

De estas ochenta y tres piezas, he reunido hasta ahora la mitad, y excuso decir á VV. que están á su disposición, cuando muchas de ellas las debo á su amistad, generosa hasta el extremo.

Y ya que de teatro hablamos, permitan que me salga de esta interminable carta diciéndoles como decían nuestros sainetes, *perdonad sus muchas faltas*.

De VV. verdadero y afectuoso amigo,

J. M.^a A.

Sevilla, Octubre, 74.





Sobre la Estafeta de Urganda.

AL SR. D. NICOLÁS DIAZ BENJUMEA



Muy Sr. mío: Me decido á tomar la pluma y á dirigir á V. tres ó cuatro cartas acerca del precioso folleto publicado bajo el nombre de la ESTAFETA DE URGANDA, porque deseo que no se confirme V. en la idea, que al parecer tiene, de que ha concluído en Sevilla la serie de los apasionados de nuestro inmortal Miguel de Cervantes, que se dedican con afán y constancia al estudio de sus obras. Sin este motivo, si otros, que deberían hacerlo, hubieran salido á la liza, yo guardaría silencio y dejaría el combate á quien pudiera entrar en él con mejores armas y más probabilidades de triunfo.

Error será y aun quizás V. en sus opiniones lo calificará de blasfemia literaria, pero en mi entender la biografía de Miguel de Cervantes Saavedra está escrita. En cuanto á la posteridad interesa, conocemos perfectamente toda la existencia del escritor ilustre y su fisonomía moral; y el pretender que por meras conjeturas se introduzca otra vez la obscuridad en hechos averiguados de su vida, no es querer bien á Cervantes, Sr. Benjumea.

Para prevenir los ánimos y crear atmósfera, como ahora se dice, pues este y no otro es el objeto de la célebre ESTAFETA DE URGANDA, usa V. una argumentación vaga, indecisa, y tocando ora acá, ora allá, como en un teclado, sin concluir cosa alguna, procura V. despertar la duda en los lectores, presentando lo que nada es en sí con ciertos visos de verdad. «Hay un manantial fecundo de errores del cual quizá hayamos bebido á manos llenas. Al tiempo que en Alcalá de Henares nuestro poeta, nació otro Cervantes de Saavedra en la Mancha, del cual se sabe que se ejercitó en comisiones de apremio y diligencias de justicia. ¿No es probable que muchas de las tradiciones, noticias, memorias, cartas y documentos convengan con el Manchego y no con el Castellano?... ¿Por ventura se hundió debajo de la tierra el que en la Mancha llevó el apellido de Cervantes?» Este es el tecleo de que V. se sirve para hacer que se dude, no ya de un punto señalado de la biografía del autor de D. Quijote, sino de todos los hechos que en ésta se encierran. Mirando, sin embargo, las cosas á buena

luz, lo que V. consigue es hacer que cualquier curioso examine de nuevo uno por uno los hechos conocidos de la vida de Miguel de Cervantes, y cotejando fechas comprenda que el reparo de V. nada prueba; por querer probar demasiado.

«Al tiempo que en Alcalá de Henares nuestro poeta, nacía otro Cervantes de Saavedra en la Mancha» dice la ESTAFETA DE URGANDA, y esto no puede correr así, porque de buena ó de mala fe comete el señor don Nicolás una equivocación *gorda*, que no es la única que encierra el folletito. Miguel, hijo de Rodrigo Cervantes y de D.^a Leonor Cortinas, fué bautizado en la Iglesia de Sta. María de Alcalá de Henares en 9 de Octubre de 1547, y habría nacido, según la sencilla y verosímil conjetura de nuestro ilustre Hartzenbusch, el 29 de Septiembre anterior, por lo que recibió el nombre de Miguel; y el otro, hijo de Blas Cervantes y de Catalina López, fué bautizado en la Parroquial de Alcázar de S. Juan en 9 de Noviembre de 1558. Es decir, que el autor del Quijote contaba más de 11 años de edad, y probablemente estudiaba humanidades y componía versos, cuando en la Mancha fué bautizado su homónimo. Si esto es nacer dos personas á un tiempo, no entiendo yo jota de achaques de caballería.

Y cuenta que ese error de la ESTAFETA es aquí de gran monta, pues los 11 años de diferencia entre el Alcazareño y el Alcaláino son la mejor antorcha para no confundir la biografía de ambos Cervantes. El bautizado el 9 de Noviembre de 1558 no puede ser el Soldado de Lepanto, el hombre de ánimo esforza-

do que en 7 de Octubre de 1571 pedía á sus jefes el sitio de más peligro en el combate, y como le aconsejasen que se pusiera bajo cubierta á causa de la violenta calentura que le aquejaba, contestó: «Más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que no bajarme so cubierta». Un niño de trece años que entonces tenía el alcazareño *Cervantes*, no pudo ser aquel valiente á quien se destinó al sitio del esqui-fe con doce hombres á sus órdenes, y recibió en el combate dos heridas, siendo visitado luego y alabado y adelantado en sus haberes por el insigne D. Juan de Austria.

El *Cervantes* nacido en Alcázar no pudo ser el que, interrogado en 27 de Junio de 1605 por el Alcalde de Casa y Corte D. Cristóbal Villarroel acerca de las heridas que había recibido D. Gaspar de Espeleta, dijo que era mayor de cincuenta años, pues aquél sólo contaba cuarenta y seis.

El *Miguel Cervantes* que nació en 1558, no pudo ser el autor de las *novelas ejemplares* que se publicaron en 1613, y en cuyo prólogo dice el autor «que al cincuenta y cinco de los años gano por 9 más y por la mano,» pues esta edad entre 64 y 65 era del otro *Miguel* nacido en Alcalá en Octubre de 1547.

Asegura V., Sr. Benjumea, que del alcazareño *Cervantes* se sabe que se ejerció en comisiones de apremio y diligencias de justicia. Procedamos con orden: en primer lugar, ese dato parece que se sabe por V. solamente; alguien lo ha indicado, pero mientras no venga algún documento que lo demuestre, no

se sabe de modo que pueda alegarse en contra de otros perfectamente averiguados.

En segundo lugar: aun suponiendo que eso que V. sabe fuese cierto, ¿podría dudarse de que el autor del *Quijote* tuvo esos encargos, se ejercitó en cobranzas y recorrió la Andalucía entera con ese objeto, procurando así la subsistencia de su familia? ¿Sería inexacto por eso que el autor del *Quijote* fué preso por un alcance en las cuentas? Los documentos publicados por D. Martín Fernández Navarrete, y la carta que se conserva autógrafa y litografiada que dió aquel literato en su vida de Cervantes y hoy reproduce el Sr. Hartzenbusch en la edición de Argamasilla, no dejan lugar á dudas ni confusión. *Cervantes*, natural de Alcalá de Henares; fué discípulo del maestro Juan López de Hoyos, camarero del Cardenal Julio Agüaviva, soldado de Lepanto, cautivo en Argel, proveedor en Sevilla, cobrador de impuestos en Granada, Jaén y Ronda y probablemente en la Mancha: y esto se sabe sin beber errores en ningún manantial, señor D. Nicolás; los beberíamos, y muchos, y de trascendencia, siguiendo la senda que V. nos traza; por' eso yo procuro atajar el fuego, antes de que tome proporciones de incendio.

Otra peregrina corrección anuncia también la ESTAFETA, no menos errónea que la anterior; y es la que se refiere á D.^a Isabel de Saavedra, hija natural de Miguel de Cervantes, y que vivía en su compañía cuando la desgraciada muerte de D. Gaspar de Espeleta, llevó por algunos días á la cárcel de Va-

lladolid al autor del *Ingenioso hidalgo* y á toda su familia.

Porque Navarrete (con razón de sobra) supone que esa joven debía tener en 1605 más de veinte años, le increpa V. como á falsario, Sr. D. Nicolás, y en seguida se lanza á buscar en inverosímiles conjeturas otro origen á D.^a Isabel de Saavedra. ¡Válganos Dios! ¡Qué variedad en los juicios! La interesada dijo que era hija natural de Miguel de Cervantes: éste lo confirma; y D.^a Andrea, D.^a Magdalena Sotomayor, doña Constanza de Ovando y hasta la criada, todas declaran que D.^a Isabel era hija natural de Cervantes. ¿A qué lanzarse á buscar padre á una niña que lo tiene? Si V. acusa y escarnece y ridiculiza á quien, creyendo en la palabra del príncipe de nuestros ingenios, añade algunos años á su hija natural por creerla nacida antes de su casamiento, ¿qué haremos con V. que trata de privarle sin motivo alguno de una hija reconocida?

Todas las menciones que Cervantes y Avellaneda hacen del mesón de Valdeastillas, el memorable día del conjuro y cuantas citas á V. ocurran y puedan ocurrir á otros, no demostrarán que Cervantes mentía al asegurar que D.^a Isabel de Saavedra era su hija natural.

Mejor camino escogerá el que leyendo la *Ilustre fregona*, notando el final del Quijote de Avellaneda y teniendo en cuenta algunas otras indicaciones esparcidas en todas las obras de Cervantes, deduzca que la hija natural de éste estuvo encomendada por su

madre algunos años á personas caritativas, y que más tarde la recogió y llevó consigo su padre, en cuya compañía vivió hasta que profesó en 1614. Así se combinan las declaraciones de la familia de Cervantes con las alusiones esparcidas en sus novelas, y no se buscan al pobre manco de Lepanto cuidados ajenos cuando tanto trabajo le costaba mantener los propios.

Cervantes sabía muy bien el valor de las palabras y si la joven D.^a Isabel no hubiera sido su hija natural, él la hubiera llamado adoptiva, librándose de este modo de la nota de incontinencia que sobre sí echaba, y de la de bastardía con que marcaba la frente de D.^a Isabel.

Para que sirva de aviso en nueva averiguación acerca de la madre de esa niña, que profesó en el mismo convento de Trinitarias, según tradición, consignaré en este lugar que tengo algunas sospechas de que aquella señora (que lo era y muy principal), tenía por nombre María y por apellido tal vez Gadoso ó Salgado. De esto hablaré en otra ocasión.

Yo creo y no me parece error, que la biografía de Cervantes escrita por D. Martín Fernández Navarrete, á la que ha añadido preciosas noticias D. Cayetano Alberto de la Barrera, no es caricatura del autor, sino retrato perfectísimo, obra de mérito singular y á la que tributan elogios naturales y extranjeros.

II

Pasando de la biografía á la obra, del autor al libro, preguntaré, como V. lo hace: ¿por qué una sátira contra los libros de caballerías, como se dice ser el *Quijote*, es hoy lectura universal? Esta es una pregunta difícil de contestar, que no puede responderse sin maduro examen, pero á la que V. trata de dar solución por un medio que, á la verdad, me parece harto pequeño.

«Si el hidalgo de la Mancha no se hubiera armado más que para atacar vicios pasajeros de la complejión literaria y aun social de su época, el libro del Quijote se podría en los estantes de las Bibliotecas, sin salvarle todo el donaire de su autor.» Tiene V. razón que le sobra, Sr. Benjumea; en eso estamos conformes y lo están cuantos literatos se han ocupado directa ó incidentalmente de ese libro prodigioso. La causa de la popularidad del *Quijote* es preciso buscarla en otra parte; es necesario que tenga otro objeto más profundo esa obra festiva que así conmueve y embelesa hace dos siglos y medio á la humanidad entera, y que desespera y hace trabajar á los sabios de todas las naciones.

¿Y cuál es la causa profunda que la ESTAFETA DE URGANDA nos presenta para explicar la popularidad creciente del *Quijote*? Este libro como sátira contra un género de literatura, estaría olvidado hace muchos años, pero «son negocios particulares entre Cer-

vantes y su adversario el Doctor Blanco de Paz, y negocios que por la fatalidad de la época tuvieron larga corriente y no le abandonaron hasta el sepulcro.» ¡Sea todo por Dios! ¿Y es más propia esa causa que la otra para explicar la popularidad de la obra de Cervantes? ¿Interesan más á la posteridad esas rencillas, esa especie de polémica, que la sátira contra los libros de caballerías? Creo que no es esta la manera de darnos el *Quijote* desencantado.

Detrás de la celada de papelón está el rostro de *Cervantes*, según la opinión de V., Sr. Benjumea; las lanzadas de Alonso Quijano *el bueno* á los molinos de viento, á los monjes Benitos, á los *encamisados*, son golpes que *Cervantes* asesta á Juan Blanco de Paz! ¡Oh prodigio!

¿Y quiere V. decirme qué importan á la humanidad todos los denuestos, golpes y heridas que pudiera dar *Cervantes* á ese oscuro personaje que nadie conoce, que á nadie interesa, y del que solamente sabemos que fué enemigo de *Cervantes* en Argel? En este punto, como en otros muchos, es preciso restablecer la verdad y abrir los ojos á los incautos que pudieran caer en las engañosas redes que usted, Sr. Benjumea, va urdiendo con bello pero mentiroso artificio. De Juan Blanco de Paz no se sabe una letra más que lo probado por Miguel de Cervantes en la información practicada en Argel. En ella dicen los testigos que por el año 1577, llegó allí cautivo Juan Blanco, nos refieren su modo de vivir escandaloso, hablan de sus fechorías; pero ninguno dijo que

lo hubiese visto rescatado, ni si volvió á España ó murió en aquella apartada región.

¿De dónde, pues, deduce V., Sr. Benjumea, que el encantador invisible que perseguía á D. Quijote fuera el mismo Blanco de Paz? ¿En qué dato se funda V. para asegurar que la Inquisición tuvo parte en las desventuras de Miguel de Cervantes? Hasta ahora nadie había vertido semejante aserción; y sospecho que después de dicho por V., nadie lo ha creído todavía.

Como prueba de ese flamante y peregrino descubrimiento que V. ha hecho, corre después en la ESTAFETA DE URGANDA el que se intitula «especimen del »comentario relativo á la auto-biografía ó personalidad de Cervantes,» tomado de la aventura que usted llama con repetición de los *disciplinantes*; descuido en que nadie incurriría y que es imperdonable en un cervantista, como V. debe de serlo. En esa aventura no hay disciplinas ni *disciplinantes*. El autor la llama *del cuerpo muerto*; los lectores en general, dicen la *de los encamisados*, pero nadie sino usted, ha cometido el error de decir disciplinantes á los que conducían á Segovia el cuerpo de aquel caballero muerto de calenturas pestilentes.

En ese capítulo y aventura, que sin artificio verdaderamente lo parecía, recordó Miguel de Cervantes lo acaecido en el robo y traslación del cuerpo de S. Juan de la Cruz, cuando personas piadosas se empeñaron en llevarlo de Ubeda á Segovia, apesar de los asombros que en el camino se ofrecieron á los

raptos; suceso que tuvo lugar en 1593, y que quizá el autor presenció ú oyó referir apenas ocurrido, pues entonces viajaba por aquellos lugares. ¿Es creíble que un ingenio de la altura de Cervantes se entretuviera en puerilidades semejantes á quebrar una pierna por escrito á su enemigo y ponerle el lanzón al rostro? ¿Era esta venganza digna de un talento superior? ¿Interesaban á la posteridad estas pequeneces?

Y aun concediendo, siquiera en gracia de lo del anagrama, que en esa ocasión se acordara Cervantes del que se titulaba Doctor y no lo era, y le diese un remoquete así como de burla y de pasada; ¿habremos de suponer por eso que toda la historia de D. Quijote es un libelo contra Blanco de Paz? ¿Merece tantas disquisiciones ese descubrimiento de enemistad que está mejor comprobado con la información que existe en el Archivo de Indias de Sevilla?

Un error conduce siempre á otros. Partiendo del supuesto de que Blanco descubrió las alusiones contenidas en el *Quijote* á la publicación de las *Novelas ejemplares*, supone V. á aquel insigne Doctor, autor del *Quijote* de Avellaneda.

La idea no es nueva, Sr. D. Nicolás, pero es equivocada. Yo en este punto no quiero entrar en discusión. D. Cayetano Rossell descubrió, á mi entender, la verdadera alusión contenida, no en los hechos, pero sí en el nombre de Sancho Panza, apodo que, mucho antes de la publicación del *Quijote*, quizá desde que era

..... estudiante
 oficial ó paseante,

se daba, sin que sepamos por qué motivo, al

..... confesor
 del ya difunto monarca
 que de la vena del arca
 fué en Osuna sangrador.

Según dice Villamediana. Esa alusión satírica del *Quijote de Cervantes*, ó sea de Benenjeli, dió lugar á la publicación de la segunda parte compuesta por Aliaga, ó sea por Avellaneda, en la cual se ponderan los servicios de Sancho no menos grandes que verdaderos. Las estudiosas aclaraciones de D. Cayetano Alberto de la Barrera y la fundada opinión de don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, unidas á los datos anteriores, me parece que deciden la cuestión sin ulterior recurso, demostrando que el *Quijote*, llamado de Avellaneda, reconoce por autor á Fray Luis de Aliaga.

Pero como aun parece que insiste V. en sus trece después de lo que han escrito los dos autores citados antes, voy á añadir aquí con la brevedad posible otras dos ó tres razones de mi propia cosecha, no porque las crea mejores, sino por arrimar también mi grano de arena á la obra meritoria de patentizar quién fué el verdadero autor que se ocultó bajo el nombre de Avellaneda.

Que *Cervantes* lo sabía y conocía bien á su enemigo se desprende con harta claridad de las expresiones que deja escapar en el Prólogo de la segunda parte de *D. Quijote*. Para estampar de un modo tan afirmativo que el autor encubre su nombre y finge su patria, preciso era que conociese el nombre y la patria verdaderos. ¿Por qué causa, pues, no los lanzó desde luego al público? ¿Quién le impedía entregar á aquel disfrazado autor al castigo de infamia que su acción merecía? El impedimento fué la elevación del personaje disfrazado á quien era peligroso desenmascarar; por eso dice *Cervantes se contenía mucho en los términos de su modestia*; por eso le llama *señor autor* y aun señor á secas, indicando así que era persona constituida en dignidad, que entonces no se prodigaban las señorías como en los tiempos que han seguido.

Para suponer á Blanco de Paz oculto detrás del sabio Alisolan, era preciso empezar demostrando que aquél vivía aún en 1614, de lo cual no hay dato alguno, y que había alcanzado dignidades ó altos empleos á su regreso á España, si es que volvió, lo cual tampoco se sabe: traer algún documento en donde se viese que Blanco sabía y podía escribir una obra capaz de darse al público, y que sirviera también para conocer su estilo como conocemos el de Fray Luis Aliaga y descubrir en el *Quijote* llamado de Avellaneda alguna alusión que trasparentase, si quiera fuese ligeramente, la figura de aquel que se titulaba comisario y no lo era.

Usted lo ha dicho: es preciso que la doctrina é

interpretación del *Quijote* contenidas en la ESTAFETA DE URGANDA sean verdad por entero, ó error por entero. Como yo las creo equivocadas, veo que le han llevado á V. á dar por autor del *Quijote* de Avellaneda á quien no lo es en efecto.

III

Que el objeto principal y primero que *Cervantes* se propuso al escribir la historia del ingenioso hidalgo, fué hacer en *todo él una invectiva contra los libros de caballerías* sin mirar á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenían los tales libros, nos lo dice expresa y terminantemente el autor en el prólogo de la obra; echando así por tierra, con su leal y autorizada palabra, toda esa mal fundada máquina, que V. levanta en la ESTAFETA DE URGANDA.

Entre *Cervantes* y los críticos, *Cervantes*: cuando el autor nos dice claramente su propósito, no hay que dar tormento á la imaginación para entenderlo.

«En Sancho Panza, á mi parecer, te doy cifradas »todas las gracias escuderiles que en la caterva de los »*libros vanos de caballerías* están esparcidas.» Así termina el prólogo de la primera parte. ¿Y es posible, Sr. D. Nicolás, que un hombre como *Cervantes*, teniendo el *delirio*, que V. le supone, por las historias caballerescas, llamase *vanos* á esos libros, y tratase de desterrar su lectura? ¿Un apasionado de esas obras

de aventuras las hubiera llamado *malditos libros de caballerías, desalmados libros de desventuras, libros descomulgados*, como lo hace *Cervantes* por boca de la sobrina en el capítulo 5.º de la primera parte? ¿La hubiera emprendido contra ellos con la poderosa arma del ridículo, como lo hace desde el principio de la historia? Entre V. y *Cervantes*, estoy por el manco, señor Benjumea, que tartamudo y todo, sabía hablar perfectísimamente y escribir con claridad.

Tal fué, á mi parecer, el objeto primero del *Ingenioso hidalgo*. La causa que determinó á *Cervantes* á escribirlo, y que le inclinó á hacerle nacer en Argamasilla de Alba, describiéndole seco y avellanado, con otras circunstancias y accidentes que parecen tomados del natural, preciso es buscarla en alguna de las desventuras que en su azarosa vida ocurrieron al príncipe de los ingenios. Él no quería acordarse del nombre de aquel lugar de la Mancha de donde hizo hijo á su héroe, y esto, á mi ver, sin que pueda decir á V. la razón, pues hay cosas que son para sentidas y no para demostradas, era por los sinsabores que en tal lugar había experimentado. ¿Es violento suponer que *Cervantes*, que pasó en comisiones de apremio á Granada, Jaén y Ronda, aceptase otros cargos semejantes para los pueblos de la Mancha? ¿No es probable que por su mismo empleo de ejecutor fuera mal visto por los deudores? ¿No es muy posible que éstos se entregasen á algún acto violento contra él? Su residencia allí es innegable: el *Quijote* y el *Persiles* lo prueban con demasiada claridad. Las tradiciones que

recogió el Sr. Jiménez Serrano y publicó en su *Paseo á la patria de D. Quijote* y la referente al retrato de D. Rodrigo Pacheco, que existe en la iglesia de Argamasilla y á quien «se le cuajó una gran frialdad en el cerebro,» tienen un fondo común que las hace muy apreciables, y encierran, á no dudarlo, la causa determinante de la creación del *Ingenioso hidalgo*.

Con tal objeto y por esa causa empezó *Cervantes* á escribir el libro inmortal, que su mente concibió entre los hierros de la casa de Medrano; mas no crea V. por esto, Sr. D. Nicolás, que yo sostengo que el *Quijote* no es más que una sátira contra los libros caballerescos, una alusión á sus desventuras en la Mancha. Nada menos que eso.

Cervantes, con el objeto y por la causa expuesta, concibió los dos principales personajes, y dió principio á su fábula con ánimo de escribir una novela agradable como la del *Celoso Estremeño*, ó la *Española Inglesa*, aunque de mayores dimensiones; pero prendado de su asunto, habiendo creado dos caracteres originalísimos y en cuyo desarrollo cabían las más altas ideas, las más fecundas concepciones, dió rienda suelta á su caudal fertilísimo, abrió los tesoros de su ingenio y escribió, casi sin levantar la pluma, la *Primera parte del Ingenioso hidalgo*. Esa, por más que V. lo contradiga, no fué la obra de toda su vida; fué un parto feliz y espontáneo de su imaginación, y la obra entera con su lozanía y sus incorrecciones lo revela así.

La causa fué pequeña, el objeto primitivo pura-

mente literario; después el ingenio, la imaginación, el talento profundo y superior de *Cervantes* hicieron lo demás. Tendió las alas, y abrazó en su obra horizontes inmensos, que ni aún sospechaba al principiar á escribirla. Pintó en el caballero y el escudero al hombre moral y físico, con sus aspiraciones sublimes y su tosca materia, y copió en los demás personajes de la fábula todos los caracteres, vicios y cualidades de la humanidad en su múltiple variación. Esta es la verdadera causa de la popularidad inmensa del *Quijote*, de que no haya nación ni lengua donde no se traduzca, se comente, se lea, se ilustre y se admire.

Don Quijote y Sancho Panza
compendian la humanidad.

Y por esto el libro de *Cervantes* vive y vivirá siempre, porque, como dice un escritor contemporáneo, su autor «acertó á hacer un libro para los hombres de todas las clases, de todas las edades, de todos los países y de todos los tiempos.»

Paréceme, Sr. Benjumea, que esta causa de la popularidad del *Ingenioso hidalgo*, es algo más grave, algo más digna que los *negocios particulares* entre *Cervantes* y Blanco de Paz. Si el libro sólo contuviera ese secreto, muy poco interesaría su lectura á la generación presente, y menos aún á la Francia, á la Inglaterra, á la estudiosa Alemania y á las demás naciones.

Su secreto es la grandeza
De ingenio del escritor.

Si la humanidad no se viera retratada en él con sus vicios y sus virtudes, con su eterna aspiración de lo infinito y su eterna lucha con la materia, el libro no sería leído, no se repetirían sus ediciones.

¿Ne connais-tu pas Don Quichotte?
Voilà l' esprit pur, lance au poing.
Son ecuyer boit, mange et rote;
C' est la chair en grossier pourpoint.

Así lo juzga Beranger, genio ilustre, pensador profundo, que en una sola pincelada dice más acerca del mérito de esa obra colosal, que otros han dicho en gruesos volúmenes y largas disertaciones, y que por cierto no está entre los extranjeros que de *menor á mayor* nombra V. en la ESTAFETA DE URGANDA por haberse ocupado del *Quijote*; aunque yo creo que bien merecía ser tomado en cuenta.

Así pienso yo que nació, creció y se desenvolvió toda la primera parte del *Ingenioso hidalgo*. Espontánea siempre, hija de verdadera inspiración, salía la fábula ligera y animada, descuidada á veces, interesante y viva en todas ocasiones. *Cervantes* dejaba allí correr sin trabas su lozana fantasía, el *Quijote* salía espontáneo de su cabeza según la gráfica expresión de D. Antonio Cavanilles, y escribía según brotaban en

su imaginación las más festivas aventuras con las más donosas ocurrencias. Ora se acordaba del escudo que ostentaba el caballero y del molino de viento, ora pensaba en los sucesos á que dió lugar la traslación del cuerpo de San Juan de la Cruz, ora se le venían á la memoria los recaudadores de impuestos, los magnates orgullosos que esquilaban al pueblo y los presentaba con alusivos motes y oscuros disfraces, según la alusión que ha creído encontrar el Sr. Fernández Guerra, aunque en mi sentir equivoca los personajes designados por *Cervantes*, que eran mucho más elevados de lo que en general ha creído.

Pero todos esos sucesos bullían un momento en la imaginación de *Miguel de Cervantes*, sin ser ninguno de ellos objeto preferente de su trabajo. Eran aristas que caían en la llama de su ardiente ingenio, y que allí cobraban vida y salían á la luz transformadas, brillantes y deslumbradoras. Sus alusiones descubiertas, y otras muchas que debe encerrar el *Ingenioso hidalgo*, sólo fueron en las manos de *Cervantes* medios de que se valió para poner en juego, en acción sus personajes.

No negaré que alguna vez recordase el autor tal ó cual suceso, feliz ó desgraciado, de los muchos que había pasado en su azarosa vida; pero no creeré por esto que el capítulo ó la aventura en que tal suceda pueda considerarse como auto-biografía, y deba introducir alteraciones en la historia de su vida. *Cervantes*, cuando presentaba alguno de esos sucesos, los desfiguraba completamente, y basta para prueba re-

cordar la historia del polaco en el capítulo 6.º, libro 3.º del *Persiles*, en cuyo principio se encuentra mención del suceso de D. Gaspar de Espeleta, pero con variaciones tales, que si el hecho no se supiera con todos sus pormenores, se sospechase en él una alusión y se tomara la historia del polaco por autobiografía, se cometería el mayor de los errores.

Una palabra para concluir. Las multiplicadas y luminosas enmiendas que en la edición de Argamassilla ha introducido el Sr. D. Juan E. Hartzenbusch, estudiando las primitivas, deben empeñar á la Academia Española en justificar y fijar la lectura del *Quijote*, dando un texto que sea oficial, si así puede llamarse; empresa de honra para la corporación y para cada uno de sus individuos; servicio inmenso á las letras en general y á la literatura patria en particular, y tributo que se debe de justicia al gran nombre de *Cervantes*.

De igual importancia sería también el que la corporación citada ó algún particular por su gusto é interés, emprendiesen la publicación de todos los folletos, juicios, apologías, notas é impugnaciones á que ha dado lugar y de que ha sido objeto *D. Quijote*, tanto en España como en el extranjero, pues hoy es muy difícil, si no imposible, reunirlos todos. Y de estimar sería, por último, que en un solo volumen y por copias autorizadas tomadas de los mismos originales, se publicasen, íntegros todos los documentos que existen relativos á la vida del príncipe de los ingenios españoles.

Muy lejos estoy, Sr. D. Nicolás Díaz de Benjumea, de pensar que estas desaliñadas cartas contengan una impugnación del precioso y estudiado folleto publicado por V.; mis aspiraciones se limitan á que, si de algo valen, tenga V. presentes estos advertimientos, al concluir los «Comentarios filosóficos del Quijote,» cuya publicación desean todos los apasionados del Cervantes y más quizá que todos este s. s.

Q. L. B. L. M.

J. M.^a A.

Sevilla, 1863.



NOTA Á LA CARTA SEGUNDA

SOBRE LA ESTAFETA DE URGANDA

POR su mucha extensión hemos dejado para este lugar la cita de un curiosísimo suceso que, sacado de antiguo MS., incluyó el docto D. Bartolomé José Gallardo en el número 4.º de *El Criticón*.

No aseguraremos que el Dr. Joan Blanco, de quien aquí se habla fuera sin duda el mismo Doctor Juan Blanco de Paz, pero muy inclinados estamos á creerlo; y siéndolo, tendríamos un dato para demostrar que nueve años después de rescatado *Cervantes*, aun permanecía en Argel su adversario.

Decía *el Sr. Gallardo:

«A propósito de estos desenfadados de los cautivos de Argel representando comedias, es curioso un caso ocurrido allí por los años de 1589; es decir, en vida y á raíz del cautiverio de *Cervantes*. Léese en un MS. original de la preciosa Biblioteca que el Sr. Infante D. Luis de Borbón tenía en su palacio de Arenas: su título:

«CAUTIVERIO Y TRABAJOS DE DIEGO GALÁN, NATURAL DE CONSUEGRA, Y VECINO DE TOLEDO.» MS. en 4.º

BAÑOS DE ARGEL

Tragedia que sucedió á unos cautivos, estando el autor allí

«En el Baño del Bajá, que es á donde están recogidos los más cautivos que hay en la ciudad, á donde estaban

al presente» (año de 1589) «555 que tenía mi amo» (Arrahut Mamí, renegado albanés) «y se juntan á otros muchos de particulares, de diversas naciones y provincias...» Sucedió que los italianos, por aliviar sus penas, hicieron una *Comedia de Santa Catalina de Sena*, con la cual se entretuvieron una tarde.

Los españoles, visto que los italianos se habían holgado con la Farsa..., ordenaron de hacer otra *Comedia de La toma de Granada*, repartiendo á cada uno papel según su sujeto; y después de estudiada «(trataron de representarla con)» apariencias y armas como de pobres cautivos, porque tenían morriones y petos de papel, espadas de palo, y á este modo todos los demás peltrechos de guerra.

Y la persona que había de hacer el papel del rey Don Fernando, no contenta con armas de papel... intentó, á un capitán inglés que á aquella sazón estaba en el puerto de Argel (que entran allí de paz los ingleses), con una industria que buscó, pedille prestado un peto, espaldar, morrión y espada; para lo cual se valió del favor del Dr. Johan Blanco, natural de Orihuela, que también estaba cautivo; el cual Doctor tenía estrecha amistad con el capitán inglés, que se llamaba Johan Túton, y le había hecho buenos servicios en Sevilla; pidiéndole un billete para el inglés diciendo que porque los cautivos se querían holgar haciendo una representación, le hiciese favor de prestalle las armas referidas.

Con este billete bajaron al muelle dos cautivos, y en el esquife pasaron al navío inglés, y dieron el billete, sin advertir que estaban merendando con el capitán dos turcos... Y habiendo leído el billete, les dijo de palabra...

«Digan vuestras mercedes al Sr. Dr. Johan Blanco que le beso las manos, y que en tierra ajena no puedo prestar mis armas.»

Por la cual respuesta maliciaron los turcos... que los cautivos se querían alzar con la ciudad, pues iban á pedir armas al inglés. Y sin detenerse un punto, salieron del navío, entrando por la ciudad dando voces: «¡Al arma, al arma! que los cautivos se quieren alzar con Argel.»

Y en un instante se movió tanta confusión y alboroto contra los pobres cautivos, que parecía haber llegado nuestro fin; porque los genízaros y gente común, que no tenían esclavos, á diestro y á siniestro mataron á algunos que toparon por las calles seguros «(ajenos)» de tal fracaso. Y mataran más, si los dueños no los escondieran, como hacienda suya, hasta saber la ocasión de tal rigor.

Luego cogieron á los que habían llevado el billete; y dándoles tormento, confesaron, que para hacer una Comedia, con orden del Dr. Johan Blanco, habían ido al navío, y pedido al inglés las armas referidas.

Vista la confesión por el Bajá, mandó haber á su presencia al Dr. Johan Blanco; y así como le vió, dijo: «Perro, si no dices la verdad, te tengo de hacer pedazos á tormentos.» Y aunque confesó lo propio que los demás, le dieron crueles tormentos.

Visto lo cual por el pobre Doctor, y que padecía sin culpa, dijo al Bajá: «Para que su Alteza se desengañe, haga traer los petos, morriones, espadas y broqueles, que todo es de palo y papel, que estaban apercebidos para la Comedia; y echará de ver como no hay malicia.»

Y al punto mandó el Bajá que fuesen por ello; y traído

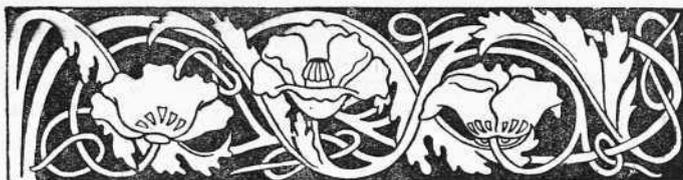
á su presencia, parece que mostró algun género de desengaño.

Mas era tanta la turba de la gente bárbara que daba voces diciendo: «¡muera todos!» que el Bajá, no pudiendo resistir la bárbara fuerza del vulgacho, les entregó á seis de los comediantes, para que hiciesen en ellos su gusto, reservando al Dr. Johan Blanco, porque estaba concertado su rescate en tres mil ducados, cantidad que le valió la vida.

Luego el pueblo bárbaro se entregó de los infelices cautivos, ejecutando en ellos más tormentos y crueldades que se cuentan de Diocleciano, emperador de Roma; pues arrastraron á uno, atado á las colas de cuatro caballos; á otro empalaron; á dos ahorcaron á la puerta de Babazon; y á los otros dos quebrantaron los huesos con mazos de hierro á la puerta de Babalbit.

Y estos dos últimos eran andaluces, y se llamaba el uno Alonso de Vera, hombre muy gracioso; y el otro Johan de Buendía; los cuales habian salido juntos de España, y los cautivaron juntos, y eran de un propio amo, que se llamaba Chafort, genovés renegado; y habian remado juntos y juntos fueron á gozar de Dios.»





COMENTARIO DE COMENTARIOS

QUE ES COMO SI DIÉRAMOS

CUENTO DE CUENTOS

CARTA Á MR. MARIANO DROAP



ADA día más admirado el Dr. Thebussem con las interpretaciones que de varios pasajes del Quijote escribe y publica D. Nicolás Díaz de Benjumea (que parece ha visitado el castillo de Tirmenh), me ha escrito con grandísimo empeño para saber mi opinión sobre las de aquel cervantista. Un extranjero nunca es muy competente para resolver cierto género de dudas; y así espero, amigo Asensio, que, cuando tenga algún rato de ocio, me diga V. su sentir sobre las muestras que de los Comentarios filosóficos del Quijote se conocen hasta ahora.

Estas palabras de V., mi querido Droap, eran una orden para quien es tan su amigo, y cuando se atraviesa el honor de un ingenio español tan privilegiado como el de *Cervantes*, hasta las piedras hablan; cuanto más los mudos que no lo son *á nativitate*, como dijo nuestro inolvidable Gallardo. Aquel deseo, pues, y mi buena voluntad, son origen de este trabajo.

Yo supongo que el Dr. Thebussem, como tan versado en todo lo que á *Miguel de Cervantes* toca y atañe, no habrá tomado como originales las ideas que ahora va explanando Benjumea; y también me figuro que ha de haber conocido los muchos errores, las frases trocadas y alteradas de que aquel señor va echando mano para sostener sus extrañas teorías; así como las palmarias falsedades (literarias por supuesto) que sus trabajos contienen. Pero, por si en efecto no lo ha notado el bueno del Doctor, ó por lo menos se le ha escapado algo, yo voy á ayudar su memoria, poniéndole ante los ojos:

- 1.º El origen probable de los comentarios filosóficos del *Quijote*.
- 2.º Las frases de *Cervantes* que Benjumea adultera, trunca, ó entiende enteramente al revés, para darse el gusto de formar argumentos.
- 3.º Los renuncios, contradicciones y faltas en que hasta ahora ha incurrido, en lo poquito que lleva publicado.
- 4.º El catálogo de obras españolas que llevan el escudo que apareció al frente de la primera parte

del Ingenioso hidalgo, en 1605, y que era usado por editores españoles desde el año 1570, cuando menos.

- 5.º Con motivo del tema y lema del escudo se demostrará que no existe en el cerebro de Benjumea idea fundamental y filosófica para escribir los *Comentarios* y se apuntaran otras especies peregrinas.

Aquí tiene V., mi querido amigo, lo que, siguiendo la nueva y filosófica palabrería, usada para dejar á los lectores *hechos unos bausanes*, podrá V. llamar *el Génesis* (ó el Deuteronomio) de mi impugnación de hoy; si después de haber visto el *specimen* (muestra, en castellano) de esta crítica, la cree V. de algún valor, puede elevarla al conocimiento del Dr. Thebussem, para su uso; y si no, Cristo con todos, la hace V. trizas y negocio concluído; pues yo no estoy en la obligación de decir cosas buenas y nuevas, cuando no las da mi cosecha, sino de cumplir lo que V. me ordena y su buena amistad merece.

1

En el año de 1859, y en el acreditado periódico *La América*, apareció por primera vez, según tenemos entendido, el título de *Comentarios filosóficos del Quijote*, y la firma de D. Nicolás Díaz de Benjumea. No había entonces *Estafetas* anticipadas, ni *correos*; eran lisa y llanamente, sin ambajes ni rodeos, los mis-

mísimos *Comentarios* hechos y derechos, en haz y en paz; ni había tampoco Asan-Ouzad Benenjeli, ni berenjena, sino Benjumea mondo y lirondo. Los anagramas vinieron luego y todos juntos de antuvión.

Comenzó por un artículo llamado *Significación histórica de Cervantes*, y de reata vinieron los *Comentarios* con su *introducción* y artículos, que no eran de fe, por lo que después hemos visto. Entre la muchedumbre de ideas agrupadas, *velis nolis*, en aquellas difusas disertaciones, saltaban aquí y allá, como conejos en soto, algunas piezas que recordábamos haber cazado ya en otro terreno; pero suspendida por entonces aquella filosófica tarea, no buscamos ni recordamos el origen de tales trabajos. Bien es verdad, que, como se verá muy luego, los *Comentarios* no se anunciaban ni venían entonces con la algazara y bullicio que salieron después, ni aspiraba el autor á poner á *Cervantes* en lucha abierta con las instituciones de su tiempo, mucho menos con el Santo Tribunal; ni le hacía rebuscador y constructor de pueriles anagramas; ni tenían las aventuras el significado con que luego han ido apareciendo.—Ha variado mucho el *Comentario* desde sus primeras muestras hasta ahora.

Ejemplo (y cuenta que vamos á anticipar esta demostración de un punto que tendrá su lugar propio al finalizar): Examinemos la aventura del *Caballero del Bosque*, y (el Diablo sea sordo) tomemos por guía á un mentor que no sea recusable ni sospechoso, al

mismo autor de los *filosóficos comentarios*. En uno de aquellos números de *La América*, párrafo n.º 3.º, decía Benjumea:

«De todas las aventuras del hidalgo, las que se han juzgado por menos ridículas son las que le avinieron con el *Caballero del Bosque* y el de *los Espejos*, sin duda porque infinitas de este género se han reproducido y reproducen constantemente entre hombres que pasan por cuerdos, y porque en ambas se muestra la locura de *Don Quijote* con menos relieve, pues ve las cosas como son en sí, sin trocarlas ni transformarlas como de ordinario le acontecía...

»En cuanto á *Don Quijote*, lo que en esta aventura le hace parecer más cuerdo, es el habérselas con otro caballero en quien el autor quiere hacer más resaltar la locura, para el propósito que tenía, QUE ERA EL DE RIDICULIZAR LOS DUELOS, á parte del valor y significado que dicha aventura tiene con relación á la acción principal de la novela... etc.»

Y después continúa explanando esta misma idea, sin que ni por asomo aparezca en toda la apreciación la que ahora salta en el *Correo de Alquife*. Ahora en la aventura misma *D. Quijote* es *Cervantes*, el caballero es *Fray Juan Blanco*, que defiende á la *Dama-inquisición*, porque *Casildea* era *cruda* y *asada*, al decir de *Tomé Cecial*, y era *vándala* por su apellido, con todas las otras cosas que amontona, y que no sabemos si habrán convencido á alguno, aunque creemos que no.

En 1859 no había en D. Nicolás las mismas ideas que luego figuraron en la *Estafeta de Urganda* en 1861, ni mucho menos las que ya paladinamente expone en 1866. ¿De dónde le ha venido, pues, ese empeño de probar que *Cervantes* censuraba la Inquisición? Yo siempre he creído, y continué creyendo, que esta idea le ha ocurrido de su larga permanencia en Inglaterra. No sé si tendrá V. presente, amigo Droap, lo que á este propósito le decía en mi carta de 14 de Abril del año anterior.

«Don Nicolás Diaz de Benjumea, le dije (de quien hablando en puridad siento que esté V. tan prendado) ha asegurado á *Cervantes* con otro golpe por la espalda en el papel titulado *El Correo de Alquife*. Publicóle primeramente á retazos en la *Revista hispano-americana*, y ahora en un folleto igual á la londinense *Estafeta* que ha hecho imprimir en Barcelona. Y no es esto lo peor, sino que ya nos amenaza con otro tercer disparo que se apellidará *El Mensaje de Merlín*. — *Estafeta, Correo, Mensaje*... Esto vendrá á parar en *embajada*.

»Yo escribí contra la *Estafeta*, y probablemente lo haré contra el *Correo*, porque en mi sentir Benjumea es peligrósísimo, pues lleva tendencia á falsear el intento de *Cervantes*, prestándole ideas que serán muy *inglesas*, muy avanzadas, pero que no fueron las suyas, ni entraron en el *Quijote*.»

Repito lo que entonces decía; la idea de hacer á *Cervantes* antagonista del Santo Oficio, rival de un

tostador de sus semejantes, y de convertir el *Quijote* en periódico de oposición, nació en Londres, en aquella ciudad que se la inspiró también á D. Antonio Puigblanch, autor célebre y cáustico y desenfadado, que si viviera no dejaría de reclamar su parte en la idea y explanación de los *Comentarios*.

En los escritos de aquel docto filólogo está el origen probable de la *Estafeta de Urganda* y del *Correo de Alquife*. Tras de la afirmación, la prueba.

Emigrado á causa de los sucesos políticos, el doctor Puigblanch se ocupaba en Londres en hacer profundos trabajos sobre sus favoritos estudios, la lengua y la literatura españolas. Enemistado por causas que son de larga historia con D. Joaquín Lorenzo Villanueva, fulminó contra éste y sus obras una que intituló *Opúsculos gramático-satíricos*, y que, haciendo el autor mismo de cajista para su obra, salió á luz de las prensas de Gouthrie en 1829 el tomo 1.º, en 1832 el 2.º. Puso el autor á la conclusión, una que llamó:

«Adición última, para que sirva de cierre del índice de materias y de toda la obra, como del grupo de Don Quijote á caballo, y de Sancho Panza lo era la retranca del rucio.»

Toda ella está consagrada á diversas apreciaciones sobre el *Quijote* y sobre la manera de entenderlo, con motivo de dar una jabonadura al Comentario de D. Diego Clemencín. Ofrece allí el Dr. Puigblanch nuevo comentario y por nuevo estilo, *por la mala*

vergüenza, dice, *de que con tres de ellos, y los dos bien largos, no tengamos ninguno*. Y más adelante, haciéndose cargo de una observación de Clemencín al Soneto de *Orlando furioso á Don Quijote de la Mancha*, exclama:

«¿Qué culpa tiene el Soneto, ni qué culpa tienen las demás poesías sus compañeras de que él no sea un comentador idóneo?...

»Precisamente conducen aquellas poesías, sin que yo deje de confesar que pudieran ser mejores, *á dejar Cervantes traslucir, ya que no se explicase claramente (LO CUAL NO PODÍA SIN PERJUDICARSE) su verdadero objeto en la composición del Quijote.*»

Por no aglomerar citas y copias, no trasladaremos los pasajes en que Benjumea dice esto mismo; pero remitimos á los curiosos á la *Estafeta de Urganda*, pág. 11, y al artículo que aquél publicó en contestación al titulado *Cervantes y Lope, en 1605*, escrito por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

El *Quijote* necesita nuevo y más filosófico comentario; la autoridad será el *Quijote explicado por el Quijote*; la base del comentario está en las poesías que anteceden á la primera parte de la obra; así se expresa D. Nicolás Díaz de Benjumea en los lugares citados; y cualquiera conoce que esto es coger el hilo mostrado por D. Antonio Puigblanch, y tirar, y tirar para ver si se descubre el ovillo. A la primitiva idea se añadieron los anagramas escudriñados por Ben-

jumea, que empezó por su propio nombre para quitar todavía más fuerza al que después presenta como de Juan Blanco de Paz.

Porque, con perdón sea dicho del Sr. Arrazola y de algún otro que como él opine, descubiertas la manía y la habilidad de anagramizar, sacando de Nicolás Díaz de Benjumea, *Cid Asam Oužad Benenjeli*, y de López de Alcobendas, *es lo de Blanco de Paz*, se duda ya de la verdad; y se niega por entero que pueda ser exacta la interpretación, cuando luego vemos que el nombre de la capital del Principado dice también *era Blanco*.

Sin embargo, el ovillo no parecía, el hilo se había quebrado, y para reanudarlo fué preciso echar á volar otras apreciaciones tan *filosóficas* como los anagramas. No parecía posible seguir sosteniendo que las aventuras del Ingenioso hidalgo eran *negocios particulares entre Cervantes y su adversario Juan Blanco de Paz*; esto era decir que el regocijo de las musas había puesto muy baja la mira, era quitar interés al libro, que no dárselo, según se ofrecía, y entonces... entonces Juan de la Cuesta dió la indicación, el mismo Doctor Puigblanch volvió á dar fundamento y se anuncia ya claramente en el *Correo de Alquife* lo que ni en la *América* ni en la *Estafeta* se había atrevido el articulista á decir: que *Cervantes* atacaba la institución del *Santo Oficio*.

Indudablemente esta idea nació del lema grabado en la orla del escudo que se puso en la 1.^a edición del *Quijote* en 1605; escudo y lema que fué muy hacede-

ro suponer arreglados por *Miguel de Cervantes*, por más que los hechos vengan á desmentir clara y abiertamente tal supuesto, como veremos más adelante; porque aquello de decir *post tenebras spero lucem*, era muy sospechoso, y daba campo á interpretaciones que, con un poquito de ingenio, podían hacerse muy descabelladas.

Post tenebras spero lucem ¡ahí es nada lo del ojo! Estas palabras eran el emplazamiento para otra edad mejor... Pero de esto hablaremos luego. ¿Qué podrían ser esas tinieblas? ¿Cuál sería la luz? Casualmente, allá en el año 1811, cuando con mayor fuego y energía salieron á la palestra antagonistas y defensores del Tribunal de la fe, con motivo de tratarse en las Cortes de su supresión, apareció en Cádiz, impreso en casa de D. Josef Niel, un libro titulado *La Inquisición sin máscara*, obra de un cierto *Natanael Jomtob*, autor desconocido, aunque no tanto que no vislumbrasen los curiosos detrás del lienzo la figura de un docto catedrático de hebreo llamado en el siglo D. Antonio Puigblanch.

En esta obra, atacándose la institución del Santo Oficio en todos terrenos y por todos los registros, no podía faltar el nombre de *Cervantes*, y en ella fué donde se presentó por primera vez al autor del *Ingenioso hidalgo* tirando chinicas á la Inquisición. Pero los términos en que habló *Jomtob* ó Puigblanch merecen ser conocidos, porque concurren á nuestro intento:

«Un Tribunal tan monstruoso como ha sido la Inquisición (dice á la página 215, nota) ni pudo ocultarse á la

penetración del inmortal autor del *Quijote*, ni éste pudo menos de emplear parte de sus tareas en impugnarlo.»

Y después entra á demostrar que en los funerales de Altisidora y prisión de D. Quijote y Sancho para que asistan á ellos, hay una embozada crítica de los procedimientos y costumbres del severo Tribunal.

Si es otra cosa más que una amplificación de las opiniones del Dr. Puigblanch, adornadas con el lema y descripción del escudo de Juan de la Cuesta, todo cuanto contiene el *Correo de Alquife*, examínenlo y decidan los entendidos. En mi opinión, de esta manera se han ido formando los *comentarios filosóficos*; sin filosofía de ninguna clase, sin plan preconcebido ni determinado, cogiendo hoy una idea, mañana otra, é incurriendo en las contradicciones que vamos á notar en seguida.

II

Tarea prolija sería la de ir notando las frases de *Cervantes* que el comentador saca de quicio ó varía y trueca á su antojo, para buscar apoyo á sus gratuitas aseveraciones.

Felizmente en España, saben de memoria el *Quijote* la mitad de los españoles, y la otra mitad le ha leído lo bastante para que todos conozcan á golpe de vista esas adulteraciones tan ligeramente hechas en la obra inmortal. Vamos á notar, sin embargo, un

par de ellas, de las más de bulto, para que se comprenda cuanta es la razón que tenemos al impugnar al que de tales medios se vale para hacer sus pseudo-comentarios.

En la última obra del Sr. D. Nicolás, en el *Correo de Alquife*, que debe ser la más perfecta parte de sus trabajos, porque va dominando cada vez más el asunto y madurando sus reflexiones, encontramos á la pág. 12 estas palabras:

«Recuérdese que la tesis: *la je sin obras es cosa muerta*, fué expurgada en el *Quijote*, por el Tribunal que se decía *defensor de la fe.*»

Si el lector quiere saber lo que en ese pasaje decía *Cervantes*, lo que borrarón los escrupulosos teólogos que examinaron el *Quijote*, es necesario que, sin fiarse de Benjumea, acuda al capítulo 36 de la Parte 2.^a y al *Indice expurgatorio de 1790*, que es el más fácil de encontrar y copia los anteriores (página 51, colum. 1.^a, verb. CERVANTES.)

«Preguntó la Duquesa á Sancho otro día si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencanto de Dulcinea.—Dijo que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes.—Preguntóle la Duquesa que con qué se los había dado.—Respondió que con la mano.—Eso, replicó la Duquesa, más bien es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura:... y ad-

vierta, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito ni valen nada.»

Las frases subrayadas son las mandadas borrar por la Inquisición, y lejos de decirse en ellas que *la fe sin obras es cosa muerta*, lo que dicen es *que las obras sin fe no aprovechan*. Prosigamos.

En el mismo *Correo de Alquife*, pág. 22:

«Comienza Cervantes su prefacio (el de las *Novelas ejemplares*) diciendo:

»Quisiera yo, *si fuere posible*, lector amantísimo, excusarme de escribir este prólogo, *porque no me fué muy bien con el que puse á mi Don Quijote que quedase con ganas de segundar con este, etc.»*

Esta es copia á la letra del texto que necesitaba Benjumea, y por consiguiente asienta: *Cervantes* no escribió eso ni pudo escribirlo, porque en esa forma es un castellano macarrónico, usándose de una construcción viciosa que jamás dejó caer la pluma del príncipe de los ingenios; *no me fué muy bien con esto que quedase con gana de repetirlo*, frase de sentido casi ininteligible, pues al absoluto *muy bien* no puede unírsele el relativo *que*; y se necesita mucha audacia para hacer tamaña ofensa á todo un *Cervantes*.

«Porque no me fué TAN bien con el que puse en mi *Don Quijote*, QUE quedase con gana de segundar con este, etc.»

Esto es lo que escribió el autor. Verdad es que, sentado el texto con fidelidad, no podría luego decir el comentador que:

«Bien claramente indica esta necesidad de defenderse á su turno, en la frase de *no me fué muy bien* con el prólogo del *Quijote*. Y la pregunta que se ocurre es: ¿qué daño se le causó? ó mejor dicho: ¿quién fué el causante?»

De decir que no le había ido *tan bien*, á expresar que no le había ido *muy bien*, hay diferencia notable. D. Nicolás Díaz de Benjumea altera el texto, y lo altera á sabiendas, para poder ingerir luego sus sofisticas argumentaciones; porque ha de notarse que las palabras *muy bien* van siempre en el *Correo de Alquife*, señaladas con letra bastardilla, para llamar sobre ellas la atención.

El Prólogo del *Ingenioso hidalgo* que critica la manía de citas latinas, que zahiere la pedantesca lista de autores, que por orden alfabético iban como de reata á la cola de cuantas obras salían á luz en el siglo xvii, costumbre que hoy con mal acuerdo tratan algunos de volver á poner en moda, debía levantar polvareda entre los que se creyeran censurados, mucho más si, como sostiene con fortísimas razones mi docto amigo el esclarecido poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch, era piedra á tejado conocido; si incluyendo crítica general, tenía puntas y collar de sátira particularizada.

Cualquiera que lea el Prólogo de la primera par-

te del *Quijote*, conocerá, sin ser ningún zahorí, que *no podía irle tan bien al que lo escribía* que quedase con gana de segundar con otro.

No haremos más cotejo. Con tal fidelidad á los textos del autor que se comenta, está hecha la apología del comentador. Y cuenta que no quiero remover antiguos caldos, y traer á la memoria aquella peregrina equivocación de trocar la *aventura del cuerpo muerto que llevaban á enterrar á Segovia*, con la de los *disciplinantes*, que se encuentra en la *Estafeta de Urganda*.

Ya dije entonces al Sr. Benjumea, que semejante equivocación era notable en un cervantista como su merced parece serlo; que el entierro no es procesión de disciplina, ni hemos visto jamás en España que los que acompañan un cuerpo muerto vayan santiaguándose las espaldas. Verdad es que Benjumea contestó que al llamar así á esa aventura, y *disciplinante* al Bachiller Alonso López, *se tenía sus razones*; pero como hasta ahora no las hemos visto, pasemos á otra cosa.

III

En uno de los primeros trabajos de D. Nicolás Díaz de Benjumea, que se llamaba *Significación histórica de Cervantes*, tenemos colocado á éste entre los obreros que hablan al hombre en los dominios de la inteligencia, entre aquellos elegidos que adivinan el bello ideal social, y que enseñan á la humanidad que

en el nuevo período de civilización la viuda, el pobre, el huérfano y el desvalido han de encontrar baluartes que los defiendan contra las demasías de la opresión y de la fuerza. Y á continuación de esta pintura concluye el artículo con estas frases textuales:

«Tal es la misión de Cervantes en los dominios del arte. ¿Qué importa que ni ÉL ni su época lo comprendiesen? La misión del hombre de genio, ha dicho un célebre escritor, sólo se conoce cuando su alma, después de volar al cielo, se contempla en su obra y parece gravitar sobre ella.»

Y ahora bien: si Cervantes no comprendía su misión, ¿cómo andaba forjando sonetos de doble sentido, alambicando frases, y contando letras para formar anagramas, con el fin de que la posteridad le entendiese, ya que entonces no podía explicarse? ¿Comprendía ó no su misión, el que emplazaba al hijo de su entendimiento para que dos siglos después le desencantase un Benjumea? Contradicción, y no pequeña, que demuestra la falta de idea filosófica.

Tampoco insistiré aquí en aquella otra ya notada en las *Cartas sobre la Estafeta de Urganda*, sobre haber sido el Dr. Juan Blanco de Paz autor del pseudo- Quijote que salió bajo el nombre de *Avellaneda*. Nosotros, y con nosotros Hartzenbusch, y Fernández Guerra, y Latour y La Barrera, y cuantos leyeron el folleto de Londres creímos que D. Nicolás sostenía la misma opinión que D. Juan A. Ceán Bermúdez

formuló, aunque hipotéticamente, después del hallazgo de los documentos del *Archivo de Indias*; luego parece que aquella especie no fué del superior agrado del comentador, y negó rotundamente que tal cosa hubiera sostenido. Adelante: queda en pie el dilema que entonces le formábamos: ó varía de ideas á cada paso el comentador, sosteniendo hoy lo que ayer negaba, negando aquí lo que allá sostuvo, ó está escrita la *Estafeta* de un modo tan deplorable que hasta los hombres de más clara inteligencia leen en ella lo contrario de lo que su autor quiso decir. Y quien habla de la *Estafeta*, dice del *Correo*.

Dejaremos también á un lado la otra contradicción ya indicada en la aventura del *Caballero del Bosque*. Aquí las frases del comentador son tan terminantes que no dejan escapatoria á su agudeza. En la *América* de 1859, en esa aventura *el propósito* que Cervantes *tenía era el de ridiculizar los duelos*; en 1866, la escena cambia; el caballero enamorado de Casildea defiende la Inquisición y las trabas del pensamiento; el hidalgo Manchego á Dulcinea, la civilización, la luz. ¿Necesitamos insistir en esto?

IV

Llegamos á uno de los más famosos argumentos del comentador; al escudo de Juan de la Cuesta.

Después de haber explicado á su talante la significación de las divisas tipográficas, citando, para que se sepa, que la Biblia Mazarina de 1452 no llevó nin-

guna, y que Boengart puso en sus libros una asaz disforme que llenaba toda una hoja en folio; pasa D. Nicolás á ocuparse de las divisas del primer impreso del *Quijote*.

«El emblema ó escudo del *Quijote*, dice, aparece por primera vez en 1604, en el *Romancero general* que imprime Cuesta en el año mismo en que se da licencia á Cervantes para publicar su poema, y cuando está en inteligencia y correspondencia con este impresor de Madrid: etc.»

Alto aquí, que después concluiremos con ese sofisticado parrafito. El escudo del *Quijote* aparece por vez primera en 1604 en el *Romancero general*. Niego y pruebo.

En el año de 1570 (ya ve el lector que la fecha es atrasada) se publicó en Valladolid el libro titulado *Ars compendiaría gramaticæ*, compuesto por Pedro de Barahona. Imprimióle Adriano Ghemartio, y lleva al frente el escudo que adoptó después Juan de la Cuesta. No he podido comprobar la cita por no haber encontrado el libro; pero consta de apuntamiento bibliográfico de D. Bartolomé José Gallardo, inserto en la *Biblioteca española de libros raros y curiosos*, con el número 1307, y creo que basta con esto para responder con exactitud. Cero y va una.

En el año 1592, salieron á luz en Madrid, por primera vez, los *Comentarios de Don Bernardino de Mendoza de lo sucedido en las guerras de los payses*

baxos desde el año de 1567 hasta el de 1577. Los imprimió Pedro Madrigal, y tienen en la portada el mismo idéntico escudo que después en 1605 llevó el *Ingenioso hidalgo*. Como tengo ejemplar de esta edición, puedo afirmarlo sin género de duda, y aun pueden verlo los que no la tengan. Cero y van dos.

En el año 1602 se publicó en Medina del Campo el *Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de romanceros*. Fué impreso por Juan Godínez de Millis, y llevó el escudo que adoptó luego Cuesta. Cero y van tres.

Creemos que basta para quitar todo viso de razón á la interpretación de D. Nicolás Díaz de Benjumea. Destruído el fundamento, viene á tierra todo el castillo de naipes que después se formaba en el párrafo que antes dejamos en suspenso: su mal construída máquina tenía por base un error que era el de que *la aparición primera del escudo, coincidía con la época en que Cervantes se hallaba en relaciones con Juan de la Cuesta*.

El escudo de la mano con el halcón aprisionado y el lema *post tenebras spero lucem*, se usó cuarenta años antes de aparecer en el *Quijote*. Juan de la Cuesta lo puso en la primera parte de aquella obra en 1605, como lo había puesto en 1604 en la edición que hizo del *Romancero general*, como lo usó después en 1614 y 1618 al frente de la *Filosofía vulgar* de Juan de Mal-Lara, cuyo ejemplar también poseo.

Post tenebras spero lucem, es una divisa apro-

piada á la invención de la imprenta, al vuelo que con ella tomó el pensamiento, á la comunicación de las ideas; antes, la interminable cadena que forma la humanidad, y que continúa viva á pesar de la destrucción periódica de sus eslabones, apenas recibía dificultosamente la luz de los que delante caminaban. El obrero de la inteligencia no podía confiar en que sus esfuerzos servirían para estímulo y adelanto de los venideros; porque rodeado de tinieblas no podía comunicar su luz á la generación naciente. El papyrus y la cera, únicos medios de que disponía el sabio, fueron por demás inseguros; y un solo escrito en que pudiera comunicar y fijar sus adelantos no era suficiente para difundirlo entre los pueblos y naciones. La luz existía, pero encerrada entre tinieblas, entre las paredes de la linterna donde ardía sin alumbrar. Vino la imprenta, y el pensamiento rompió sus prisiones; la idea corrió pronta, quedó indestructible.

Tal es en mi sentir la mejor inteligencia, la más filosófica explicación del lema: *después de las tinieblas espero luz*. Ni en la confección del escudo, ni en la aplicación de la divisa pudo tener ni tuvo parte alguna *Miguel de Cervantes*; ni puede aplicarse próxima ni remotamente al *Ingenioso hidalgo* el concepto estampado en la orla del escudo de Juan de la Cuesta.

V

Preciso es poner término á esta pesadísima carta, mi querido Droap, que no lo tendría tan fácil, si

dirigiéndose á persona menos docta, hubiera que hacer notar todas las aberraciones en que incurre el autor presunto de los *Comentarios filosóficos*.

Nunca llegarán éstos á ver la luz; yo lo aseguro, sin habermepreciado jamás de tener espíritu profético; pero el más míope en materias literarias puede comprender que no tiene D. Nicolás Díaz de Benjumea plan formado para la filosófica interpretación del *Quijote*. Si alguno lo duda, lea de una tirada los artículos de *La América*, *La Estafeta de Urganda* y *El Correo de Alquife*, y quedará convencido.

El mismo autor da muestras de esta falta de plan, presentando en folletitos ideas sueltas que deberían formar un todo en la síntesis de su obra. Al empezar la *Estafeta*, recordaba la discreta determinación del primer comentador del *Ingenioso hidalgo*, y anunciaba aquel folleto como prospecto y manifiesto de su plan. Lógico y natural parecía que después viniera ya la grande obra; pero nada menos que eso. Otro fragmento aislado con el anuncio de otro tercero. Esto no fué lo que hizo el Dr. Bowle.

Verdad es que al publicar la *Estafeta de Urganda* como anuncio de los *Comentarios filosóficos del Quijote*, se olvidó Benjumea de que ya en la *América* de 1859 había dado principio á la publicación de estos *Comentarios* íntegros, y, por lo tanto, venía mal el anuncio, que era como cebada al rabo; y no es de extrañar en él cualquier olvido semejante.

Voy, pues, á concluir, amigo Droap; pero no ha de ser sin rogar á V. antes, que alumbre mi escaso

entendimiento, explicándome, si puede, alguna frase de *La Estafeta de Urganda*, frase que vengo masti- cando desde el año de gracia de 1861, y que encuen- tro hoy tan dura como entonces, y no la entiendo más que si estuviera escrita en turco. Culpa debe de ser de mi corta inteligencia.

«Hé aquí (dice el citado folleto á la pág. 9) lo que la opinión pública pretende, que es en una palabra: hallar un hilo que le conduzca por el, hasta aquí, difícil laberinto de este libro, para que no sea en adelante, como le llamó no ha mucho uno de nuestros poetas: *La eterna desesperación del entendimiento humano.*»

Hasta ahora todo va bien, y lo entiendo regular- mente, á pesar de la torcida inteligencia que se da á la última frase, pues lo que dijo nuestro poeta no fué que el *Quijote* desesperase al entendimiento hu- mano, por no poder comprenderlo, sino por no poder igualarlo, por no poder producir nada que se parecie- se á esa obra incomparable; pero después prosigue:

«¿Y por qué había de serlo? Tanto valdría que Cer- vantes hubiese escrito muchos capítulos del *Quijote*, como el que llevan las ediciones de la *Fisiología del matrimonio* de Balzac.»

Aquí me quedo á obscuras. No lo entiendo; y como hago *Comentario de comentarios*, quisiera comprender cuanto dice y piensa mi autor. Pero en

estos párrafos ni entiendo la letra ni el espíritu; no alcanzo lo que se quiso decir ni conozco lo que se dice. A mi torpeza lo achaco, y pido práctico.

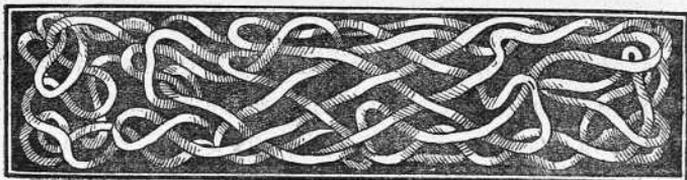
Vengamos, por último, á lo que interesa. ¿Tiene el *Ingenioso hidalgo* sentido oculto ó no lo tiene? ¿Atacó *Cervantes* en sus obras los vicios de la constitución civil y política de su tiempo dirigiendo sus tiros á puntos señalados que hoy puedan descifrarse? ¿Hay en cada aventura del andante manchego un sentido oculto, otro narrativo en relación con la novela, otro filosófico, otro referente á la vida y desgracias del autor y aun otro anagramático para indicar las personas á quien se dirigía? ¿Puede creerse que hay iguales veladuras, simulación y fingimiento en cada palabra de las que hablan D. Quijote y Sancho, y aun los demás personajes que intervienen en la acción? ¿Tuvo además *Cervantes* el pensamiento, el deseo y la intención de emplazar al hijo de su entendimiento para que la posteridad le entendiese?

Yo creo que no. Creo que á todas esas preguntas puede responderse negativamente en absoluto, por más que haya alguna excepción. *Cervantes* escribía una novela médico-moralista, había observado los males de los individuos y de las instituciones, y en fábula agradable trataba de instruir, de procurar remedio indicando el buen camino. Dotado de superior inteligencia, de viva imaginación, y habiendo atesorado en su azarosa vida larga y penosa experiencia, pintaba después con vivísimos colores en las obras que escribía, los sucesos, los caracteres, las

pasiones de la humanidad; es más aún, pintaba la verdad, sin haberla visto. Lo que no sabía, lo adivinaba; porque esa es la facultad creadora; por ella se llamaron *vates* los poetas.

Recuerdos hay en el *Ingenioso hidalgo*; como los encontramos en las *Novelas ejemplares*, en el *Pérsiles*, como los hay en todas las obras de todos los autores. Son los escritos los hijos del entendimiento, y es imposible dejen de sacar algunos rasgos de la fisonomía moral del padre que los engendra. Si por estos rasgos, por esas reminiscencias queremos reconstituir al autor, buscando igualdad donde sólo puede haber semejanza y parecido, nos equivocáramos grandemente. De este defecto, ligeramente indicado, adolecen los *Comentarios* de D. Nicolás Díaz de Benjumea; uniéndosele otro de no menor trascendencia y harto común, por desgracia, entre nuestros autores, y es el de querer juzgar á los hombres de las pasadas edades, con las ideas, con las pasiones de la época en que vivimos.





ÚLTIMAS CARTAS

SR. D. JOSÉ M. ASENSIO

Madrid, 22 de Mayo de 1868



ESTIMADO amigo: Mi impensada y precipitada marcha de Sevilla, no me permitió tener el gusto de despedirme de V. ni arreglar un particular que no debe quedar en suspenso, por desdecir de la naturaleza de nuestras antiguas relaciones y de nuestra conducta franca y abierta en tantos otros. Me refiero á las insinuaciones hechas por V. en sus primeras cartas sobre *La Estafeta*, en las cuales por varios modos y con reticencias repetidas da V. á entender que yo no soy el autor de dicho opúsculo, sino el publicador. Ante las gentes ilustradas esto no llega al cuerpo como suele decirse, pero

llega al alma ante el vulgo, que por desgracia está siempre en mayoría, y cualquiera que sea mi contestación, la malicia puede con él más que la verdad, y ella triunfará siempre sobre la razón.

Esto sentado, le ruego me manifieste si tiene algún fundamento para dicha creencia, ó si fueron aquellas palabras hijas de imprevisión; pues no creo que de otra causa puedan ser efecto insinuaciones que me representan como embaucador, falsario y suplantador ante el público.

Como V. comprende perfectamente, que V. me considere y escriba que soy visionario, confuso, disparatado, y que sostengo un cúmulo de errores, en su derecho está, y no hay en ello daño de barras, ni se lastima á nadie, pues yo trataré de demostrar que los errores están de parte de V.; mas de esto á hacer comprender que los trabajos que tanto me han costado no son míos, y que haya esas supercherías indignas que soy el primero en condenar, va mucha diferencia; y V., hombre de ley y de conciencia, comprende mejor que nadie el daño que puede causar, y sobre esto me permito llamarle la atención.

Somos antagonistas, es verdad; en lucha hemos estado y estaremos; pero la sinceridad y la buena fe en salvo. No creo que necesito insistir más sobre esto, y espero su respuesta como de antiguo amigo y cumplido caballero.

Mande siempre cuanto guste á su paisano y amigo

NICOLÁS D. BENJUMEA.

Sr. D. NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.

Mi muy estimado amigo: La favorecida de V. fecha 22 de Mayo se me traspapeló de tal manera, que todas mis pesquisas eran inútiles para encontrarla; y como en ella estaban las señas de la habitación de usted, no podía hacer que fuera á sus manos mi contestación.

Cien veces he pensado en preguntar en la casa de su señor hermano, muchas otras me ha asaltado la idea de escribir una respuesta que pudiera publicarse y darla en un periódico;... mis ocupaciones, que en la actualidad son penosas, han ido dilatando el uso de uno y otro remedio, y hoy casualmente acaba de venírseme á las manos, donde menos lo esperaba, aquella su deseada carta, y sin pérdida de momento me he puesto á contestarla; que no me gusta pasar plaza de desatento, ni menos de descuidado.

Desea V. saber el origen de aquellas insinuaciones que yo hacía años atrás, de las que pudiera inferirse que no le conceptúo autor de la *Estafeta de Urganda*; y pardiez que es donosa pregunta, después de publicada la carta que bajo el nombre de *Cuento de cuentos*, y dirigida á Droap, se insertó en la *Revista gaditana*.

Responderé á V., sin embargo, con entera claridad, ya que á mi franqueza y lealtad viene apelando; mas antes le recordaré que esas reticencias é insinuaciones de que ahora se queja al cabo de cuatro ó cinco años, no fueron estampadas en ninguna de mis tres *Cartas sobre la Estafeta*.

Yo las escribí creyendo que V. entraría en discusión razonada, y hablaríamos de *Cervantes* y del *Quijote*, V. en un sentido, yo en otro, y ambos haríamos ver nuestras armas, que era mi deseo; y solamente cuando vi que V. se venía con evasivas, con sofismas y *chafalditas* (como aquí se dice), quise hacerle ver que no huía en ningún terreno, y escribí la llamada *Carta del anónimo sevillano á D. N. Diaz de Benjumea*, publicador de *La Estafeta de Urganda*.

Ahora bien, el motivo de mis reticencias está ya claro y patente en la carta titulada *Cuento de cuentos*.

Al ver Hartzenbusch la manera absoluta y decidida con que V. estampaba sus opiniones, dándolas como artículo de fe, dijo en uno de los suyos, que no parecía sino que tenía V. un manuscrito del propio *Cervantes*, pues solamente sabiendo por él mismo su intención, podían asentarse con tal seguridad tales interpretaciones.

Yo opiné también que V. había visto en alguna parte algo de lo que iba amplificando, y sospeché que había tropezado en Londres con algún *Buscapié* fraguado por entusiasta britano, que se ha-

bía entretenido en interpretar á lo protestante las aventuras del maniático manchego, dándolas colorido político-religioso, cuando su autor las escribió para dar

pasatiempo

al pecho melancólico y mohino

en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Aquello fué dicho en burlas, pero luego vino el *Correo* con el anuncio del *Mensaje*, y estudiando la cuestión, comprendí, ó creí comprender, que V. no tiene plan filosófico, sino que va buscando acá y acullá palabras de dudosa significación, aventuras que puedan interpretarse, aunque sea forzándolas, y procurando sacar partido de todo con indudable ingenio; y en verdad sea dicho, que en mi opinión me confirmó V. mismo, cuando en nuestra última entrevista me contaba la manera que había tenido de empezar sus trabajos, escribiendo un artículo político para cierto periódico de América basado en aquellas palabras que *D. Quijote* dijo á Sancho:

«Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería y cuan á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados, y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado, y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural señor, que

comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del Amor se dice, que todas las cosas iguala.»

Usted abre el *Quijote* para buscar una palabra y darle interpretación; pero... ¿quién sugirió la intención de hacer á *Cervantes* antagonista del Tribunal de la fe? Insisto en lo expuesto en la carta de Droap.

Y es por cierto extraño que atacando yo esa interpretación *inglesa* de *El Ingenioso hidalgo*, diciendo en mi carta con tantísima claridad que V. quiere prestar á *Cervantes* ideas del protestantismo, y que se comete grave error en juzgar á los hombres de las edades pasadas con las ideas que hoy formamos, hayan salido á impugnarme y á apoyar las ilusiones de V. del seno de todo un Seminario conciliar; porque tengo entendido que el llamado *Bachiller Cervántico* es un seminarista de Cádiz.

No me espanto, porque en España sucede todo lo que no debe suceder, y están barajadas las ideas como en una mesa revuelta.

Y antes de acabar diré á V. que no he contestado al *Cervántico* porque veo que entiende muy poco de *Cervantes*, y es como un eco que se forma de las palabras de V. y las repite sin esforzarlas con una sola razón de su cosecha. No se ha echado V. mal lazarillo.

Creo que estas declaraciones llenarán los deseos de V. y continuaremos, como siempre, divididos en

opiniones, pero dejando siempre á salvo las personas
y la buena fe.

Deseo volver á ver á V. por acá, y que disponga
como quiera de su amigo

Q. L. B. L. M.

J. M.^a A.





Sobre el Quijote de Avellaneda

SR. D. PASCUAL DASÍ, VIZCONDE DE BÉTERA

Sevilla, 20 de Abril de 1883



I muy querido amigo: Todo el mundo conoce el *Quijote* de *Cervantes* (creo que esto puede decirse sin incurrir en exageración), pero casi nadie ha leído el *Quijote* que salió á luz bajo el nombre del Licdo. Alonso Fernández de Avellaneda. Sin embargo, la publicación de este *Quijote* espúreo fué un suceso grave, trascendental en la vida de *Cervantes*, tuvo cierta importancia en la historia literaria de nuestra patria, y merece que se le consagre algún estudio y atención; por lo cual, amigo mío, ha de prestar V. paciencia para repasar cuatro apuntamientos que sobre ese libro tenía he-

chos y deseo exponer á su ilustrada censura, con tanto más motivo cuanto que hoy me consta que nuestras opiniones no van del todo concordantes en el juicio sobre Avellaneda.

El misterio que rodea el nombre del autor encubierto, las raras circunstancias de la publicación, los dardos que en el libro se disparan contra el inmortal ingenio, las encontradas apreciaciones de que ha sido objeto la obra anónima, todo contribuye á hacerla objeto de curiosidad, que, como decía, pocos han logrado satisfacer.

La importancia del falso *Quijote*, ya que no su mérito, puede comprenderse, observando el vehemente deseo que entre los literatos de todos los países se ha despertado por conocer el nombre verdadero de su autor y los hombres ilustres á los que se ha atribuído su composición.

La obra podrá ser mala, pero su autor no era persona vulgar. Esta es la síntesis de todos los estudios de la crítica moderna.

Se atribuyó primeramente, y por leves indicios, al Rector de Villahermosa, al castizo poeta *Bartolomé Leonardo y Argensola*, por aquello de que tuvo para el gran *Cervantes*, á lo que éste imaginaba,

La voluntad, como la vista, corta.

Quiso luego ponerse en cuenta tan mala acción, con otras muchas que constan ciertamente, á *Fr. Juan*

Blanco de Paz, delator y enemigo del autor en Argel; y después se cargó en la del

capellán lego del contrario bando,

el autor de la *Picara Justina*, Fr. Andrés Pérez, que también escribió con nombre supuesto aquella picaresca novela. Pero más tarde el docto y agudo D. Bartolomé José Gallardo, creyó descubrir al *autor aragonés* en el confesor del Rey D. Felipe III é Inquisidor general *Fray Luis de Aliaga* y su conjetura, divulgada por D. Adolfo de Castro, apoyada con nuevas indicaciones por D. Cayetano Rosell, por D. Justo Sancha y otros, iba tomando carácter, cuando el mismo D. Adolfo de Castro la contradijo, anunciando la existencia de un verdadero *Fray Alonso Fernández*...

Mr. H. Rawdaon Brown sostuvo que Avellaneda fué *Gaspar Shoppe* (Scopio), que hizo imprimir su libro en Tarragona; D. Ramón León Mainez, afirmó que el encubierto autor fué... ¡*Lope de Vega Carpio!*; D. Adolfo de Castro volvió á cambiar de intento y se esforzó en alambicar sutilezas, para demostrar que el émulo de *Cervantes* era el insigne poeta dramático ¡*Don Juan Ruiç de Alarcón y Mendoza!*, y D. Fermín Herrán enunció el aserto de que Avellaneda fué... ¡¡el mismo *Cervantes!*!! Dios nos tenga de su mano.

Pues dejemos al autor y vamos á la obra.

«Dos cosas hay muy notables respecto á este libro —dice el renombrado autor de la *Historia de la lite-*

ratura española (1); la primera, que parece imposible que muchos, y aún el mismo *Cervantes*, ignorasen el nombre de su autor... La otra, es que su autor, sin duda, tuvo barruntos del plan que *Cervantes* seguía en su *Segunda Parte*, y que abusó indignamente de estas noticias, haciendo hacer á Don Alvaro Tarfe, en substancia, el papel de los Duques con Don Quijote, y llevando al héroe á una posada donde le pasa una aventura con ciertos cómicos de la legua que estaban representando una comedia de Lope de Vega; lance muy parecido al de Maese Pedro, creación ingeniosa y admirable de *Cervantes*.»

A esta observación de Mr. Ticknor, se podrían aumentar muchas pruebas que demostraran que el supuesto Avellaneda conoció y quiso aprovechar el plan de la Segunda Parte que escribía *Cervantes*, aunque sólo consiguió estropearlo en la imitación.

Entra por mucho en las obras del ingenio la concepción primitiva, lo que ahora se llama la creación; pero, á pesar de encontrarla escrita, no cupo en la imaginación de Avellaneda el alto pensamiento de *Cervantes*. La parte más difícil, la de apoderarse de los caracteres principales, comprenderlos y saberlos poner de relieve, con vida, con verdad, con rigurosa constancia, faltó por entero al continuador. Don Quijote, en *Avellaneda*, no es el mismo hidalgo de *Cervantes*; entre el amante ideal de Dulcinea y el

(1) Traducción de los Sres. Gayangos y Vedia.—Tomo II, página 245.

dislocado acompañante de Bárbara, media un abismo. Aquél es el natural, éste la caricatura; aquél el rostro, éste la careta; *Cervantes* pintó el retrato y *Avellaneda* lo presentó haciendo muecas.

Que el buen labriego, el rústico escudero que veía la realidad en su desnudez, propusiera á su señor tomase el título de *Caballero de la triste figura*, después de haberle contemplado pálido, flaco y con falta de dientes á la luz de una moribunda antorcha; que el hidalgo de Argamasilla, habiendo tenido la audacia de ponerse frente á frente de una fiera, cuya jaula había hecho abrir, tuviera el pensamiento de hacerse llamar *Caballero de los leones*, son ideas que, aunque exageradas, aunque nacidas de la perturbación del cerebro, llevan algo de fundamental y algo de nuevo, de inesperado, que constituye el encanto de la fábula y muestra el talento del autor. Pero que Don Quijote, sin causa ni razón atendible, sin que le mueva objeto alguno exterior, ni venga á cuento para nada en la novela, convierta en otros á los personajes, haciéndolos la gran Zenobia ó el Tamorlán de Persia, es recurso pueril, que no muestra ingenio ni produce en la obra escenas agradables.

Y por más que diga el refrán que *de gustos no hay nada escrito*, no comprendo, amigo Pascual, como haya quien juzgue al Sancho de *Avellaneda* igual ó superior al de *Cervantes*. En aquellos pasajes en que *Cervantes* se deja llevar más del propósito de gracejar sin cuidarse de los medios, es más culto, más natural y más agudo Sancho que en lo mejor

que ideó su antagonista. ¿Encuentran la gracia del escudero en la acción de tirar un melón al suelo para hacerlo cascós en vez de dividirlo en tajadas? ¿O les place, tal vez, aquel dicho de que le habían echado una melecina de plomo derretido y venía soltando perdigones por la puerta trasera? ¿O es que encuentran gracejo y naturalidad en que un hombre de campo quiera sembrar albondiguillas?

Nunca he podido distraerme con la lectura del *Quijote* de Avellaneda. Me parece débil en las descripciones, frío en la narración, pueril en el plan, y, en una palabra, falto por completo de condiciones literarias. No es que le perjudique el venir después de la primera parte del *Ingenioso hidalgo* de Cervantes, tan admirablemente trazada, tan espontánea y agradadamente escrita, tan gráfica en caracteres, lugares y sucesos... no; es que sola y acompañada, la obra del supuesto Avellaneda es mala en todos sentidos.

Y de mi opinión ha sido el público ilustrado en España y en Europa. En doscientos setenta años, se han hecho cuatro ediciones en castellano y otras tantas en francés, que nosotros sepamos; y esta demostración es más elocuente que cualquiera otra. La obra de Avellaneda no encuentra lectores.

Pero hay una observación curiosa, y ella servirá de remate á esta carta.

El primero que dijo alabanzas del *Quijote* falso, fué su traductor Renato Lesage; y siendo buena, según su opinión, la novela, se tomó la libertad de alterarla, suprimiendo unos pasajes, abreviando otros

é introduciendo algunos nuevos, con lo que indudablemente mejoró la obra y la hizo más amena y agradable. Es decir, que el panegirista comprendió los defectos del original y quiso corregirlos.

De buena gana volvería al principio, querido amigo mío, y dejaría aquí consignados algunos datos que me inclinan á creer que *Cervantes* conocía el nombre del continuador de su *Ingenioso hidalgo*, y por alguna grave causa no quiso revelarlo. Esta carta ha crecido demasiado y por eso no lo hago; pero diré á V. que es dato casi seguro para mi creencia, el ver que *Cervantes* dice que Avellaneda *encubre* su nombre y *finje* su patria. Para hacer estas afirmaciones, preciso era conocer el nombre oculto y la patria verdadera; pues, de no ser así, no podría asegurarse el fingimiento.

Muchas otras cosas y muy notables hay que observar en el *Quijote* contrahecho. Veamos cual es el juicio de V. sobre estas reflexiones, y según sea, continuaremos.

Bien sabe V. que es su amigo afectuoso y verdadero.

J. M.^a A.





ANTUCA

Cosastocantes al Académico de la de Argamasilla.—Alarcón y Melchor Cano.—Libros españoles.—Cuento que explica el título de la presente carta.—Dulcinea.—Nueva traducción del *Quijote* al inglés.—Philatelocura.—Mayordomo olvidadizo.—Soneto.

AL EXCMO. SR. FERMÍN CABALLERO, ETC., ETC.



AL verle á V., estimado y docto amigo mío, á punto de quebrar lanzas con el Académico Argamasillesco de Santander, ó de donde quiera que sea, he sentido inmenso júbilo en el que me acompañan todos los apasionados de *Cervantes*, cuando tan esforzado y digno paladín sale á oponerse á las demasías de ese nuevo encubierto caballero, que por más que se disfrace con espejos ó con grandes narices, podrá resultar mañana que es un Sansón Carrasco, ó tal vez un Tomé Cecial. Yo no sé por qué, amigo D. Fermín, pero detrás de don Fabián Hernández y del que hoy es académico y ayer

era *pretendiente* en la de Argamasilla, entreveo la figura de algún malandrín, harto conocido de todos, muy apreciado por su saber indisputable y un tanto menos por sus condiciones de carácter.

Y no olvide V., Sr. D. Fermín, por si le interesa en su polémica, que no siempre ha sido Académico el adversario á quien combate; que no tenía antes el *original* del *Quijote* ni edición antigua con *notas*, y que también es un tanto dudoso eso de que no se haya dado á luz la edición del *Quijote* conforme á su llamado original, *por falta de recursos*.

En este punto, como en todos, V. ha puesto el dedo en la llaga, como vulgarmente se dice.

Pero vamos por partes.

Tengo la mala costumbre de leer y guardar cuidadosamente cuanto sobre *Cervantes* y sobre sus obras se escribe y viene á mis manos. Dirá V. que me condeno á leer mucho malo y guardar muchas cosas que no merecen conservarse, y le doy la razón; pero como á pesar de todo, tanto lo bueno como lo malo que se escriba redundará en honra y gloria del inmortal ingenio, yo lo archivo todo en gracia al fin que se proponen sus autores, porque todo concurre á probar que las obras de *Cervantes* tanto deleitan al sabio como al tonto. Pues bien, allá en el año de 1868, en Santander, y por D. Fabián Hernández, se publicó un librito titulado *Ni Cervantes es Cervantes, ni el Quijote es el Quijote*, que se decía ser parto de cierto ingenio oculto tras el pseudónimo de *pretendiente* á la de Argamasilla.

Después de leer el folleto se comprende la revolución que sobrevino y que se derrocara una dinastía secular. Antes habían derrocado en Santander el sentido común, y quizá las escenas horribles de que luego fué teatro aquella ciudad, fueron castigo merecido por tal publicación.

No voy yo, á engolfarme en su examen que á nada conduciría, y que hizo á raíz de su publicación cierto *Mal Tagarote*, que posee el don de la oportunidad, y á quien V. y yo conocemos mucho.

Explanó allí el encubierto, por vía de muestra, algunas de las correcciones y enmiendas que habrían de tener lugar en la edición que se anunciaba; una docena como si fueran tortas, estando entre ellas la del *estrellado establo, fementido lecho, conceptos decorados* y otras de las repetidas y no repetidas en las columnas de *El Tiempo*. Las enmiendas empezaban en el título mismo de la obra (¿y por qué no antes?) afirmando el *pretendiente*, después de copiar la portada del libro, que (y note V. la manera de hablar), «no puede ser este el título que *Cervantes* puso á su obra en el original.» Esto es corregir; lo demás es andarse por las ramas.

La razón que el *pretendiente* daba, era... de pie de banco. Diciéndose en el cuerpo de la obra que *El Ingenioso hidalgo* fué compuesto por Cide Hamete Benengeli y traducido por *Cervantes*,... era un disparate decir en la portada que éste la compuso... Todavía no se ha persuadido, según parece, el *pretendiente* de que leía una obra de pasatiempo.

Dejemos á un lado el desatino clásico, mayúsculo, piramidal, de hacer que diga Dorotea que viene de lueñes tierras *al loor* de la bravura de Don Quijote, queriendo corregir á *Cervantes* que dijo gracejando donosisimamente que venía al *olor de su famoso nombre...* Al fin del folletito está el prospecto... y no un prospectillo así como quiera y de los dē tres al cuarto, sino un *prospecto á la obra general*, que sin duda querrá decir que no pensaba Don Fabián dar un *prospecto* á cada capítulo del *Quijote*.

En el segundo artículo del *Prospecto*, que por bazarria y agudeza incomparable, para mejor engañar á los lectores, lleva el número 4.º (y luego el 3.º es 7.º), se dice: «La primera edición del Ingenioso hidalgo *D. Quijote de la Mancha con variantes del pretendiente académico á la de Argamasilla*, no se imprimirá en Madrid, porque en Madrid, etc.» Aquí tiene V. ya, amigo mío, declarada la paternidad de las anunciadas correcciones. Luego, en los artículos remitidos al *Tiempo*, se quiso dar más valor á los trabajos del académico argamasillesco, y se habla del original del *Quijote* y de una edición primera con acotaciones marginales... todo música, todo urdimbre de mal oficial. Ya verá V. que de algo sirve el guardar folletos y artículos, aun cuando sean como el sabrosísimo de Santander.

Pero olvidaba la mayor circunstancia que viene en apoyo de las razones de V. En la condición *vigésima* de ese *Prospecto á la obra general*, se expresa

que: «es condición *precisa* que el precio de esta edición (la futura de Santander), no exceda de *cinco escudos...*» y lo mismo se repetía en la cubierta del folletito abriendo suscripción *en todas las principales librerías*. Después de esto cualquiera creería que la aparición del cuaderno primero era cosa inmediata. Han pasado cuatro años y ha venido la queja de la *falta de recursos...*

* * *

Noticias peregrinas de *Cervantes* y de sus inimitables obras, juicios acertados, apreciaciones nuevas y exactas, búsquelas el discreto en el precioso libro titulado *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, que acaba de publicar la Academia Española de la Lengua, debido á la pluma de nuestro amigo don Luis Fernández-Guerra.

Si el autor de esa preciosa obra hubiera nacido francés, la hubiera titulado *Alarcón, su época, sus costumbres* ú otra cosa por el estilo; y no hubiera mentado, que si en alguna obra de cuantas le llevan es justo y merecido, es en esta de que me ocupo.

Sucede con ella lo que con la otra biografía de *Melchor Cano*, que para instrucción de muchos hizo V. imprimir el año anterior. Insensiblemente; al ir adelantando en la lectura, se siente transportada el alma á otro siglo; vive con la vida de otros hombres, y los oye, y los acompaña, y los comprende; porque ni la vida de *Melchor Cano*, ni la de *Ruiz*

de Alarcón, son la biografía de un escritor, sino la pintura de una sociedad.

Noto, sin embargo, gran diferencia entre ambas, diferencia que basta para quilatarlas; la que hay entre la época del rey austero y prudente y la del rey galante; entre Felipe II y Felipe IV; la que separa á un teólogo de un poeta; la que media entre un concilio y un teatro. Esos libros son como los retratos de los grandes maestros que tienen por fondo un bellissimo paisaje tomado del natural: á la simple vista podría decirse si miramos un noble flamenco ó un caballero español. Hay ya, merced á los talentos de tales escritores, individualidad en los libros, como la hay en los retratos.

En comenzando la lectura de la obra de Fernández-Guerra, es imposible dejarla de las manos. Nada exagero al decir á V. que la he devorado de una sola tirada. ¡Tanto ha sido para mí su encanto! Y es que acompañando al gran dramático mexicano, asistimos con él, en Sevilla, á aquella gran época de la contratación de Indias en la que ni aun los caballeros se encontraban,

sin ramo de mercader.

Y asistimos á las academias, á las jiras campes-
tres, viendo agitarse y actuar á Cervantes, á Arguijo,
á Pacheco, y á todos los que formaban el ejército lite-
rario y poético de Andalucía en aquella sazón, sin
dejar de ver ni aún el triste fin del desventurado Al-
fonso Alvarez.

En grata compañía hacemos luego el viaje por mar hasta Veracruz y por tierra hasta la gran Tenoxtitlan de los aztecas, y ruamos por sus anchurosas calles; nos interesamos en el desagüe de la laguna, y llega la ilusión al extremo, que nos parece concurrir á los actos académicos en que el poeta de la *Verdad sospechosa* fué investido de sus grados. ¡Tanta es la verdad de aquellos cuadros!

No seguiremos al insigne autor, pues no hago ni lo he pensado, crítica de su trabajo.

Noticias curiosísimas y agradables, por todas partes las descubrimos; pero con tal arte presentadas, que parecen nacidas en el lugar necesario sin esfuerzo del erudito escritor. ¡Cuánto es de sentir que á los preciosos datos reunidos sobre el docto Mateo Alemán, no haya podido acompañar el vejámen que dió Alarcón en el grado de su amigo Díez Cruzate!

* * *

Acabo de recibir varios libros españoles que ha comprado en París, por encargo especial, un amigo muy docto y muy complaciente. Varios aficionados sevillanos hemos tenido el pensamiento de ir rescatando poco á poco para España algunas de las preciosidades literarias que de ella han salido.

Los catálogos de Tross y los de Quaritch, son bajo este aspecto de grandísima utilidad, y de la primera de esas casas proceden los volúmenes que hemos recibido; entre ellos un *Quijote* de Salisbury

y una primera parte del *Guzmán de Alfarache*, precioso ejemplar de la edición de Bruselas, hecha en 1604. Las colecciones bibliográficas sevillanas poseen hoy una riqueza digna de llamar la atención de los entendidos: en todas ellas se rinde el debido tributo al Príncipe de los Ingenios, y sería notable la colección de sus obras que entre todos se reuniese, habiendo hasta las más raras ediciones. En Sevilla se rinde culto á Cervantes. Todos los literatos sevillanos son cervantistas.

*
* * *

Ya que es moda poner en las cartas familiares títulos extraños, voy á referir á usted un cuento que no es cuento, y que explicará la palabra que va por cabeza de la presente epístola.

Usan las damas francesas cierta especie de quitasoles de gran tamaño, á los que en lenguaje familiar llaman *en-tout-cas*, que tanto sirven para preservar del sol, como para guarecerse de un repentino aguacero, como si aquí los apellidáramos *para todo*. Al traerlas á nuestro país un interesado y parlanchín viajante, las exhibe ante el hortera de la calle Mayor ó de Francos ó de Juan de Andas, y al ver que se las tachan por sus dimensiones, dice que en París son objeto de moda, y, á su nombre de sombrillas, añade el de *en-tout-cas*. Pues cate V. bautizada la compra, y el hortera que entiende el francés como el turco, las ofrece á sus parroquianas, lindas ó feas,

diciéndoles que son *antucas*: con lo cual si desatina en francés no lo hace menos en español. Supongo á V. ya al corriente del último parto, ó mejor dicho, aborto del majo de Santander. Ese mozo ha de concluir diciendo *antuca*.

*
* * *

Dulcinea, la ideal y purísima señora de los pensamientos del casto hidalgo de la Mancha, la hija del Toboso á quien no logra el lector ver ni oír en toda la sabrosa historia, si no es encantada por industria de Sancho, era una gran tinaja de buen vino. Esto podrá ser gana de gracejar, aunque en verdad, muy oculto anda el gracejo. ¡Qué contraste forma tan gruesa interpretación con la del entusiasta y espiritual Benjumea! Quiere éste hacer de Aldonza un *símbolo de la sabiduría* á la que rendía culto el caballero; quiere hacerla émula y par de la Beatriz del Dante, de la Luz de Guinicelli y de Herrera. Entre los dos extremos la elección no es dudosa. En el último número de *El Tiempo* hemos visto la punta de la oreja bajo la piel del león; Dulcinea era Tinaja... El de Santander dice *antuca*.

*
* * *

Nunca usarán tal palabra los sesudos ingleses.
Preparan una nueva traducción del *Ingenioso hidalgo* arreglada á cuanto últimamente se ha escrito

sobre esta obra. Quieren hacerla digna de *Cervantes*. Mister A. Duffield se ocupa hace años en la traducción. Para perfeccionarla viene á España con especiales recomendaciones, trayendo en el bolsillo una edición castellana de la obra y en ella señaladas con lápiz todas las frases, locuciones y modismos que no pueden traducirse literalmente, ó son de difícil inteligencia para un extranjero por muy al corriente que esté de nuestra lengua, y de su índole especial.

«Soy el primer traductor inglés de *Cervantes* que ha visitado la España para perfeccionar su obra.» Esto me decía Duffield lleno de complacencia; y no era menor la que yo experimentaba al oírle. La traducción inglesa no dirá *antuca*.

* * *

Creo, Sr. D. Fermín, que sabrá V. y deplorará como yo la enfermedad que aqueja al docto corresponsal del alemán Thebussem. Atacado de *philatelo-locura*, M. Droap ha abandonado aquellas *Cartas* que tan célebre le hicieron y que tanta utilidad prestaban á los apasionados de *Cervantes*. En el año de 1869 salió á luz la última Droapiana, y es lástima por cierto que esa manía que hoy aqueja al corresponsal del doctor alemán, nos prive de su continuación en el punto más crítico. De entonces acá, ha habido verdaderos acontecimientos que hubieran dado interés á aquel repertorio. Se ha publicado el librito sobre la *Sepultura de Cervantes* que leyó en la

Academia Española su Director el Excmo. Sr. Marqués de Molíns; se encuentra muy adelantada la reproducción foto-tipográfica de la edición primera del *Quijote*; han salido á luz los artículos del Académico de Santander, y muchos trabajos de Tubino y de otros cervantistas (1); y si á estas piezas mayores se junta la caza menor que con tan buena nariz levantaba y cobraba nuestro amigo, ciertamente debemos deplorar que no haya continuado su tarea, cuando tan abundante cosecha se presentaba á su bien cortada pluma.

Hagamos votos para que su monomanía no se convierta en crónica, para que le permita dar al César lo que es del César, y para que no vaya el día menos pensado á decirnos *antuca*.



Y en verdad, amigo mío, que me ha sucedido aquí con esta carta lo que sucedió en un pueblo próximo á esta ciudad, á cierto mayordomo de cofradía. Es cuento donoso, y aunque en una ocasión hube de contarle á Droap, viene á pelo y he de referírselo á usted porque hace al caso.

(1) El Sr. Tubino, que fué uno de los más entusiastas y laboriosos cervantistas de España, publicó por entonces una serie de importantes artículos en que se ocupa del *Quijote de Avellaneda*, de las interpretaciones del *Quijote*, de la caballería andante y D. Quijote, de la *Sepultura de Cervantes*, del *Barrio de las Musas*, etc. Hi o edición especial.

Dicen que en un pueblecito aquí al lado, se preparó solemnísima función para celebrar á la Patrona Santa... no importa el título. Buscóse en la capital predicador de fama y pulmones, y se encargaron fuegos de artificio, succulentos manjares y añejos vinos, para el *gaudeamus* con que debía obsequiarse al reverendo después del sermón. Vísperas de la festividad, salió del pueblo uno de los alcaldes, mayordomo de la hermandad, bruto en demasía, según la crónica, con sendos mulos para el predicador y para las viandas. Vino el hombre á Sevilla tirando de las bestias, y de casa del polvorista á la fonda, de la pastelería á la botillería, se le pasaron las horas hasta que llegó la de marchar al pueblo, y bien cargadas las caballerías, y no poco el mayordomo, tomaron los tres sobre querencia el camino. Lo más notable de la aldea estaba á larga distancia esperando el regreso del mensajero, y... renunció á describir el tumulto, la bulla, la alegría que hubo al divisarle. Se abalanzaron á él, le abrumaron á preguntas, y le molieron á mojicones (signo expresivo de afectuoso entusiasmo villanesco). Informados de todo, se dirigieron al pueblo, descargaron en casa del mayordomo las provisiones, y para probar echaron al aire algunos cohetes y destaparon algunas botellas de lo caro, que quedaron sin alma en un dos por tres. Entonces fué cuando uno de los circunstancias, más en su juicio que los otros, preguntó admirado: ¿y el padre predicador en dónde viene?... Y el Alcalde, dándose una gran puñada en la fren-

te, exclamó:... ¡bien decia yo que algo se me olvidaba!...

* * *

Lo mismo digo yo. He comenzado esta carta con el propósito decidido de hablar á V. de los artículos del académico de Argamasilla y darle después las gracias por el precioso libro titulado *Vida de Melchor Cano*, con que ha tenido la bondad de obsequiarme. Pero hablé de *Cervantes* y todo lo demás se me ha olvidado; hasta el predicador. Ya que así ha salido, reservemos para otro día al Illmo. Melchor Cano, y terminaré copiando un soneto que se leyó en Sevilla en el año de 1616 y se encuentra en la *Relación de las Fiestas que la Cofradía de Sacerdotes de S. Pedro Advíncula celebró en su Parroquial Iglesia de Sevilla á la Purísima Concepción de la Virgen María*, porque en el soneto figuran como actores Sancho y D. Quijote, y tal vez no será conocido de V. por la rareza del libro. Dice así:

Ensilla, Sancho amigo, á Rozinante,
 Dame la lança, y yelmo de Mambrino,
 Acomoda la alforja en el pollino
 Y el bálsamo precioso pon delante.

Pues Dios me hizo cauallero andante,
 Oy desfazer un tuerto determino,
 Que faze á una Donzella un malandrino,
 layan desaforado, y cruel Gigante.

Dice que fué su esclava esta señora,
Y miente, pues sé yo, que quando el dize,
Ella deshizo á cozes su cabeça.

A mí me toca, Sancho, el defendella,
Pues soy su cauallero, y voto hize,
De defender su original pureza.

Subió con ligereza,
Y tomando su yelmo, escudo y lança,
Le siguió su escudero Sancho Panza.

Sevilla, Enero 10, 1872.





¿Puede traducirse el Quijote?

I

Aussi Rabelais ne peut il se traduire; tandis que la traduction la plus infidele ne peut entierement defigurer Cervantes.

(M. Guardia. — *Le voyage au Parnasse*.)



A cuestión es curiosa y merece la pena de ser discutida.

Dan motivo á ella, de una parte la *Carta de un cervantista inglés*, que insertó en su número III, la *Crónica de los cervantistas* (Cádiz, Febrero de 1872), firmada por Mr. A. J. Duffield; y de otra, la especie de respuesta que en un artículo titulado *El Quijote es intraducible*, dió á la estampa el presbítero D. José M. Sbarbi, en el número XVII de *La Ilustración Española y Americana* (Madrid, Mayo de 1872).

El Sr. Alejandro Duffield está traduciendo el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* en len-

gua inglesa; el presbítero Sbarbi, cervantófilo español, sostiene que la obra de Cervantes es intraducible. ¿Cuál de los dos tiene razón? *That is the question.*

Desde luego nos parece insostenible en buena lógica la absoluta del Sr. Sbarbi; y para abrirle los ojos y cerrarle la boca sin ulterior recurso, evitando rodeos, le recordaremos que Cervantes mismo dijo por la del Bachiller Sansón Carrasco, hablando de esta obra, que se le traslucía «*que no ha de haber nación ni lengua donde no [se traduzca]*» (1). En opinión, pues, de Cervantes, su libro podía y debía ser traducido. ¿Y por qué razón no había de serlo?

Verdad es que entre todas las obras que el entendimiento humano produce en las diversas esferas de su actividad, las más difíciles de trasladar de una en otra lengua, las que más pierden y cambian al salir de aquella en que fueron escritas, son las de ingenio, las de pura imaginación: Los poetas son los que presentan mayores dificultades para la versión. Y es porque el pensamiento y el lenguaje, la figura y su expresión suelen brotar á un tiempo y confundidas de la mente del escritor; y es difícilísimo que un traductor acierte á sorprender por completo la idea poética, se apodere de ella y logre expresarla además del modo enérgico, rico, numeroso y al propio tiempo gráfico y bello, como lo hizo la imaginación inspirada

(1) *Don Quijote*, parte II, cap. III.

que la creó. Los poetas son muy difíciles de traducir: pero nadie ha sostenido que sea imposible traducirlos. El dicho proverbial de que para traducir una poesía es necesario ser tan poeta como el que la compuso, expone á un tiempo la dificultad y la posibilidad de hacerlo. No necesitamos salir de casa para buscar ejemplos; que aun prescindiendo de Fray Luis de León y de Hernández de Velasco, bien cerca tenemos las traducciones del *Pastor-Fido* hecha por el doctor Suárez de Figueroa, y la preciosísima del *Aminta* del célebre Torcuato Tasso, por D. Juan de Jáuregui, en las cuales, como dice el mismo Cervantes, «ponen en duda cuál es la traducción, ó cuál el original» (1). Ni aun tan lejos es preciso remontarnos; en nuestros días Virgilio y Horacio han hablado en lengua española por las plumas de D. Félix M. Hidalgo y de D. Javier de Burgos; y hasta en nuestro malogrado Espronceda, que apesar de ser puramente romántico no desdeñaba el estudio y la imitación de los autores clásicos, encontramos una bellísima traducción de los últimos versos de la *Eneida*, que demuestran cómo puede traducirse á Virgilio sin hacerle perder nada de su expresión ni de su energía. Dice el latino:

...at illi solvuntur frigore membra
 Viŕaque cum gemitu fugit indignata sub umbras.

(1) *Don Quijote*, parte II, cap. 62.

Espronceda traduce:

De los disueltos miembros huye airada,
 Dando un gemido de mortal despecho,
 Aquella alma feroz y vuela impía,
 Del negro Averno á la región sombría (1).

.

Algo menos difícil que traducir á los poetas es hacer la versión de otras creaciones del ingenio escritas en estilo familiar, en llano lenguaje, que por su flexibilidad y variedad de tonos ofrecen también graves inconvenientes. De éstas el modelo y prototipo es el *Ingenioso hidalgo*. Su fábula es clara y llana; sin gran trabajo puede hacerse comprender á los lectores de todos los países; sus caracteres están copiados del natural con tal perfección y gracia, que con algún esmero por parte del traductor al interpretar las frases puestas en boca de cada personaje, puede conservarles su sello especial, su individualidad, y hacer que los lectores perciban de qué manera ha sabido conservar el autor el *sibi constet* que preceptuaba Horacio; por más que en todas partes pueda apreciarse la verdad de aquellos tipos, la espontaneidad de aquellas expresiones... Por eso dice con notable acierto el Sr. Guardia, que la traducción más infiel no puede desfigurar del todo á *Cervantes*.

La fábula del *Quijote* puede traducirse con poco

(1) *El Pelayo*, poema, fragmento III

trabajo y darla á conocer á todos los pueblos conservando su encanto... (1). La mayor dificultad es la de imitar el lenguaje, y no disimularemos que es grave

(1) No es mía solamente esta opinión. Mi docto amigo, el insigne cervantista conocido en la república literaria con el nombre de *Dr. Thebussem*, me decía en carta familiar fecha 30 de Agosto último: «Lejos de ser difícil es quizá el *Quixote* de los libros más fáciles de traducir, si por traducir se entiende poner en otra lengua el pensamiento que un libro encierra.

»Difícil de poner en lengua extraña sería una tirada de versos de Calderón ó de Quevedo, donde el mérito está ya en la palabrería ó ya en los retruécanos; pero como el valor del *Quixote* es más alto, más elevado, más espiritual, y al mismo tiempo más práctico y tangible, puede representarse hasta en hieroglíficos.

»¿Quién no ha de comprender la burla psicológica que encierra lo de hacer creer á Sancho en la verdad del encantamiento de Dulcinea, que él había forjado? ¿Quién no ha de entender que la aventura de soltar los galeotes no es cosa ideada por los cantonales modernos? ¿Quién no ha de enterarse de las sentencias de Sancho, de la buena fe con que gobernó su ínsula, y de la imposibilidad de continuar en un gobierno donde sus mayores enemigos eran los que de cerca le rodeaban?

»¿Qué diablos importa que no puedan ponerse en inglés (ya que á esta lengua te refieres) los *duelos y quebrantos*, el *huso de Guadarrama*, el no quiero de tu capilla, la mona que había de tomar Maese Pedro, y otras mil menudencias ó insignificantes detalles, que lejos de entender la generalidad de los mismos españoles, son materia de duda y controversia entre los eruditos castellanos?

»Si el *Quixote no puede traducirse*, ¿cómo es que lo entienden los rusos, alemanes, italianos, dinamarqueses y demás naciones de Europa, apesar de las malas versiones que existen ó deben existir en dichos idiomas? ¡Dificultad en traducir una obra que se comprende viendo las láminas de Doré!!!

»El inglés es de los idiomas más claros, más lógicos, más expresivos y más sencillos que se hablan en Europa. La versión de Smollet es, sin duda, de las mejores que existen del famoso libro español, y ella es tan clara, expresa con tanta maestría *la idea*, que, no digamos un extranjero, un español que conozca bien el habla de Milton,

y de trabajosísima solución. Es el estilo de *Cervantes* el más flexible, el más pintoresco y al propio tiempo el más expresivo de todos los autores españoles. Manto riquísimo que con sus elegantes pliegues aumenta y pone de manifiesto el mérito de la estatua que envuelve; atmósfera clara y embalsamada que rodea lo mismo á los personajes que los lugares descritos en la fábula; sol espléndido que alumbra las descripciones, vivifica la narración y baña con tintas risueñas toda aquella creación de la fantasía. La fábula de Cervantes es difícil de traducir; su lenguaje, su estilo, su elocución difícilísimos... pero imposible, no.

La gracia, la concisión, la claridad, cuantas cualidades pueden avalorar el estilo de un escritor, se encuentran reunidas en el de *Cervantes*. Su lenguaje es puro, fluido, castizo en general; la elocución ora más elevada, ora más llana, reviste siempre los colores más apropiados á la escena que describe. Lo que aumenta las dificultades es el uso frecuente del lenguaje familiar, elíptico, breve, filosófico y agudo, al par que

»halla más clara, *muchísimo más clara* la traducción, que el original »español (a).

»Esto no es negar el encanto de ciertas locuciones y giros que »solamente pueden apreciarse en lengua castellana y por un español; »pero convertir en *principal* estas menudencias, sería como decir que »lo mejor del cuadro de las *Bodas de Caná* eran el jarrón de vino »y el gato que se rasca el lomo junto á él.»

(a) Dejo á mi docto amigo *alemán* la responsabilidad de sus asertos en este punto, pues me los figuro algo problemáticos y excéntricos.

ligero y lleno de figuras de dicción hijas de la imaginación del pueblo, que el pueblo comprende y no tiene equivalente en ningún idioma. Frases breves, concisas, que encierran lata significación; modos proverbiales á los que llamó Juan de Mal-Lara *filosofía vulgar*.

Los diálogos de Sancho con su señor, las conversaciones de venteros, galeotes, cuadrilleros, dueñas y mozas distraídas, no pueden traducirse, si por traducir se entiende solamente ir vertiendo de uno en otro idioma todas las palabras de que consta el original. Pero no se ponga en olvido que todas las naciones tienen su lenguaje familiar, sus proverbios; y el gran trabajo, la dificultad inmensa estriba para el traductor, en acertar con la expresión gráfica, ora profunda, ora ligera, sarcástica, aguda ó filosófica que corresponde al concepto de que se quiere dar versión.

Garcilaso decía de Boscán, refiriéndose al *Cortesano* de Baltasar Castellón, que éste puso en lengua española, que fué *muy fiel traductor* (1), «porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino á la verdad de las sentencias, y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la otra, y así lo dejó todo en su punto como lo halló.»

Traducir el *Quijote* es dar á conocer á un pueblo entero en su propio idioma la fábula que creó y es-

(1) Carta á doña Jerónima Paloua de Almogavar.

cribió en el suyo *Miguel de Cervantes*; es trasladar el asunto, los caracteres y los cuadros, buscando siempre la mayor imitación en todos los tonos que el lenguaje recorre; es escribir todo lo que *Cervantes* dijo, en otra lengua que no es la suya. Empresa difícil, es muy cierto; trabajo penosísimo y muy ocasionado á error; también es indudable... pero si podemos decir que la traducción del *Quijote* presenta graves inconvenientes, tropiezos, dificultades, no creemos que pueda afirmarse en serio la vulgaridad de que el inimitable libro es *intraducible*.

Cervantes comprendió que no había de quedar nación ni lengua donde no se vertiese. Las traducciones de Shelton, de Jarwis, de Smollet en inglés; las de Forster, Bertruch Soltau y Tieck en alemán, y las francesas de Saint-Martin, Duborial, Viardot y otros, demuestran que es traducible, y que con mejor ó peor fortuna ha sido traducido.

II

Los tropiezos para trasladar el *Quijote*, no se hacen esperar: comienzan en la primera página, en los primeros renglones.—«*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...*» ¿Qué movimiento de la voluntad indica el autor al decir *no quiero acordarme*? ¿Es que en efecto no se acordaba y no se esforzaba por traer aquel nombre á la memoria? ¿Era, tal vez, tan triste el recuerdo de aquel pueblo, que aun acordándose no quería detener en él

su pensamiento? ¿Era tan despreciable lugar, que no merecía ni aun el deseo de acordarse?

Estas y otras preguntas semejantes fueron las primeras que Mr. Alejandro J. Duffield dirigió al autor del presente artículo, al visitarle en la ciudad de Sevilla; porque la cuestión psicológica es muy esencial para la exacta expresión...

Duelos y quebrantos comía los sábados *Don Quijote de la Mancha*. Aquí ocurren dos dificultades; ¿cuál fué la idea? Porque Clemencín ha destruido la ingeniosa teoría de Pellicer, sin ofrecer á su vez otra más satisfactoria... Y después de comprender qué significan esos *duelos* y *quebrantos*, ¿de qué modo se expresa la idea en inglés?

Muchas son las dificultades. Pero la constancia y la ilustración procuran desatarlas y buscar el acierto. Después de cinco años consagrados á hacer la versión, el Sr. Duffield vino á España para visitar los lugares descritos por *Cervantes*, para conocer los pueblos de que hace referencia; pero más principalmente para consultar á los hablistas castellanos, á los eruditos, filólogos y cervantistas sobre las muchas dudas que le ocurrían en la inteligencia de ciertos pasajes y frases, y sobre el modo de trasladar algunos modismos castellanos sin que perdieran su fuerza, su intención, gracia y carácter... Digno era de verse el ejemplar del *Ingenioso hidalgo* que el estudioso inglés traía en su bolsillo.

Subrayados con lápiz los conceptos, dichos y pro-

verbios, anotadas al margen las dudas, apuntadas las resoluciones, causaba placer al propio tiempo que admiración el ver tanta constancia en el estudio, tanto amor, y tal afición inspirados por una obra sublime.

Todos los españoles habrán prestado ayuda para que la obra de *Cervantes* se conozca en Inglaterra con la perfección posible. Por eso extrañamos el tono, un tanto punzante y desdeñoso, á nuestro entender, que escoge el autor del artículo *El Quijote es intraducible*, al hablar del traductor inglés. Buena ó mala podrá ser la versión del Sr. Duffield; nosotros creemos que ha de tener más de lo primero; pero de cualquier modo siempre significa un nuevo tributo de respeto á la literatura española; siempre es incienso quemado en las aras de *Cervantes*.

Lejos, muy lejos está de nosotros la idea de desanimar á Duffield, ni á ningún otro de los que emprendan tan gloriosas tareas.

Duelos y quebrantos los sábados. No parece que Clemencín ha destruído la teoría de Pellicer en explicación de esta frase, sino más bien que apoyándose en aquélla la ha amplificado y aclarado de un modo conveniente. El significado propio y genuino de la frase queda mucho más claro, admitiendo el aserto de D. Antonio Puigblanch, que afirma que á los restos de la carne se le llamaba en Castilla *dejos y quebrantos* (1); entendiéndose por *dejos* (contrac-

(1) Puigblanch, *Opúsculos gramático-satíricos*.—Londres, Goutrie, 1829, 1832.—Tomo II. Adic. última.

ción de *despojos*) el vientre de una res, y por *quebrantos* los extremos, y que existiendo otra frase análoga en *duelos* y *quebrantos*, Cervantes mismo, ó quizá el vulgo por gracejo, sustituyó una con otra. De suerte, que la comida del sábado no era de *duelos* ni recordaba pérdidas, sino de *despojos* ó *menudos* y patas, cabezas, etc.

Dulcinea *no es tuerta ni corcovada*, sino más *derecha que un huso de Guadarrama*. Y preguntaba Duffield: «¿qué tiene de peculiar y notable un huso de Guadarrama sobre todos los demás husos?» Mal intentó la explicación de esta frase el docto Clemencín; pero en verdad, estimamos por más torpe la que ofrece el presbítero Sbarbi. Tanto aquélla como ésta serían innecesarias si el texto de Cervantes no dijera más que los que en ellas se supone, porque siendo el *huso* una vara derecha, al decir que una mujer es *más derecha que un huso*, se emplea de un superlativo de comparación, que se encuentra en el Romancero, al decir:

Fué más derecha que un huso

Y es más torcida que un cuerno,

como lo apuntó el doctor Bowle. No son pinos, no son hayas los husos de Guadarrama. Son éstos formados de aquella purísima nieve que recordaba García del Castañar, al decir á su esposa:

Blanca hermosa, Blanca, rama
 llena por Mayo de flor,
 que es fea con tu color
 la nieve de Guadarrama.

Y precisamente en esto estriba el gracejo de la expresión. Cuando viene el deshielo, lo mismo en los Alpes que en Guadarrama queda la nieve formando rectos y agudísimos picos, elevadas agujas, enhiestas y afiladas, que son los *husos derechos* que tiene Guadarrama por peculiares suyos; pues si pinos hubieran de ser, de ellos saldrían muchos torcidos, y no serían ciertamente más dignos de mención aquellos *husos* que los que crían las sierras de Segura.

Daremos fin á este artículo, que no lo tendría tan presto si hubiéramos de responder á las muchas interrogaciones del cervantista inglés. No lo hacemos ahora para no dilatar más este trabajo, cuyo principal objeto no es entrar en aquellas contestaciones; y porque á algunas de sus dudas dimos ya solución verbal, en repetidas conferencias, al Sr. Duffield, en cuanto nuestras fuerzas alcanzaron, y á otras se le habrán dado con mayor lucidez y erudición los buenos cervantistas españoles á quienes se proponía consultar.

III

Síntesis: el *Quijote* puede traducirse en esencia sin gran trabajo; en forma y lenguaje con alguno ó con mucho, según la índole de la lengua en que se haga la versión. Esta fué la opinión de *Miguel de Cervantes*; esto creen los padres graves del movimiento cervantino moderno, Guardia, Thebussem, Droap, Pardo de Figueroa, é *tutti quanti*; y su opi-

nión está confirmada al ver que el libro inimitable es popular en todas las naciones, y así se entusiasman con él y saborean su lectura los que tienen la dicha de leerlo en castellano, como los que lo conocen solamente por traducciones más ó menos fieles.



no es el fundamento de la moral, sino el fundamento de la moralidad. La moralidad es el fundamento de la moral, y la moral es el fundamento de la moralidad. La moralidad es el fundamento de la moral, y la moral es el fundamento de la moralidad. La moralidad es el fundamento de la moral, y la moral es el fundamento de la moralidad.





FILENA

NOVELA PASTORIL

QUE SE ATRIBUYE Á

MIGUEL DE CERVANTES

POR SUS BIÓGRAFOS



AMOS á ocuparnos de una producción de *Cervantes* que nadie ha conocido, ni podido conocer porque nunca existió. Pero pues de ella se habla en todas las biografías del inmortal escritor, justo será que comencemos descartándola y dando sobre ese poético nombre, que se encuentra en el *Viaje del Parnaso*, alguna noticia más exacta.

Habla *Cervantes* en este poema de sus obras todas y dice:

También al par de Filis, mi *Filena* resonó por las selvas, que escucharon Mas de una y otra alegre cantilena.

Deducen de aquí, y á mi entender con palpable error, los biógrafos de *Cervantes*, que el aplauso alcanzado por sus primeros ensayos poéticos, especialmente por las composiciones escritas á la muerte de la Reina Doña Isabel, le alentó á la composición de la *FILENA*, «especie de poema pastoral» que contribuyó á ganarle el renombre de buen poeta, que ya gozaba antes de su cautiverio.

Vamos á cuentas. ¿Cómo no han reparado tantos ilustres literatos en el corto tiempo que permaneció *Cervantes* en España después de escritas las composiciones que dió á luz el maestro Juan López de Hoyos? El suceso que motivó la salida de *Cervantes* de España, debió tener lugar á fines del año 1568, ó á principios de 1569, pues la Real orden para su prisión, en la que se expresa estaba ausente, es de 15 de Septiembre de 1569, y ya estaba concluída la causa en rebeldía.

Pero hay más aun: ¿cómo no han fijado su atención los historiadores del inmortal ingenio en las palabras con que principia la Dedicatoria de la *Galatea*, al Ilmo. Sr. Ascanio Colonna? «Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. I.,—dice *Cervantes*—que me ha quitado el miedo que con razón debiera tener en osar ofrecerle *estas primicias de mi corto ingenio*.»

Paréceme que puedo asegurar, sin incurrir en la nota de temerario, que hasta el año de 1584 en que debieron escribirse estas palabras, no había compuesto *Cervantes* ni publicado obra algu-

na. Los seis libros de la *Galatea* fueron las *primicias* de su ingenio, y viene por tierra toda esa mal fundada máquina del poema pastoril titulado FILENA.

¿Qué era, pues, FILENA? Porque algo debe significar ese nombre, cuando *Cervantes* lo recuerda en el *Viaje del Parnaso*. Dos cervantistas se han ocupado ya de explicarlo: el uno D. Nicolás Díaz Benjumea, que después de largas consideraciones viene á concluir que FILENA es un *Élpio*, un nombre puesto para formar el verso consonando con *sonetos de á docena*, que dice el terceto anterior, así como hubiera dicho, también como al *par de Clorim Clorinda*, si hubiese tenido que acohsonantar con la palabra *linda*. En conclusión, por resumén de sus filosóficos trabajos, el Sr. Benjumea, el autor de *La Estafeta de Urganda*, que posee la clave para descifrar el enigma oculto tras las aventuras del *Ingenioso hidalgo D. Quijote*, cree que *Cervantes* dijo FILENA por aquello de

que fuerza del consonante á lo que obligas
 á decir que son blancas las hormigas.

Más juicioso y perspicaz el Sr. D. Bartolomé José Gallardo, comprendió que FILENA no era más que el nombre poético de una dama, cuyas alabanzas habían resonado por los bosques al salir de la pluma de *Cervantes*, y reclamó para los romances ese nombre, porque en el de los *celos*, que se cita en

el mismo *Viaje del Parnaso*, encontró al final estos versos:

Los celos son los que habitan
 En esta morada estrecha,
 Que engendraron los descuidos
 De mi querida *Silena*...

Juzgó doctamente el Sr. Gallardo que diciéndose FILENA en el *Viaje* y *Silena* en el *romance*, en uno de ellos debía haber equivocación en este nombre, y creyó que debía cambiarse la letra inicial *Silena* en *F*. Muy cerca estuvo de tocar á la verdad este docto filólogo; pero la letra que se debe cambiar no es la inicial del nombre *Silena*, sino la de FILENA, puesta en el *Viaje*.

La proposición nos parece de facilísima prueba. Cuando en lugar sólo se escribe por un autor cierta palabra, sea la que se quiera, de un modo dado, y en otros lugares de libros escritos por la misma pluma, se pone esa palabra misma de diverso modo, pero siempre con igualdad, claro es que el pasaje viciado es aquel en que sólo se encuentra una vez la referida voz, y que deberá entenderse de la manera que se escribió con repetición.

Esto lo creemos innegable, así como nos parece muy extraño que al hablar de los poéticos nombres de FILENA y *Silena* con relación al *Viaje del Parnaso* y al *romance de los celos*, á nadie haya saltado á la vista que en la *Galatea*, libro tan leído de todos, se

encuentra con repetición escrito ese nombre en su segunda forma, es decir, *Silena*.

En tí, *Silena*, espero, en tí confío,
Silena, gloria de mi pensamiento,
 Norte por quien se rige mi albedrío.

.

¡Dichoso aquel que con firmeza pura
 Fuera de tí, *Silena*, bien querido
 Sin probar de los *celos* la amargura!

Y en este y otros lugares se nombra hasta diez y ocho veces á la pastora *Silena*. El segundo terceto sirve también de clarísima prueba para que no se dude de que el romance de los *celos* que tiene á su conclusión el mismo nombre, es aquel que *Cervantes* recordaba en el *Viaje* y cuya entidad era por lo menos sospechosa.

Silena era el nombre poético de la dama celebrada por *Cervantes*; este nombre se encuentra en la *Galatea* y en el romance de los *celos*; debe, por tanto, corregirse y quitarse la *F.* inicial del nombre en el *Viaje del Parnaso* convirtiéndola en *S.* porque es errata manifiesta, y el terceto debe leerse así:

También al par de *Filis*, mi *Silena*
 Resonó por las selvas, que escucharon
 Mas de una y otra alegre cantilena. (1)

(1) La dama celebrada entonces por Miguel de Cervantes, era *Silena*. En aquellos mismos días celebró á una pastora *Filena* Luis Galvez de Montalvo en el *Pistor de Filida*, publicado en 1582, y también cantaba á su dama bajo ese nombre poético Joaquín Romero de Cepeda.

Esta explicación nos trae como por la mano á otra más obscura, pero por lo mismo de mayor interés. Dice Cervantes *mi Silena*; esta pastora es la querida del pastor *Lauso*, y ocurre preguntar: ¿quién se oculta bajo el nombre de *Lauso*, en la *Galatea*? ¿Quién era la pastora *Silena*?

Y para contestar á estas preguntas es necesario hacer otras: ¿Quiénes son *Elicio* y *Galatea*? ¿Cuál fué el primitivo nombre, el primitivo objeto de la novela? Ya hemos indicado en otro lugar (1) que la *Galatea* no pudo ser escrita en el tiempo que medió entre la vuelta de *Cervantes* de la campaña de Portugal y su publicación, y que en ese tiempo lo más que hacerse pudo fué corregirla, y quizá acomodarla también á la nueva situación del autor; y este es el lugar de hablar definitivamente de esa obra donde encontramos por rara coincidencia á *Silena* y *Galatea* reunidas.

A su vuelta á la patria, cuando el rescate puso fin á las miserias y tristuras de su penoso cautiverio, hubo de tocar la embarcación que á *Cervantes* traía á España, en las playas de Mostagán, y el gobernador español de la plaza, tal vez compañero en Italia del cautivo, le entregó ciertas cartas y avisos acerca de los planes de la morisma en aquellas comarcas, que debía poner en manos del rey Felipe II. Era esto á fines del año 1580.

(1) *Nuevos documentos para ilustrar la Vida de Miguel de Cervantes*.—Sevilla.—Imprenta y librería de D. José María Geofrin. —1864.

Es de suponer que el primer cuidado de *Cervantes*, después de haber abrazado á su madre y á sus hermanas, fuera el presentarse en la residencia del rey para entregar las cartas y avisos que debían abrirles las puertas para hacer relación de otros servicios y obtener la debida recompensa. Pero la situación no era á propósito.

Para activar con su presencia la conquista de Portugal, habíase trasladado el Rey D. Felipe á Badajoz, donde padeció una grave enfermedad, y tuvo el desconsuelo de perder á la reina D.^a Ana, su cuarta esposa (Octubre de 1580). A instancias del Duque de Alba entró luego D. Felipe en Portugal y se estableció en la villa de Tomar (5 de Diciembre) para la cual había convocado Cortes, á causa de la epidemia que reinaba en Lisboa. En Tomar residió, á mi ver, *Cervantes* los primeros meses del año 1581, hasta fines de Mayo ó principios de Junio, que fué despachado y salió para Cartagena, y allí se embarcó para ir á Orán de orden de S. M.

A esta residencia en Portugal refiero yo la composición de la novela pastoral; durante ella tuvieron también lugar los amores de *Cervantes* con cierta oculta dama, de los cuales nació D.^a Isabel de Saavedra.

Difícil es de averiguar hoy cual fué la primitiva idea de esa novela que tres años después vió la luz bajo el nombre de *Galatea*.

Entre sus inconexos episodios cualquiera puede colocarse en primer lugar, haciendo en la obra leves variaciones.

Estudiándola despacio parece que *Lauso* era el pastor destinado á figurar la persona de *Cervantes*; sus amores con *Silena*, eran los de éste con la dama portuguesa, y el nombre poético con que *Cervantes* la celebraba quizá fué el primero que se puso á la novela.

Después fué *Cervantes* á Orán; se incorporó á su vuelta en el ejército que combatía en Portugal, y embarcado en las galeras mandadas por el denodado marqués de Santa Cruz, asistió á la acción naval de las Islas Terceras. Terminada la campaña se retiró á Esquivias, y contrajo matrimonio con D.^a Catalina de Salazar.

Pero antes había reformado su bosquejada novela, la había adaptado á su nueva situación, y preparado para la imprenta. Sin embargo, yo sospecho que si bien *Cervantes* en este arreglo de la obra creó á *Elicio* y *Galatea* ó les dió mayores proporciones, para representar sus amoríos con D.^a Catalina, dejó también en la historia de *Lauso* el recuerdo de sus aventuras en Portugal.

Falta la prueba de que el pastor *Lauso* pueda ser el mismo *Cervantes*, pues los críticos (Dios los perdone) han creído hasta hoy que representaba á Luis Barahona de Soto, el celebrado autor de las *Lágrimas de Angélica*. Esta prueba debe buscarse en la *Galatea* misma, y no en otra parte.

En el libro 4.^o se dice «que puesto que *Lauso* »nombró á *Silena* en su canto, por este nombre no »fué la pastora conocida; y así imaginaron que como

»*Lauso* había andado por muchas partes de España y
 »aun de toda Asia y Europa, que alguna *pastora* foras-
 »tera sería la que había rendido la libre voluntad
 »suya.»

Al principio del libro 5.^o oyen los que á la er-
 mita de Silerio se dirigían el canto del pastor
Lauso, y que fueron seis décimas dirigidas también
 á *Silena*; y todos se alegran de que los acompañe
 especialmente *Damón* su verdadero amigo (que pa-
 rece ser el poeta Pedro Lainez) con el cual fué «razo-
 »nando en diversos y varios acaecimientos que á los
 »dos habían sucedido después que dejaron de verse,
 »que fué desde el tiempo en que valeroso y nombrado
 »pastor Astraliano había dejado los cisalpinos pastos
 »por ir á reducir á aquellos que del famoso her-
 »mano y de la verdadera religión se habían rebe-
 »lado.»

La alegoría aquí es bien transparente. *Damón* y
Lauso no se veían desde el tiempo en que don Juan
 de Austria dejó la Italia para pasar á Flandes á redu-
 cir á los protestantes, rebelados contra Felipe II.

Estas noticias biográficas, convienen á *Cervantes*,
 y no á Barahona de Soto.

Médico de Lucena del Condado este último, no se
 sabe saliera de España. *Cervantes* viajó por Europa y
 Asia. No consta que fuera Barahona *verdadero ami-
 go de Lainez* como lo era *Cervantes*, ni menos que
 hubieran podido despedirse en Italia, donde fácil-
 mente pudieron tratarse *Cervantes* y Lainez. Y, por
 último, la *pastora forastera* que había rendido á la

libre voluntad de *Lauso* tiene señales de ser la *dama portuguesa*, madre de D.^a Isabel de Saavedra.

Las poesías que *Cervantes* había compuesto para celebrar á su dama con el nombre de *Silena* hubieron de ser conocidas y aplaudidas por otros poetas sus amigos, y así se explica el que las reuniera en la boca de *Lauso*, diciendo de ellas que *resonaron por las selvas y los prados*.

Sutil, alambicada podrá parecer la conjetura, pero téngase en cuenta que se adapta muy bien á la cronología de los sucesos de la vida de *Cervantes*, y que sirve para explicar satisfactoriamente ese nombre poético de *Silena* y el terceto del *Viaje del Parnaso* donde está colocado.

Sevilla, 1871.





LOS CONTINUADORES
DE
EL INGENIOSO HIDALGO

LA OBRA DE UN AVELLANEDA DESCONOCIDO

I



AREA es delicadísima y necesaria, no menos que meritoria, la de procurar desvanecer las nieblas que obscurecen la verdad de los hechos en muchos puntos de nuestra historia literaria. Cierto que lo mismo acontece en la política, en la del derecho y en la de todas las ciencias. Preciso es tener siempre muy en cuenta el principio de que un error no por ser antiguo es más respetable, ni deja de ser tan falso como funesto, porque lo repitan célebres escritores.

Los de España han sido generalmente esclavos en demasía del principio de autoridad; basta, y ha bas-

tado en todo tiempo, que un autor de mediano crédito establezca como axiomas suposiciones más ó menos gratuitas, asiente como inconcusos ciertos hechos, para que todos los repitan sin más estudio ni meditación, y vengan hasta nuestros días consignados y copiados de unos en otros, en son de verdades indiscutibles.

Hijo es también este defecto de la natural pereza de todos cuantos nacen bajo el templado cielo de este país; que rara vez se toman el trabajo de estudiar los verdaderos orígenes, nunca procuran subir á las fuentes primitivas, ni recurren á consultar y examinar los datos, de donde se dedujeron las opiniones que encuentran consignadas, y los fundamentos en que descansan. Es más cómodo citar un escritor que contradecirlo. Antes se ha mirado siempre entre nosotros el nombre del autor, que los documentos que pudo tener á la vista.

Sugiérenos estas reflexiones el recordar, con motivo de la obra objeto de estos apuntes, un cargo injustificado y sin el menor fundamento que con relación á *Cervantes* y al *Quijote* se ha hecho al pueblo español.

Ocurrió al docto D. Martín Fernández de Navarrete, al hablar de la magnífica edición del *Ingenioso hidalgo*, impresa en Londres por J. y R. Tonson en el año de 1738, el referir que habiendo reunido la reina Carolina, esposa de Jorge II de Inglaterra, una graciosa colección de libros de entretenimiento, que bautizó con el nombre de *Biblioteca del sabio Mer-*

lin, la hizo ver á lord Carteret, personaje de gran ilustración y amor á las letras, el cual, celebrando, como era justo, la idea de su soberana, le manifestó cortesmente que faltaba en su rica colección el libro más ameno, más agradable y entretenido de cuantos se habían escrito en el mundo, que era el *Don Quijote de la Mancha*, y rogó á la reina le dispensara la honra de obsequiarla con un ejemplar de aquella obra. Admitido por Carolina el obsequio, quiso el noble lord que el libro fuese en todo digno de la elevada persona á quien iba dedicado, y al efecto encargó á D. Gregorio Mayans escribiera la vida de *Cervantes*, y costeó la hermosa edición que se imprimió en Londres.

«Así fué, añade Navarrete, como el empeño y estímulo de una nación extraña despertó entre nosotros en aquel tiempo el recuerdo y la estimación hacia el ingenioso autor del *Quijote*, divulgando por toda la Europa el mérito de aquella obra inmortal.» Desde entonces se repite en todos los tonos y como gran verdad, que el empeño de aquel magnate estimuló á los españoles; que al entusiasmo de los ingleses debió *Cervantes* en gran parte el renombre que en su patria no tenía; y se nos acusa muy formalmente de que aquí nadie se acordaba del *Quijote*, y fué necesario que los extranjeros nos demostrasen el tesoro que poseíamos, para que supiéramos apreciarlo.

Estas afirmaciones son infundadas; pero como vilipendiaban el nombre español, hicieron suerte y hallaron acogida en toda clase de escritos.

Y, sin embargo, nada hay más falso. El *Quijote* siempre fué apreciado en su verdadero valor; siempre fué, desde su aparición, la obra literaria más leída y aplaudida en España, y bien claramente lo dicen las numerosas y repetidas ediciones que de él se hicieron y que manifiestan el entusiasmo de los lectores por esa obra inmortal. Se acercan á cuarenta las ediciones que en castellano se habían hecho del *Quijote*, y casi todas en dominios españoles, antes de que saliera á luz la que lord Carteret hizo estampar en Londres.

No había alcanzado tanta celebridad ninguno de nuestros escritores; ningún libro se había impreso tantas veces en España, ni aun el *Amadís*, ni otros de caballerías que tal boga consiguieron; y por cierto que en la misma Inglaterra no llegaban ni á la tercera parte de aquel número, en ese tiempo, las ediciones de las obras de *Shakespeare*, que murió en los mismos días que *Cervantes* (1).

En algunas de aquellas ediciones del *Quijote* no se escaseaban los elogios al insigne escritor. Citaré un solo ejemplo. Dedicaba su impresión de 1647 el editor Francisco Serrano á D. Antonio de Vargas, Zapata, Ayala y Manrique, y le decía: «El ingenioso »y justamente celebrado Miguel de Cervantes, autor »de este libro, le dedicó á uno de los excelentes príncipes de España, etc.» Ante estos hechos caen por

(1) Véase *The bibliographer's Manual of english literature*, de W. Lowndes (Londres, Pickering, 1834) y el *Manual de Brunet*, tomo 5.º

tierra las declamaciones, y se desvanece la idea de esa quimérica indiferencia que se echa en cara á los españoles, para los cuales *Cervantes* siempre ha sido el primero de los escritores y el *Quijote* la lectura favorita.

Bien lo demuestran asimismo las multiplicadas continuaciones é imitaciones que de aquel inimitable libro se han hecho en España y fuera de ella. Tengo para mí que el mayor tributo que á un ingenio rinden los que le suceden, la prueba mejor que dar pueden de reconocer su superioridad, es la de imitar sus obras, aprovecharse de sus pensamientos, resucitar los personajes creados por su fantasía y tratar de continuar sus narraciones. Por esta razón me he decidido á dar cuenta de un singular hallazgo, exponiendo el asunto de una desconocida continuación del *Ingenioso hidalgo*, que vió la luz en Francia al comenzar el siglo xviii.

Pero al hablar de los continuadores del *Quijote*, es necesario trazar una gran línea divisoria. Preciso es apartar y distinguir al que en vida del autor se apoderó de su pensamiento, escarneció sus hechos gloriosos y trató de privarle de la ganancia que pudiera producirle su creación, de aquellos que después de su muerte han procurado seguir sus huellas, tomándolo por guía en su camino, por modelo digno de imitación. El primero cometió una mala acción, perpetró un robo; los últimos rinden homenaje al talento del gran inventor. *Avellaneda* fué un émulo, un envidioso ruín y artero; los demás continuadores

forman en línea con toda la falange apasionada y entusiasta, que se postra ante el manco de Lepanto.

Sin contar con *Avellaneda*, ha habido en España muchos imitadores del *Quijote*. En Francia han sido en mayor número los continuadores. De esta clase sólo recordamos entre nosotros á D. Jacinto M. Delgado con su *Vida de Sancho Panza*, y al novísimo *Bachiller Avellanado*: de la otra tenemos á *Fray Gerundio de Campaças* y á *Don Lazarillo Vizcardi*, y con éstos *El Quijote de Cantabria*, el *Don Quijote de la Manchuela*, *Don Papis de Bobadilla* y otros.

Nuestros vecinos tomaron distinto rumbo y quisieron divertir á los lectores franceses, añadiendo nuevas aventuras á las que escribió *Cervantes*.

Dos continuaciones de esa clase conocen ya los aficionados. Dió cuenta de la una el Sr. D. Jerónimo Morán en su *Vida de Cervantes*, refiriéndose á un ejemplar del *Quijote* traducido en lengua francesa por Filleau de Saint-Martin, edición del año 1741, que guarda nuestro amigo D. Juan M. de la Helguera; aunque luego el Sr. D. Leopoldo Rius en su artículo inserto en la *Crónica de los Cervantistas* (tomo I, pág. 124) ha puesto en claro que venía impresa desde el año 1681, cuando menos.

El Sr. D. Juan E. Hartzzenbusch habló también con datos curiosísimos en el año 1871, en su discurso de apertura de la Biblioteca Nacional, de otra peregrina continuación del Hidalgo manchego, hija tal vez del infantil ingenio, del que luego fué rey de Es-

pañía con el nombre de Felipe V, que permanece inédita.

Pero todavía existe otra publicada también en Francia, que parece que hasta el día no ha sido conocida en nuestro país, á pesar de lo mucho que nos interesa cuanto á *Cervantes* y á su libro se refiere, y no obstante el gran número de trabajos que los mejores y más eruditos escritores han consagrado al *Quijote*. Esta continuación es importantísima, no por su autor, cuyo nombre no hemos logrado descubrir, sino porque forma por sí sola obra completa, acabada, independiente, sin haberse publicado nunca que sepamos, unida á ninguna traducción de *El Ingenioso hidalgo*, y porque se ofreció al público como sacada de un manuscrito español del mismo Cide-Hamete Benengeli.

Salió á luz por vez primera, al parecer, en París el año 1726, y tiene este título:

Suite nouvelle et veritable de l'histoire et des aventures de l'incomparable Don Quichotte de la Manche. — Traduite d'un manuscrit espagnol de Cide Hamet Benengely son veritable historien (1).

Forma seis tomos en 8.^o, de unas 400 páginas cada uno, y va adornada con treinta láminas grabadas por Antoine, y dos planchas de la música correspondiente á la pastoral compuesta por Don Quijote (tomo III, página 54), y á otra que se canta en las bodas de la

(1) *A Paris, Chez Charles le Clerc, Quay des Agustins, Guillaume Saugrain, Pierre Huet, au Palais, et Pierre Prault, Quay des Gesvres.*

hija de Sancho Panza (tomo V, página 410), que se insertan en el texto.

Los cinco volúmenes primeros comprenden la continuación de las aventuras de Don Quijote, terminando al finalizar el quinto con la muerte del hidalgo, cuyo *testamento ológrafo* se inserta también.

El tomo VI contiene la vida de Sancho Panza, bajo este título:

Histoire de Sancho Pansa, alcalde de Blandanda, servant de sixieme et dernier volume á la suite nouvelle des aventures de Don Quichotte.

Las aventuras del hidalgo llenan noventa y dos capítulos; la vida de Sancho diez y ocho; de su contenido vamos á ocuparnos con alguna detención para dar á los lectores españoles del *Quijote de Cervantes* una idea de la invención y cualidades que adornan á este su continuador francés.

II

Anunciada la continuación de las aventuras de Don Quijote como procedente de un manuscrito español del mismo Cide-Hamete Benenjeli, era de necesidad justificar tal procedencia, y este es el intento del continuador en el *prefacio* de su obra.

Merece en verdad ser conocido aquel trabajo, y fijar la atención de los cervantistas. En primer lugar porque el *prefacio* forma por sí sólo una novelita, que no de otro modo puedo calificarlo, que basta para conocer las fuerzas de invención y estilo del

continuador; en segundo, porque se contienen en él algunas especies notables por referirse al *Quijote* verdadero de *Cervantes* y al fingido del supuesto *Avellaneda*, que se publicó en Tarragona el año de 1614.

Por esta razón vamos á traducirlo, ofreciéndolo casi íntegro á los aficionados, que ciertamente no se arrepentirán de su lectura.

«Prefacio extractado de muchas cartas del Br. San-són Carrasco y de Cide-Hamete Benenjeli, que presentan el enlace de toda la historia de *Don Quijote*, desde el principio hasta el fin, y sirven para la mejor inteligencia de esta nueva continuación de sus aventuras.

»Apenas el valeroso Don Quijote había formado el generoso designio de tomar sus armas y caballo, para dedicarse al ejercicio de la andante caballería, siendo amparo de los desvalidos, cuando la Fama se tomó el trabajo de seguir sus huellas, para noticiar al mundo entero la historia de sus increíbles hazañas. Al volver á su aldea, después de la primera salida, ya se supieron en toda España sus proezas y las grandes y peligrosas aventuras á que había dado felice fin su poderoso brazo.

»*Cide-Hamete Benenjeli* fué el primer historiador que acometió la difícil empresa de escribir aquellas hazañas de un género tan nuevo y desconocido. Vamos á decir los medios de que se valió para conseguir su propósito.

»Cierta estudiante que cursaba en Salamanca,

manchego como nuestro héroe, y llamado Sansón Carrasco, comenzó y aprendió en unas vacaciones de verano, por mediación de Sancho Panza, y aun por conversaciones que tuvo con el propio Don Quijote, una gran parte de sus aventuras, y de ellas se ocupaba frecuentemente en sus conversaciones con el morisco Benenjeli.

»Fueron tan del gusto del autor aquellas no imaginadas locuras, que no dejaba de sonsacar á Carrasco para que de ellas le hablase, y éste que era de suyo complaciente, y además solía encontrar su recompensa en alguna comida ó pípara, no se hacía de rogar para satisfacerle.

»Temeroso Benenjeli de que la memoria le fuera infiel al querer recordar tantas aventuras y para no olvidar detalle, comenzó á tomarlas por escrito; y habiendo comunicado parte de él á un librero, por entretenimiento, éste le pidió con insistencia que le permitiera darlo á la estampa, ofreciéndole partir la ganancia, que debía ser importante.

»Vendido el librejo inmediatamente, y deseoso el editor de mayores utilidades, instó á Benenjeli para que compusiera historia completa de las aventuras de Don Quijote.

»Nadie podía prestar mejor ayuda en aquella empresa que el Bachiller Sansón Carrasco; y como los estudiantes por lo general no andan sobrados de dinero, creyó que atrayéndolo por el interés haría cuanto se le pidiera. En efecto, Carrasco prometió y se obligó, no tan sólo á continuar sus pesquisas, sino

á seguir paso á paso, por decirlo así, á Don Quijote, para que nada faltase en su puntualísima historia.

»Este trato se hizo en las vacaciones, porque en esta época podía el Bachiller emplear el tiempo en cualquier trabajo sin descuidar sus estudios. Cuando llegó á la Mancha había días que Don Quijote estaba de vuelta en su segunda salida. Habló con él algunas veces, y otras sacó lo que pudo de Sancho Panza; pero temeroso de que descubrieran sus propósitos, si continuaba en sus preguntas, y poco satisfecho de lo que unos y otros le contaban, porque no alcanzaba el orden é ilación tan necesarias en una verídica historia, se marchó de la Roda (1), y tomando el mismo camino que había seguido Don Quijote, fué informándose en todos los lugares por donde había pasado, sin perdonar propinas á los criados ni halagos á los dueños, para saber todo lo que se sabía de público.

»Ocho días empleó Sansón Carrasco en hacer el viaje que Don Quijote había hecho en dos meses. Volvió á la Roda, y después de nuevas pláticas con nuestro héroe, dió la última mano á sus memorias. Terminadas las vacaciones, volvió á Salamanca, llevando todas las noticias é instrucciones que podían apetecerse para escribir en toda forma una historia de las aventuras de Don Quijote.

(1) Es digna de tomarse en consideración esta idea del continuador que supone al pueblecito de la Roda, patria y domicilio de *Don Quijote de la Mancha*.

»La exquisita diligencia que empleó Benenjeli en arreglar su manuscrito y disponerlo para la imprenta, hizo que muy luego se publicara la primera parte de la historia del caballero andante Don Quijote.

»Aquella primera parte sólo contenía los sucesos de la primera y segunda salida del héroe, que ya eran conocidos, aunque narrados más minuciosamente. Nada se omitía, y no se desdeñaron ni aún las menores conversaciones del caballero y el escudero, con tal de que fuesen verdaderas.

»Al poco tiempo se supo que Don Quijote estaba nuevamente en campaña. Era necesario seguirle para poder continuar su historia, y nuestro estudiante fingió que no podía hacerlo por entonces, ocupado como se hallaba en arreglar su tesis para recibir el grado de Bachiller. No ignoraba los provechos que el libro producía, puesto que se estaba haciendo ya segunda edición de la primera parte, habiéndose agotado la primera en dos meses, aunque fué de dos mil ejemplares; y persuadido de que sin su ayuda no podría continuarse la obra, creyó que debía darse importancia, para sacar mejor partido y costearse el grado y recibir la investidura de Bachiller.

»Tratada esta dificultad entre el Benenjeli y el editor, resolvieron, atendida la necesidad que tenían del concurso de Sansón Carrasco, facilitarle cuanto exigiera, para que, tomado en seguida su grado de Bachiller, pudiera disponer de su persona sin traba alguna que le detuviere; y así Carrasco se encontró

graduado mucho antes de lo que hubiera podido serlo, si de su bolsa hubiera debido sacar lo que por su habilidad encontró en la de Benenjeli.

»Libre de estudios el nuevo Bachiller y oprimiendo los lomos de un buen caballo, con la escarcela bien provista, salió de Salamanca; como en su primera excursión, siguió el mismo camino que Don Quijote, partiendo desde su aldea, y guiado por la fama de sus hechos, tomando notas con la mayor exactitud para no olvidar nada que digno fuera de mencionarse, se encontró en la pista de los que le conducían encerrado en una jaula, haciéndole creer que iba encantado, y se incorporó con el cura y con las demás personas interesadas en volverle á la razón, que le hacían compañía.

»La historia nos enseña que por este tiempo, un cierto escritor, que no tenía mucho que hacer, movido por el deseo del lucro, y sabiendo la gran acogida que aquel libro había merecido, y el placer que el público tenía en su lectura, emprendió la tarea de escribir los sucesos de la segunda salida de nuestro héroe. Al parecer, había conocido ya alguna cosa de ellos; sabía que debía ir á Zaragoza para disputar el premio en las justas que celebraba aquella ciudad, y buscando en su imaginación otros hechos para llenar el hueco de los que ignoraba, compuso al fin una segunda parte, ó más bien el segundo tomo de la primera y segunda salida.

»Sostienen otros, que en aquellos días hubo otro loco, al cual se le puso en el cerebro la idea de imi-

tar al verdadero Don Quijote, usurpando su nombre y buscando como él aventuras, y que ese falso Don Quijote, que en verdad no era sino una bestia, fué el héroe de aquella segunda historia. Sea como quiera, el libro sufrió la reprobación universal por apócrifo, y á nadie agradaron las pesadas gracias de que estaba compuesto.

»Sin embargo, al entender Benenjelí que andaba impresa una parte segunda de la historia de *Don Quijote*, creyó que Carrasco le engañaba vendiendo sus apuntes á varios editores. Para convencerse, quiso ver el tal libro; pero pronto salió de dudas, y lejos de desanimar en su propósito, aquella lectura le impulsó á terminar de prisa las aventuras de su héroe hasta su vuelta de Barcelona.

»Desde el principio de la obra puede verse que el cura procuraba por todos los medios imaginables curar el entendimiento del buen Alonso Quijano de sus ideas de caballero andante; y como abrigaba la convicción de que la lectura de los libros de caballerías que componían su biblioteca eran la causa del trastorno de su cerebro, creyó que acabando con ellos le había de ser más fácil el logro de su caritativo pensamiento.

»Fueron, pues, condenados al fuego casi todos los libros, la habitación destruída y tapiada la puerta que le daba entrada. Pero Don Quijote, que al convalecer de su enfermedad no encontró la habitación ni los libros, se dió á imaginar que todo era efecto de la malicia y enemiga de los encantadores

que le perseguían, y se quedó tan rematado como antes.

»El compasivo Pedro Pérez intentó luego la curación por otro medio que no dió mejor resultado; cuando se escapó la segunda vez de su casa, salió en su busca, y después de bastantes pesquisas lo encontró en lo más solitario de la Sierra Morena y en estado deplorable de delgadez. Una princesa fingida imploró contra sus enemigos el auxilio de su fuerte brazo, y el cuidado de amparar á los menesterosos le hizo dejar su penitencia; y entonces lo encerraron en una jaula y conducido en una carreta, haciéndole creer que estaba encantado, lo volvieron á su casa.

»Sansón Carrasco, que llegó á la aldea casi al propio tiempo, propuso á su vez otro remedio para lograr la curación del pobre caballero, que fué aprobado por el cura; consistía en vencer en singular combate al que se creía invencible, y obligarlo en calidad de vencido, á quien se pueden imponer condiciones, á que volviera á su casa por cierto tiempo, depusiera las armas y viviera pacífica y sosegadamente; lo que Don Quijote ejecutaría seguramente al pie de la letra, como fiel guardador de las leyes de la andante caballería.

»Guardóse muy bien el astuto Bachiller de revelar al cura el móvil interesado que le guiaba al proponer aquel remedio, contrario, al parecer, á sus intentos. Quería seguir á Don Quijote, y para seguirlo era necesario dar ocasión á otra tercera salida que proporcionase á Benenjeli nuevos materiales para su

obra; y de ningún modo se alejaba mejor toda sospecha, que alegando el pretexto de la curación.

»Fácil es comprender que, si el verdadero móvil de Carrasco hubiera sido curar la locura de Don Quijote, le hubiera impuesto una reclusión en su aldea por cinco años ó por seis, en lugar de hacerlo por uno sólo; y en efecto, el Bachiller, de paso para su aldea, contó á los duques el resultado del combate y la penitencia que le había impuesto de estar quedo en su casa todo un año sin tomar las armas. No pudieron los duques, que eran buenos cristianos, censurar una acción tan caritativa en las apariencias; pero no dejaron de manifestar su disgusto, porque se quitaba del mundo al loco más agradable que jamás había existido.

»El Bachiller, por congraciarse con ellos, les confesó francamente que su intento no era de modo alguno privar al público del placer que le proporcionaban las locuras de su héroe; sino, por el contrario, conservarlo por medio de forzada tranquilidad, muy necesaria al restablecimiento de su salud. La locura, les dijo, le lleva mucho más lejos de lo que sus fuerzas alcanzan; de sus dos primeras salidas volvió á su casa tan extenuado que casi parecía de inanición, y como sin recurrir á un artificio no es posible que ponga fin á sus correrías y modere el furor de su ánimo, tuvo la idea de vencerle en singular batalla, para obligarle por las leyes de su negra caballería á lo que nunca hubiera podido reducirle por razones; y últimamente aseguró á sus altezas que tenía más interés que nadie

en que Don Quijote se pusiera nuevamente en campaña, para que diera ocasión á su pluma de comunicar nuevas aventuras á Benenjeli.

»Vencido en Barcelona Don Quijote, por el Bachiller Carrasco, disfrazado bajo el nombre del caballero de la Blanca Luna, volvió tristísimo á su casa, donde llegó pocos días después que su vencedor. Mientras tanto, Benenjeli trabajaba sin descanso en ordenar las noticias que había reunido de la tercera salida de su héroe, y acariciaba la idea de escribir muchos volúmenes, continuando la historia de sus famosos hechos, cuando recibió la carta siguiente, firmada por el Bachiller.

CARRASCO Á BENENJELI

«He ido dilatando el escribir á vuesa merced, señor Benenjeli, desde que le remití mis apuntes, porque habiendo caído gravemente enfermo Don Quijote al llegar á su casa, deseaba comunicarle el fin »adverso ú favorable de su enfermedad. La locura »altera siempre la salud por la fatiga que causa al »cuerpo, muy superior á las fuerzas de la comple- »xión del paciente. Don Quijote llegó á su aldea pe- »netrado del dolor de su vencimiento, y todavía más »con la duda del desencanto de Dulcinea que nunca »llega; y las reflexiones á que se entregaba noche y »día, deplorando sus infortunios, le hacían andar »gimiendo y llorando continuamente; por lo cual no »es extraño que el cuerpo participara del abatimien-

»to del ánimo. Al cabo, después de haber desesperado
»muchas veces de su curación, acabo de dejarle ago-
»nizante. Creo, pues, que su historia y nuestras ga-
»nancias han terminado con su tercera salida. Soy
»de vuesa merced, etc.»

»Sorprendido Benenjeli con tan funesta noticia, y afectado con las consecuencias de la muerte de su héroe, la comunicó al librero, cuya consternación fué mayor todavía, pues con la falta de Don Quijote perdía la esperanza de un lucro considerable que podía realizar en poco tiempo. Pero como es menester consolarse de todo, y especialmente cuando no hay otro remedio, resolvió terminar la impresión de lo que alcanzaban las notas de Carrasco, temiendo que la muerte de Don Quijote resfriase el entusiasmo de los lectores de sus locuras.

»Y fué el caso, que apenas Benenjeli había entregado su manuscrito al editor, recibió nueva carta de Sansón Carrasco, que le participaba la convalecencia del caballero, y la resolución que había tomado de pasar el año de su destierro en el ejercicio pastoril, á imitación de otros personajes de los libros de caballerías que le daban el ejemplo. Añadía el Bachiller, para animar al escritor, que esperaba de este nuevo aspecto de la locura del héroe, cosas tan buenas como del anterior, y que el interés de la novedad prestaría mayor atractivo á la historia, aumentando su mérito.

»La alegría que semejante noticia causó á Benenjeli fué turbada muy luego por la orden fatal que

recibió para salir de los reinos de España en el término de tercero día, bajo las penas contenidas en el edicto de expulsión. Dos años hacía que había obtenido dispensas, so pretexto de los muchos negocios importantes á S. M. que debía dejar arreglados, por haber sido empleado en Rentas reales; y como contaba además con muchos protectores en la corte, que habían dado fianzas por su persona, esperaba obtener un permiso para quedarse en España. Mas todo favor fué inútil; el edicto que arrojaba de España á toda la raza morisca, fué ejecutado sin excepciones; y cuando confiaba que nadie se acordaría de él, recibió la orden de marchar, y tuvo precisión de hacerlo en el plazo señalado.

»Tuvo, por tanto, Benenjeli asuntos más graves en qué ocuparse que los de la historia de *Don Quijote*. Y aunque hacía pocos días había recibido nuevos apuntamientos de Carrasco referentes á las aventuras y ocupaciones pastoriles del héroe bastantes á llenar un grueso volumen, ni tuvo tiempo de escribirlas, ni aun siquiera de hablar con el impresor; y es probable que aún habiéndole visto no hubiera tenido la humorada de abandonarle el fruto de sus vigili-
as. Salió Benenjeli precipitadamente llevándose todos sus efectos, y sin cuidarse de que *Don Quijote* iba á pasar por muerto, pues por no haber tenido un momento para ir á casa del librero, dejaba sin corregir la hoja en que se contaba su fallecimiento.

»El Bachiller, entretanto, que había enviado sus apuntes y esperaba en vano cada día la letra de cam-

bio ó el dinero, según tenía estipulado, escribió á uno de sus amigos para que averiguase la razón de la tardanza; y por él supo la precipitada marcha de Benenjeli, que el librero tampoco sabía; y decidió ir á Salamanca para lograr se le abonase el valor de su último manuscrito.

»Sin embargo, Benenjeli, establecido ya en Berbería, escribió en secreto á Sansón Carrasco, anunciándole que esperaba volver á España porque sus amigos, que eran muchos y buenos, harían presente al rey que sus órdenes se habían cumplido, y que su regreso era útil al Estado; y le rogaba que continuase tomando notas de los sucesos, cobrando del librero, á quien envió las órdenes oportunas, todo lo que se le debía por sus trabajos. Pero se sospecha, que Cide-Hamete Benenjeli no volvió á España, sea porque la muerte atajara sus intentos, sea que no consiguiera el permiso esperado, puesto que este manuscrito se encontró entre sus papeles sin haber sido impreso nunca, y la muerte de *Don Quijote*, á la vuelta de su tercera salida, ha seguido pasando por un suceso verdadero.

»Esto es cuanto podemos asegurar. Ahora vamos á decir á los lectores como vino este manuscrito á parar á manos de quien hoy le ofrece al público.

»Con la esperanza de volver á España, continuaba Benenjeli trabajando sobre los apuntes de Sansón Carrasco, y compuso la continuación de las aventuras, dándoles forma y estilo tan agradables como él solamente sabía hacerlo, para reducir á historia que no

se separase un punto de la verdad, locuras tan del gusto de todo género de lectores.

»Este último parto de su ingenio, encontrado entre los efectos de su herencia más de setenta años después de la impresión de los primeros tomos, no desmerece en nada de aquellos.

»Los turcos, que no son muy aficionados á las letras, habían menospreciado la parte de herencia que consistía en papeles, y ha sido casualidad harto feliz la de encontrarlos después de tanto tiempo en un baul, que nadie había registrado después de su muerte, y que estuvo mil veces á punto de ser echado al fuego. He aquí su historia: «Pasó á España un joven natural de Dunquerque, y luego se embarcó en Barcelona para ir á Italia; la embarcación fué apresada por un corsario marroquí, y en Tetuán fueron vendidas las mercancías y los esclavos. El joven, que Aranda era llamado, fué comprado por un rico armador, el cual, después de haberlo conservado á su servicio en la ciudad por espacio de dos ó tres meses, lo envió á una quinta situada á corta distancia, para que con otros se ocupase en arreglar la huerta.

»La mujer del armador era hija de una morisca española, y hablaba perfectamente el castellano, porque su madre, que había sido expulsada de España, como todos los suyos, cuando era todavía muy joven, por el edicto de Felipe III, había conservado siempre grandísimo afecto á su patria y á la religión cristiana en que había sido educada, y en que instruyó á su hija. Muerta la madre, quedó la hija en poder de sus

parientes, que eran musulmanes, y que la hicieron casarse, á pesar de su resistencia, con uno de su secta. Pero ella conservaba siempre el recuerdo de la educación que había recibido, y guardaba en su corazón el deseo de volverse á España, si el cielo le proporcionaba alguna ocasión, para morir en sus verdaderas creencias.

»En Aranda creyó ver la desdichada morisca un hombre á propósito para poner en práctica sus desig-nios; pero quiso tener pruebas de su fidelidad antes de hacerle la entera confianza que deseaba. Mientras permaneció en la ciudad, donde el armador lo retuvo algún tiempo, como hemos dicho, porque lo había comprado á muy subido precio teniéndole por hombre distinguido, y esperaba lograr un buen rescate, iba la dueña con mucha frecuencia á un jardín cuyo cuidado estaba á cargo de Aranda. Cierta día que el dueño estaba ausente, fué la morisca á buscarle y le encontró en un pabelloncito, donde se cerraban las herramientas; era la hora de siesta y estaba dormido teniendo en la mano un libro forrado en pergamino que era todo lo que habían dejado de su equipaje. Curiosa la morisca, como todas las mujeres, tomó el libro sin despertar á Aranda, y viendo que era la historia de *Don Quijote de la Mancha*, leyó algunas hojas, volvió á dejarlo y se marchó. Tornó á su paseo una hora después, y encontrándole en su trabajo trabó conversación, procurando hacerle conocer que no le era indiferente. Algún tiempo después, el dueño comprendió que el esclavo

no era de la calidad que él había supuesto, y pesaroso de haberle pagado tan caro se vengó destinándole á los trabajos más penosos, y colocó en su lugar para el servicio de la casa á un jovencillo de quince años.

»Tal cambio desconcertó á la morisca, porque dificultaba las ocasiones de departir con él frecuentemente; pero hizo de la necesidad virtud, aplaudió el cambio verificado en la servidumbre y se lanzó á discurrir otros medios de llevar á cabo sus proyectos. Mientras por una parte distraía á su marido, aplaudiendo la elección que del joven había hecho para regar las flores y servir la casa, porque su salud delicada no le hacía apto para trabajos más fuertes, por otra daba órdenes muy reservadamente á los que mandaban en los esclavos para que tratasen con indulgencia al pobre Aranda, y éste conoció muy luego, en los miramientos que le guardaban, el interés que á su señora inspiraba. Algún tiempo después se rescató uno de los inspectores, y entró en su lugar un renegado de crueles instintos que hizo empeorar la suerte de Aranda. Siempre en Berbería encargan á los renegados la custodia de los esclavos cristianos, creyendo que otros de su misma religión tendrían demasiada dulzura y miramientos con aquellos desgraciados cuya suerte es tan digna de conmiseración.

»Con el nuevo inspector sufrió Aranda la misma suerte que los demás; porque era aventurado en la señora el volver á hablar en favor suyo. Pero si no pudo aminorar sus trabajos, procuró consolarle por medio de una carta en la que le ofrecía la libertad,

si quería hacer lo que se le mandara, y se la entregó diestramente y en presencia de su mismo marido al tomar un ramo de flores que había encargado le cogiesen. La carta estaba concebida en estos términos:

«Por muy poca que sea tu vanidad, gentil cristiano, más de una vez habrás descubierto el interés que me inspiras. Desecha la tristeza y cobra valor, pero procura corresponder al deseo que abrigo de proporcionar tu felicidad, é informarme por medio de una carta de lo que pasa en tu corazón. Y nada más te digo porque no me aventuro hasta estar asegurada de tu fidelidad y discreción. Dios te guarde.»

«Leyó Aranda el billete y se imaginó que su señora estaba enamorada de él; y con esta idea fijó todas sus atenciones y cuidados en corresponderla. Era una mujer de veintiocho años, alta, de agradables maneras, y que conservaba en sus facciones toda la frescura de su juventud, de tal modo, que Aranda la encontró muy digna de ser amada, y unido á esto el deseo de la libertad, pues bien sospechaba que aceptando su amor tendría medios para rescatarse, resolvió darle á entender su pasión en un billete que con otro ramo puso en sus manos.

«Si tan grande es mi fortuna, queridísima dueña mía, que os haya merecido algún afecto, ya la suerte de esclavo me será dulce, tanto como hasta el día me ha parecido rigurosa. Aun á riesgo de mi vida podéis poner á prueba mi fidelidad y reconocimiento; pues preveo las dificultades que habremos de

vencer ante un esposo que os adora y jamás os abandona. Mandar os toca como señora y porque mejor que yo conocéis lo que puede hacerse, yo sólo puedo obedeceros ciegamente en el temor de que mi ignorancia ó el exceso de celo os sean fatales. Mandad, señora, disponed sin temor de ser vendida por un esclavo que os adora.»

«Segura la morisca por esta respuesta de la fidelidad de Aranda, revolvía en su imaginación mil medios para hablarle y comunicarle sus intenciones, aunque bien comprendió por la carta que las miras de aquél se dirigían á un comercio criminal, que no hubiera estado oculto mucho tiempo, exponiéndolos á ambos á las iras de un marido celoso y vengativo, á quien deseaba abandonar; cuando los designios de ella consistían en escapar á tierra de cristianos, donde podrían casarse, tornando al gremio de la Iglesia en que había sido bautizada; y esto, en verdad, le parecía punto menos que imposible sin la clara ayuda del cielo.

»Era necesario ante todo encontrar un modo de que su marido se alejase por algún tiempo, para poder concertar con Aranda el medio más fácil de pasarse á España, y como la mujer cuando la aqueja un deseo es más astuta y atrevida que el hombre para ponerlo en obra, ésta supo valerse del amor que su marido la profesaba, con una destreza tal, que aquél no concibió sospecha alguna.

.

III

Desde el punto en que suspendo la traducción, solamente se ocupa el *Prefacio* en narrar, de una manera difusa por extremo, cómo la morisca hizo que su marido volviera al mar con sus bajeles á buscar nuevas presas y á servir á Mahoma, que preceptúa el exterminio de los enemigos de su creencia, dejando en su casa á Aranda; cómo éste, solicitado por su señora, creyó que el medio mejor para lograr sus intentos era escribir al obispo de Ceuta, y cómo con la ayuda del prelado, que les envió una barca á la entrada de la ría de Tetuán, salieron una noche y se embarcaron tomando rumbo hacia Barcelona, á donde llegaron después de algunas peripecias, y reconciliados con la Iglesia se unieron en matrimonio. Aunque muy de lejos, toda esta intriga recuerda la historia del cautivo y de Zorayda.

Dos veces únicamente se habla del *Quijote* y de su continuación. «Una mañana (seguiré traduciendo literalmente), habiendo separado á toda la servidumbre que no era de su confianza, la morisca fué á buscar á Aranda al mismo pabellón en que otra vez le había encontrado leyendo la historia impresa de Don Quijote, y le dijo: ¿Qué leías, Aranda? Éste sin darla respuesta le entregó el libro, y ella al ver el título, exclamó: ¡Ah, es la historia de un loco á quien yo amo con delirio! nunca me canso de leer un manuscrito que es, al parecer, continuación de este

libro, y que encontré en un baúl arrinconado que procede de Benenjeli, según me dijeron, el cual, por todas las trazas, jamás se ha dado á la estampa. Prestadme este libro, y yo os prestaré en cambio mi manuscrito. Consintió Aranda, la señora fué á buscar su manuscrito, y habiéndolos cotejado vieron que continuaba la vida de Don Quijote después de su regreso de Barcelona; con lo que Aranda pensó que no había muerto Don Quijote.»

Esta escena, como el lector habrá comprendido, pasa á poco de haberse hecho á la mar el amo de Aranda con sus galeras; después no vuelve á tratarse del libro hasta el fin del Prefacio que termina de esta manera:

«Reconciliada la mora con la Iglesia, se casó algunos días después con Aranda á quien la esclavitud proporcionó la felicidad de poseer una consorte amable y bella, con riquezas bastantes para vivir en la abundancia. El mismo Aranda es el que, conservando el manuscrito y los demás papeles de Benenjeli, ha escrito este Prefacio á la continuación de la historia de Don Quijote, para facilitar su inteligencia.»

IV

Ya en camino franco el continuador, comienza diciendo que Don Quijote se restableció de su enfermedad y perseverante en su designio de dedicarse al ejercicio pastoril en compañía de su fiel escudero

Sancho, trató con el ama y la sobrina la compra del ganado necesario. Pocos sucesos ocurrieron en el tiempo que duró la campestre ocupación, hasta tanto que llega á la aldea un correo enviado por el Rey de España, para llevar á la corte á Don Quijote de la Mancha. Ni padres misioneros bastan á convencer al caballero de que puede faltar á la palabra empeñada con su vencedor; se niega resueltamente á salir de la aldea á pesar de los argumentos del Cura y del Bachiller para demostrar que el rey podía desligarle de sus juramentos, y no queda otro recurso que hacer quesalga de nuevo á la escena el Caballero de la Blanca Luna, á quien Don Quijote encuentra recostado en un repecho y asaz pensativo, y le dé su permiso para ir á la corte y á recoger la herencia de cierto pariente que había muerto en Sanlúcar de Barrameda.

En el viaje á Madrid tropiezan con unas mujeres que reñían y queriendo Sancho ponerlas en paz, le repelan las barbas. Encuentran luego una carreta atascada en el lodo, cargada con grandes toneles de vino; pasan el caballero y el correo; mas Sancho juzgó oportuna la ocasión para echar un trago, buscó la espita ó canilla y vertiendo el vino en su sombrero comenzó á embasarlo en el estómago; sobrevienen los carreteros y azotan á cuero liso al pobre Sancho que corre mohino á alcanzar á su señor. Prosiguiendo el viaje, y después que Don Quijote acomete á unos leñadores que derriban un árbol, hacen noche en cierta hostería donde encuentran agradable aco-

gida de Basilio y Quiteria convertidos en hosteleros por obra y gracia del continuador.

Llegados á Madrid sostiene el bravo manchego desigual batalla con los chicos y mujeres que acudieron á su paso gritando: «¡Este es el loco que el Rey ha enviado á llamar para distraerse!» Y lleno de cólera, desilusionado por tal acogida, se salva por piés y se oculta entre unas malezas fuera del muro de la villa resuelto á regresar á su casa. Envía el Rey en su busca cinco caballeros para desagraviarle y le conducen á la real presencia. Sin pizca de turbación el caballero propone al Rey los medios de librar á España de una nueva invasión, que se le dijo proyectaban los moros; le aconseja reunir á todos los caballeros andantes, y acepta el encargo de vencer á un descomunal gigante, que el Rey le dijo se ocultaba cerca del Escorial en montes inaccesibles, y le impedía gozar de aquel sitio real.

Don Quijote triunfa del gigante, coloso de cartón manejado por algunos servidores del Rey; vuelve á la corte donde el Monarca le prepara un encuentro nocturno, en los jardines del Prado, con el Caballero de los Espejos, ya olvidado de Casildea y enamorado y correspondido por Dulcinea del Toboso. Luego le confía el Rey la empresa de rescatar cierto tesoro oculto en un castillo habitado por espíritus, y Don Quijote, que la acepta, se va á los franciscanos y busca un confesor á quien pedir la absolución antes de ponerse en aquel peligro. Comulga también, á pesar de su locura, y se esfuerza por llevar consigo al

franciscano para combatir con armas espirituales y temporales á los diablos que custodiaban el tesoro.

El castillo, era una casa de recreo inmediata al Retiro, desde la cual se descubría todo Madrid. Allí se presenta por el autor uno de esos cuentos de fantasmas fingidos con que las nodrizas entretienen á los chicuelos en las noches de invierno. Pelea Don Quijote, encuentra el tesoro y lo conduce ante el Rey, y éste gratificando á Sancho con verdaderos escudos de oro, y prometiendo á su señor dar las órdenes oportunas para que se reúnan todos los caballeros andantes y vayan á contener las demasías del Turco, los despide á ambos para que vayan á Sanlúcar á tomar posesión de la herencia.

V

Para muestra me parece bastante este ligero extracto de todo lo que contiene el tomo primero de la continuación. Tal vez habrá imaginado el lector que hemos ido buscando el lado vulnerable para lanzar el dardo de la sátira contra el autor francés, pero nada menos que eso; por el contrario, le hemos dispensado de muchos detalles ridículos, tales como el de una fingida Dulcinea que se casa en las barbas de Don Quijote, el de ver á éste paseando en los jardines, ataviado con un traje nada menos que de los que usaba el Rey de España, y otros de igual naturaleza donde se dibuja la inventiva del autor; imposible es

seguirle en los cinco mortales volúmenes que añadió á la obra de *Cervantes*.

Después de traer asendereado y molido al caballero en aventuras tan parecidas á las que ideó nuestro inmortal soldado, como las que dejamos reseñadas, lo lleva á morir á su aldea, y para colmo del dislate, presenta su testamento *ológrafo*, escrito con el mismo tino que lo demás de la obra.

Para terminar, incluyo el índice de los capítulos de la *Historia de Sancho Panza*:

- CAPÍTULO I.—Que contiene muchas cosas indispensables para la inteligencia de esta obra.
- II.—Conversación de Sancho con su mujer.—Otra con Tomé Cecial.—Partida para Blandanda y aventuras que le sucedieron en el camino.
- III.—Hallazgo que tuvo Sancho.—Lo que le sucedió al salir de aquel sitio y su llegada á Blandanda.
- IV.—Conversación del Conde y Sancho sobre algunos puntos de cortesía y buena crianza.
- V.—Conversación del Conde con su mujer á propósito de Sancho: razonamiento de éste sobre su hallazgo, y lo que se encontró en los calzones.—Juicio de Sancho en una competencia.
- VI.—Varias sentencias de Sancho.
- VII.—Historia de Waldrade y del llamado Caba-

llero de la Fuente, que en su tierra se nombraba Pedro Labrador.

VIII.—Continuación del precedente.

IX.—Industria de Sancho para disimular una impertinencia.—Continuación de los juicios.

X.—Historia de los amores de Sancho y de Teresa Gutiérrez, su mujer.

XI.—Continuación.

XII.—Cuenta Sancho su fingido cautiverio, y aventuras de su invención á este propósito.

XIII.—Medios empleados para obligar á Sancho á renunciar su cargo.

XIV.—Fúgase Sancho de la casa de su yerno, y se extravía por dos veces en el bosque.—Encuentra á un carbonero con quien pasa la noche.

XV.—Relación que hace Sancho de su aventura.—Toma motivo de ella el carbonero para referir su vida.

XVI.—Encuentro de Sancho con unos salteadores y con unos arqueros.—Historia de Clemencia y de Carlos.

XVII.—Continuación de la historia de Clemencia y Carlos.

XVIII.—Agudezas de Sancho sobre sus pasadas aventuras.—Fin de la historia de Clemencia y de Carlos.—Llegada al Toboso.

VI

El juicio crítico de esta continuación de las aventuras del ingenioso hidalgo es fácil de formular; bien es verdad que el lector al llegar á este punto lo tendrá ya muy hecho con los datos que dejamos consignados.

Mezcla de interminables sucesos que nada tienen que ver unos con otros, la novela francesa, si á veces logra entretener, es por lo general cansada y pueril. No ha podido conseguir el autor dar á Don Quijote y á Sancho el sello especial, el carácter, el colorido que siempre tuvieron bajo la pluma de *Cervantes*; y este escollo, que ninguno de cuantos escritores han presentado aquellos célebres personajes sea en el teatro, sea en la novela, ha logrado superar, es la causa del poco interés que inspiran y de la monotonía que resulta en todos sus pasos, cuando no los guía el ingenio privilegiado que los concibió y les dió vida imperecedera.

Todo es amanerado, todo es falta de verdad, falta de filosofía en esta continuación: así es que cuando más interés despierta en los lectores, cuando mayor es el agrado de su enredo, no se debe esto á la feliz pintura de los caracteres, ni á la profundidad de la lección moral ó social que entraña la aventura, ni aun siquiera á la acertada descripción de la naturaleza ó de la época en que se supone la acción, sino solo y exclusivamente á que la narración está hecha con más ó menos lozanía y facilidad.

Un amigo muy docto, cuya pérdida llorarán las ciencias y las letras por mucho tiempo, al devolvernos el *Juicio analítico del Quijote*, por D. Ramón Antequera, pocos días después de su publicación, formuló su censura en dos palabras, diciendo: «Este libro tiene de *analítico* muy poco, de *juicio* nada.» En iguales términos podemos sintetizar la crítica de la continuación objeto de este trabajo. *Muy poco recuerda á Don Quijote y á Sancho, nada á CERVANTES.*





ENSAYO DE UN NUEVO COMENTARIO
AL
INGENIOSO HIDALGO
Don Quijote de la Mancha

AL SR. D. JOSÉ M.^a DE TORRES,
dignísimo cronista de la ciudad de Valencia



HEBO un gran beneficio á las cartas que usted, mi bondadoso amigo, ha dirigido *A los cervantistas Españoles* (1). Ellas vinieron á demostrarme una vez más que no hay asunto agotado cuando se sabe tratar con ingenio, y que el venero cervantino es tan rico, tan copioso, tan exuberante, que siempre se encuentra algo nuevo que saborear cuando á su estudio nos consagramos.

Al repasar las referidas cartas, tan galana y gra-

(1) Se imprimieron en la *Revista de Valencia*, tomo I, págs. 5, 48, 94 y 585.

ciosamente escritas, con sus recónditas noticias y atinadas observaciones, se me desvaneció por completo un escrúpulo que en mi cabeza iba tomando asiento, al leer una y otra vez que los cervantistas manoseamos demasiado las obras de nuestro autor predilecto, que vemos visiones en ellas, y solamente de *Cervantes* sabemos hablar, sin poder decir nada que ya no esté dicho y repetido.

No: las cartas de V. patentizan á vista de todos que hay mucho en la vida y en las obras del celebrado escritor que no se ha dicho todavía, y que al escribirlo de la manera que V. sabe hacerlo, produce á un tiempo mismo deleite y utilidad á los lectores, enriqueciendo á la vez nuestra historia literaria con datos y noticias peregrinas. Animado por tal ejemplo, quisiera poder enviar á V. desde luego el tanto tiempo hace ofrecido trabajo comparativo sobre los *Novísimos biógrafos de Cervantes*; pero esta labor crítica es prolija, detenida por su misma índole; y como las buenas acciones no deben dejarse para luego, y yo debo á V. por mil conceptos gratitud, no quiero esperar, y le dirijo como de vanguardia *Algunas Notas* de las muchas que tengo reunidas para un nuevo comentario del *Quijote*, cuyo proyecto de Prólogo vió la luz en el número XVI del excelente periódico titulado *La Academia*, que en el año 1877 se publicó en Barcelona.

La noticia del motivo de este *Comentario*, y de la edición á que debía acompañar, ilustrada por Maria-

no Fortuny, es bastante curiosa y tal vez algún día me decida á relatarla á usted para que haga de ella el uso que más le agrade, como puede hacerlo de la presente y de las adjuntas *Notas*; en la buena inteligencia de que el destino que V. quiera darles será siempre el mejor en el concepto de su amigo y apasionado

J. M.^a A.

NOTAS PARA LA PREPARACIÓN
DE UN NUEVO
COMENTARIO DEL QUIJOTE

I

EL INGENIOSO...

No se asusten los entusiastas. Dé cada cual al fenómeno el nombre que mejor le cuadre. Es lo cierto que rigores de una crítica descontentadiza, voltaria y más amiga de hacer ruido y ostentar novedades que de tener razón, por una parte, y por otra cavilaciones de comentadores que no comentan, sino sueñan, han acumulado cargos contra *El Ingenioso hidalgo* desde el título mismo de la obra, censurando su propiedad y corrección.

Y es por demás extraño que ocupándose de *Cervantes*, del escritor más fácil, más gráfico entre cuantos han manejado la lengua castellana, se quiera comenzar por eruditos críticos y filosóficos comentaradores, poniendo tacha y dando explicaciones al primer renglón que trazó su pluma en la mejor de sus obras.

Debe ser siempre el título de un libro la síntesis de su contenido, el indicador, á lo menos, de la substancia que encierra; algo que manifieste la índole del asunto que se trata; y éralo siempre sin falta alguna entre los escritores de nuestro siglo de oro, de tal manera, que antes de abrir la primera página, ya comprende el lector la clase de obra que va á servir de pasto á su entendimiento, de solaz á su imaginación, de guía para su conciencia ó dulce consuelo á sus penalidades.—*Cervantes* no podía separarse de aquella costumbre; era el rey de la prosa castellana, cuyo cetro conserva todavía, y no puede tener cabal su razón quien sea osado á acusarle de que no acertó á dar título apropiado á su libro, y colocó un ripio, ó una palabra impropia, ó un adjetivo incongruente para calificar á su hidalgo adalid de imaginarias Dulcineas, desfacedor de soñados entuertos. ¡Medrado andaría el escritor ilustre, si tales críticos y comentaradores tales tuvieran fundamento para sus cavilosasidades!

El erudito D. Diego Clemencín, después de ver con harta claridad que el calificativo de *Ingenioso* no puede dirigirse al autor de la obra ni á la obra misma, asienta

dogmáticamente que tampoco puede recaer sobre el hidalgo manchego, cuyo cerebro andaba á pájaros por causa de sus descomulgados libros y de sus negras caballerías; y concluye que el título es *obsuro*, el adjetivo *Ingenioso* es *poco feliz*, y con tan excelente principio entra ya satisfecho en el extenso campo de su erudito comentario.

¡*Obsuro* y *poco feliz* Cervantes! ¿Y esto lo escribe un admirador de su estilo? ¡*Obsuro* el escritor cuya frase es clarísima y tersa en todas ocasiones, y en cuyas manos la copiosa lengua de Castilla era instrumento dócil y flexible para todo linaje de expresiones! ¿*Poco feliz* para adjetivar el sujeto principal de su libro, el ingenio más lozano, más fresco, más rico y sazonado de cuantos han escrito en nuestra patria? ¿Es posible que tales asertos se estampen después de alguna meditación?

En pos del desbarro crítico tropezamos con el delirio del comentador preocupado y lleno de extrañas alucinaciones. Don Nicolás Díaz Benjumea comprende que el académico Clemencín no haya entendido el adjetivo *Ingenioso*, aplicado á un pobre lunático, á un ser privado de razón; pero es porque el crítico, á pesar de su saber notorio, no se había elevado todavía del terreno rastrero y prosaico de los *comentadores de la letra*, no había alcanzado las alturas de los *comentadores del espíritu*, que si á tanto hubiera llegado, claro, fácil y llano le hubiera sido entender y explicar el título del *Quijote* y el adjetivo *Ingenioso*, como lo entiende y explica Benjumea sin trope-

zar en rama. Pero no entendiendo el *espíritu*, el adjetivo es un ripio, un epíteto *poco apropiado*.

Si el libro fuera sátira contra las historias de andantes caballeros, dice Benjumea, «correspondería »mejor el título de *invencible* á quien tantas veces »fué vencido; el de *espantable*, á quien á todos daba »ocasión de risa, ó en suma, el de atrevido, formidable, ó cualquier calificativo análogo, que recayendo sobre un viejo flaco, pusiese desde luego »de manifiesto lo ridículo y burlesco del personaje.»

El adjetivo *Ingenioso*, es, según Benjumea, uno de los datos más importantes en la cuestión de si existe doble sentido en el *Quijote*; está puesto por Cervantes en la primera línea de su libro para llamar la atención de la posteridad sobre el ingenio con que aquél está escrito; para declarar el *sentido oculto* que encierra, para animar á los estudiosos á que escriban *comentarios filosóficos*, á que busquen anagramas, que son el alma del buen Alonso Quijano; es el portero, el cicerone que guarda la clave del secreto, que tiene el don de hacernos entender el jeroglífico. Si no fuera esto, no sería nada más que un *ripió*. Una vez encontrada el alma, quitado el disfraz, se está en posesión del *espíritu que salva*, en contraposición á *la letra que mata*, y se descubre el secreto de la inmensa popularidad del *Quijote*. Este razonar de Benjumea por sí sólo se alaba,

No es menester alaballo.

¡Dios tenga de su mano á los delirantes, que poseídos de la pasión por *Miguel de Cervantes*, llevados del entusiasmo por su obra inmortal, se extraían, ven visiones, y son maniáticos de *Don Quijote*, como éste lo estaba de sus libros de caballerías! Si *Amadís de Gaula* y su innumerable y revesada descendencia trastornaron á muchos el cerebro, haciendo soñar á pacíficos y honrados castellanos con castillos roqueros, batallas y encantamientos, doncellas hermosas, magas, dueñas y descomunales gigantes, ciudades de cristal, palacios de oro, pajes, enanos y vestiglos, también, á nuestro entender, *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* ha producido casos de alucinación y monomanía cervantina.

Ni el crítico afamado, ni el comentador famoso han comprendido—¡extraño caso!—el título de la obra que despertó su entusiasmo y á la que consagraron sus vigiliás. No es *obscuró* ni *poco feliz* el calificativo de *Ingenioso*; no es necesario acudir á delirios para explicarlo; ni dobles sentidos ni anagramas son precisos para entenderlo. No fué puesto por *Cervantes* como llamador ó muestra en la fachada de su obra; ni puede ser el sentido esotérico, recóndito y misterioso la causa de la popularidad del *Quijote*; porque, ya lo hemos dicho, y á este argumento no le encontramos respuesta, ni se ha dado por nadie hasta ahora: si la causa de la celebridad del *Quijote*, su mérito singularísimo, su importancia, consisten en lo que está escondido, en sus ocultas alusiones, sus anagramas, sus dardos á la Inquisi-

ción muy embozados, y á otras instituciones de aquel tiempo, ¿cómo ha sido tan celebrada la obra, tan leída, tan apreciada y aplaudida en los dos siglos que han pasado desde su primera publicación hasta que se ha descubierto la clave del enigma?

No: el *Quijote* es celebrado, leído y comprendido en todas las naciones por su mérito literario, por la profundidad de su pensamiento, por la altísima filosofía que en todas sus páginas derramó el autor. El título de la obra es feliz, propio y gráfico, pero es porque recae sobre el sujeto, sobre *Don Quijote*, indicando sus cualidades, la nota más saliente de su condición y carácter.

No obstante el extravío de su razón y aún á pesar de su enfermedad misma, el hidalgo Alonso Quijano conservaba la agudeza de su ingenio, lúcido y perspicaz cuando no miraba á través del engañoso prisma de sus negras ilusiones. Viendo los sucesos por el intermedio de éstas, el ingenio era igualmente grande, pero se extraviaba; la equivocación provenía del pathos, de la afección, de la enfermedad; el color de que estaban teñidas las concepciones reflejaba en las consecuencias. El hidalgo seguía siendo *ingenioso*, pero con criterio erróneo; el ingenio corría por la misma desviación que la razón; cuando ésta era perturbada por fantasmas, lo ingenioso era buscar la antítesis, consistía en traer la consecuencia contraria á la verdad, percibir el hecho torcidamente, razonar mal y deducir con mucho y torcido ingenio falsos resultados. *Don Quijote* del vencimiento deducía

el triunfo, de la impotencia la alta importancia de su valer, ligado por fuerzas superiores envidiosas de su gloria; al recibir golpes, al ser objeto de burlas, al sentirse lastimado física y moralmente, su *ingenio* convertía en bienes aquellos males, como antes su perturbada razón había convertido los molinos en gigantes. Volteado por las aspas, era *ingenioso* al discurrir que un enemigo de gran poder había convertido los gigantes en molinos, envidioso de su fama y renombre.

Entre los fenómenos psicológicos tan magistralmente desenvueltos por *Cervantes*, este es el más digno de atención y el más admirable de todos; porque es el fondo del padecimiento, la causa eficiente de los actos del héroe, y el único que explica bien todas las aventuras y desventuras de su historia. Una vez estudiada, comprendida la especie de enfermedad intelectual que *Cervantes* describe, se encuentra clara explicación, y razonable el progreso de todos los sucesos. El hidalgo estaba dotado de lúcido entendimiento y lo mostraba en cuantos casos no le perturbaban sus alucinaciones. Cuando éstas se exacerbaban, cuando el período de enagenación era más grave, los objetos exteriores tomaban para él formas fantásticas, proporciones desmesuradas, colorido falso... y obrando entonces, no como era razonable, sino como veía en su acalorada imaginación, trataba de encantadores á los monjes, de doncellas á las distraídas mozas, miraba las ventas como castillos y como altos caballeros á los comerciantes toledanos...

Sobrevenía el desengaño; quedaba el hidalgo vencido por la realidad, tendido en el suelo del mundo al bajar del cielo de sus ilusiones aporreado y contuso, sin haber hecho el bien que soñaba... pero no lo creía tampoco. La afección cerebral continuaba, y aplicaba su *ingenio* á demostrar que no se había equivocado; que eran en verdad follones malandri-nes los que castigar quería, y que en lugar de haber sufrido una transformación engañosa ante sus ojos; otros envidiosos, enemigos de su gloria, habían hecho el truco; y la verdad era lo que él había visto.

Esto no lo decimos nosotros, no es ilusión de comentador entusiasmado; lo dice el mismo *Cervantes* con tanta claridad que solamente dejará de verla el que quiera cerrar los ojos.

En el capítulo XVIII de la *Parte Primera*, después de haber acometido el hidalgo á los rebaños, viendo que ya los pastores se habían ido, baja Sancho de la loma donde estaba, y le dice:

—¿No le decía yo, Señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

A cuya justísima reconvención, hija del sentido común, y que la experiencia confirmaba en aquel momento, repone con la más cómica gravedad el caballero:—«Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábetelo, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que yo había de alcan-

»zar desta batalla, *ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas*. Si no, haz una cosa, »Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas »ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de »aquí algún poco *vuelven en su ser primero*, y de- »jando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero...»

¿Está bien aplicado el adjetivo *Ingenioso* á un hidalgo de tal condición? ¿Serán necesarias otras explicaciones sobre las que da el autor, para entenderlo clarísimamente? Ni es antitético con la locura de *Don Quijote* el ingenio, ni está de más en el título de la obra, ni es obscuro, ni sirve para llamar la atención sobre alusiones encerradas en la novela. Es miembro necesario de la oración, calificativo oportunísimo y gráfico del sujeto; dice lo que es el protagonista; por eso lo conservó *Cervantes* al frente de la *Segunda Parte*, aunque en ella cambió al *Ingenioso hidalgo* en *Ingenioso caballero*.

II

PRELIMINARES

Por Real cédula fecha en Valladolid á 26 días del mes de Septiembre de 1604, se concedió Privilegio á *Miguel de Cervantes*, para que él ó quien su poder hubiere, y no otra persona alguna, pudiera imprimir en todos los reinos de Castilla, por tiempo de diez

años, un libro que ya había sido examinado por el Consejo, cumpliéndose todas las diligencias exigidas en la premática sobre la impresión de libros.

Cautos y precavidos los Señores, apuntaban que todas las veces que se hubiera de imprimir el dicho libro durante los diez años, hubiera de presentarse al mismo Consejo, juntamente con el original que quedaba rubricado en cada plana y firmado al fin por el Escribano de Cámara, para que se corrigiera, viendo si la impresión estaba conforme con el original: previniendo que las erratas se habían de corregir en impreso, y llevando la escrupulosidad al extremo de mandar al impresor no imprimiera el principio ni el pliego primero, ni entregara más de un solo ejemplar al autor hasta que el libro estuviera corregido y tasado, porque en el primer pliego se habían de contener el privilegio, la aprobación, la tasa y erratas.

El día 1.º de Diciembre, el Licenciado Francisco Murcia de la Llana, da testimonio de lo haber *correcto*, y dice que el libro no tiene cosa digna que no corresponda á su original; por lo cual, el testimonio de erratas, puede llamarse negativo en el lenguaje usual.

Bien pronto se descubre, al hojear el volumen, que el Licenciado corrector pasó muy á la ligera el cotejo, ó tenía muy ancha la manga en materia de erratas, á pesar de tener por oficio el revisarlas, de lo cual ofrecen repetidas pruebas las obras publicadas en el primer tercio del siglo; y esta ligereza da lugar á muchas y detenidas consideraciones.

Como consecuencia de estos documentos, á veinte días del mes de Diciembre del año 1604, el Escribano de Cámara del Rey, Juan Gallo de Andrada, tenía sobre su mesa ochenta y tres pliegos de papel impreso, que los Señores habían tasado á tres y medio maravedís cada uno, y extendía su certificado para que constase en la primera hoja de todos los ejemplares.

Muy lejos estaba, á no dudarlo, el buen Escribano Gallo de Andrada, de calcular la importancia de aquella certificación que acababa de expedir; y ni aun le pasaba por las mientes el valor real de aquellos ochenta y tres pliegos de papel, que tenía delante, impresos por Juan de la Cuesta, á costa de Francisco de Robles, librero del Rey.

Pero es de notar, que á pesar del mandato terminante del Monarca, refrendado por aquel mismo Escribano de Cámara Gallo de Andrada, que tres meses después tasaba el libro, en el primer pliego, donde se incluyeron privilegio, erratas y tasa, no se imprimió la *Aprobación*, sin la cual no debía correr en público el volumen.

No se alcanza la razón de esta falta; pero ella nos priva de conocer la opinión y los nombres de los aprobantes de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*; que este era el título de aquel libro, cuyos ochenta y tres pliegos de papel tasó concienzuda y escrupulosamente el buen Gallo de Andrada en *tres y medio maravedís* cada uno.

Ignoramos qué número de ejemplares estampó el

librero del Rey, pero es lo cierto que se los arrebataron de las manos, y sin su permiso hicieron en Lisboa sendas ediciones Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck; aquél en un tomo en 4.º, semejante al original, aunque hecho á dos columnas; éste en un lindísimo volumen en 8.º, que es hoy uno de los más raros artículos de la bibliografía cervantina. En el mismo año estampó y dió al público una nueva edición el mismo Juan de la Cuesta, habiendo obtenido antes privilegio que asegurase sus derechos en Aragón y Portugal; y ya con su permiso, imprimió por dos veces el libro Pedro Patricio Mey en la ciudad de Valencia.

Habremos de repetir que no se sabe el número de ejemplares que de estas ediciones se estamparon; y mucho más difícil sería el averiguar el número de tomos que se han hecho de las trescientas ediciones de *El Ingenioso hidalgo*, que aproximadamente ese es el número de las publicadas hasta la fecha.

Quisiéramos haber podido ver la cara del buen Escribano Gallo de Andrada, si alguien le hubiera dicho que de aquellos pliegos, tasados por él á tres y medio maravedises, habían de correr por el mundo dos millones y medio de tomos, poco más ó menos, y que había de valer á cuarenta ó cincuenta duros la copia, impresa por Ibarra, Tonson, Gorchs, Hachette ó Didot, con dibujos y grabados de Coypel, de Selma, de Joannot, de Gustavo Doré y Ricardo Balaca. Dios es bueno para mercader, dice ese eterno Sancho de quien copió *Cervantes* su Sancho Panza;

y en esta máxima de filosofía popular, se encierra la solución de muchas cuestiones y el secreto de mil torpezas mundanas.

No repetiremos lo que ya en ocasión parecida á la presente dejamos notado, sobre las causas y méritos que avaloran estas primitivas impresiones y hacen precioso su estudio y conocimiento.

Ciertamente, si Juan Gallo de Andrada hubiera conocido la fortuna reservada al libro que tasaba, se hubiera preguntado: ¿Cuál es el mérito de esta obra, para que así se ocupen de ella todos los pensadores ilustres de todas las naciones cultas? ¿Qué asunto es este que tal popularidad alcanza?

III

ALGO SOBRE LOS PERSONAJES

Un loco y un rústico, anciano aquél, y nada joven éste, caballero el uno sobre el rocín más flaco y extenuado, y sentado el otro en el más pacífico de los jumentos, recorren en amigable compañía el mundo hace más de dos siglos y medio, engolfados en sabrosísimos coloquios. Ni ellos se han cansado, ni cansan jamás á los que con ellos traban conocimiento en su peregrinación.

Antes por el contrario, si en otro tiempo sólo podía saberse su historia leyéndola en el libro donde la dejó escrita su inimitable cronista, hoy compiten buriles y pinceles, mármoles y bronces, para ponerla á vista de todos con mayor claridad, esplendor y magnificencia.

Rodéales tal encanto, tienen tanto atractivo, que hasta han logrado hacer simpáticas é interesantes á aquellas pobres bestias que los llevan. Y cuenta que á cada paso tropiezan y son víctimas de mil desdichas, de infinitas penalidades, hijas de su buen deseo, de sus aspiraciones ilimitadas, y al propio tiempo de su falta de conocimiento de los hombres y de las cosas. Si se equivocan por locura ó por inocencia, nunca queda bien declarado; pero es lo cierto que no ven las cosas como son en sí, que la realidad se les escapa, la malicia se les oculta, y á cada paso, caminando por el sendero del idealismo, dan de cabeza contra las piedras de la vida real, y se desbaratan una ilusión en cada golpe.

Sin embargo, son incorregibles. La bondad y la inocencia están en el fondo de su alma, y salen á la superficie á pesar de todos los descabros. Por eso son siempre simpáticos.

Aspiran á mejorar el mundo, y tienen la suerte de todos los redentores.

La concepción, ya se comprende por estas ligerísimas indicaciones, es grande, más aun, es trascendental, importante, digna del genio. La forma es tan bella como el pensamiento, estéticamente considerada; y bien puede estimarse que en la elevada concepción de *Cervantes* nacieron juntas la esencia y la expresión, el fondo y el colorido.

Porque *Cervantes*, según el inspirado concepto y la feliz expresión de Víctor Hugo, atesora en sí los tres dones superiores. La creación que produce los

tipos y viste de carne y hueso las ideas; la invención que hace chocar las pasiones con los hechos, rompe al hombre contra el destino, y produce el drama; la imaginación, que como sol, da tonos doquiera, y presentando el relieve da la vida.

La galería de figuras del *Quijote*, y generalizando la idea, todas las figuras presentadas por *Cervantes*, tienen animación, vida, realidad; se mueven y agitan con carácter verdadero, parecen individuos de la gran familia que vemos constantemente á nuestro lado, y por eso no es censurable el empeño de muchos admiradores del inmortal escritor, que se obstinan en buscar un origen para cada figura, creyendo que tanta verdad no puede ser producto de la observación más perspicaz, sino que son copias aquellos delicados tipos,... que tipos son en realidad, y no retratos.

La observación verdaderamente reflexiva, esencialmente filosófica, unida á una poderosa inventiva, á una inmensa facultad creadora, es el verdadero original de *Don Quijote* y de Sancho Panza, como de toda la sociedad que les acompaña; por eso dice con notable exactitud D. Diego Clemencín (prólogo, página xxiii), que «halló el molde de su héroe en la naturaleza, hermoçada por su fecunda y feliz imaginación.»

Filósofo y artista el autor de *El Ingenioso hidalgo*, del dato conocido deducía y generalizaba; de lo real se elevaba al ideal. No desnaturaliza, no empequeñece las concepciones, ni amengua su mérito el

conocer el punto de origen, de partida. El genio sale de la tierra, pero su vuelo se pierde en la inmensidad. La marmita hirviendo observada por Papin, es la madre de esas máquinas que hoy recorren el globo con pasmosa velocidad, difundiendo la vida, comunicando las ideas, propagando la civilización.

La observación de *Cervantes* era profunda; su ingenio vivísimo penetraba al fondo de los caracteres. Desde los vicios del individuo, desde las cualidades morales de la clase, abarcaba su mirada la esencia del alma humana... Por eso no sería de extrañar que, sin ser retrato ni caricatura, tuviera original y aun originales la figura de *Don Quijote*.

IV

LA DEDICATORIA

La dedicatoria de la primera parte del *Quijote* presenta un verdadero enigma, que hasta hoy permanece envuelto en misterio, enteramente indescifrable.

Cervantes, que pensaba con tanta novedad, que escribía con tan galana frase y flexible estilo, compuso su epístola dedicatoria al Duque de Béjar, con palabras y conceptos hurtados á *Fernando de Herrera* y al maestro *Francisco de Medina*. La primera página que se lee en *El Ingenioso hidalgo* es un plagio; y como no puede alcanzarse la causa de fenómeno tan raro y singular, debo contentarme, aún á ries-

go de aparecer difuso en estos principios, con dejar consignados los datos, para que todos los lectores puedan juzgar por sí mismos.

Al Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á quien tanto bueno se le debe en la literatura española, somos deudores de este precioso descubrimiento. Respondió inmediatamente D. Nicolás Díaz de Benjumea, y su carta dió motivo á un saladísimo desenfadado de D. Cayetano Alberto de la Barrera, cuyo autógrafo poseo, y al insertarlo gozará el público de esa página inédita de aquel profundo cervantista.

En comunicado dirigido al periódico titulado *Las Noticias*, que se publicaba en Madrid, inserto en el número correspondiente al 24 de Abril de 1864, y después de copiar las dedicatorias de las *Anotaciones* de Fernando de Herrera á las obras de Garcilaso, y del *Ingenioso hidalgo*, y un párrafo del Prólogo del Maestro Francisco de Medina á la primera de aquellas obras, decía Hartzenbusch:

«Es evidente que la dedicatoria del *Quijote* está formada con palabras y cláusulas de la dedicatoria de las obras de Garcilaso, hecha por Fernando de Herrera, y del Prólogo de Medina, publicados quince años antes. Que el autor del *Ingenioso hidalgo* no necesitaba de Herrera, de Medina ni de otro escritor para extender una breve carta de cortesía, no puede dudarse: ¿por qué se valdría, pues, de trabajos ajenos? ¿Habrále condenado los propios algún censor inepto, *no conteniéndose en los límites de su ignorancia*? Nos limitaremos á indicar la especie, sin em-

peño de sostenerla. Quizá la dedicatoria de *Cervantes* al Duque de Béjar fué otra; quizás el Duque la consultó con alguno que pensó de ella mal, creyendo que envolvía alusiones desfavorables á personas de su cariño; y hecho el reparo á *Cervantes*, recurrió él á un arbitrio ingenioso: tomó palabras (de otro autor y otro tiempo) cuya intención y espíritu no pudieran tacharse de sospechosas; dijo así cuanto quiso, y apareció no ser él el que lo decía. Recuérdese que á la escena del eclesiástico y D. Quijote, cuando comió por primera vez en casa del Duque (Parte II, capítulo XXXI), se atribuye origen histórico.»

Respondió á los dos días D. Nicolás Díaz de Benjumea, en los términos que se contienen en la impugnación de la Barrera:

«NOTA

al artículo del Sr. D. J. E. Hartzzenbusch sobre la Dedicatoria de la parte I.^a del Quijote, i observaciones al que publicó en contestación D. Nicolás Díaz de Benjumea, por D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Por lo que á mí toca, francamente diré, que sorprendido de la observación del Sr. Hartzzenbusch (adviértase que tengo manejado repetidamente el tal *Garzi-Laso* comentado por *Herrera*, i nunca he fijado la atención en su Dedicatoria), no azierto á explicar de manera alguna el fin que pudo llevar *Zerovantes* en plágio tan evidente, i que tan conocido debió ser entonzes, pues que tan sólo habían transcurrido

25 años desde la publicazi3n del *Garxi-Laso* anotado; obra que haba merecido la mayor estimazi3n de los eruditos.

El Sr. *Hartzenbusch* le esplica privadamente, i con su feliz ingenio, conjeturando que acaso dirigi3 *Zervantes* otra primitiva i diversa dedicatoria a su mal agradecido Mezenas (M. S. se sobrentiende) i que observandola mal recibida, tal vez por su tendencia i esp3ritu, la sustituy3 con la impresa, que no pod3a ser tachada bajo ning3n concepto, dado que emanaba de un famoso i respetado escritor, i hab3a sido admitida por el Marqu3s de Ayamonte i publicada sin el menor obst3culo.

Como granizo en albarda salt3 al d3a siguiente, i en el mismo peri3dico *Las Noticias*, el per3inclito *Benjumea*, Pr3nzipe de los Zervantistas, i flor i nata de los comentadores. Por de contado este se3or, para contestar 3 corresponder a la eszitazi3n del encubierto articulista, no ha nezesitado m3s que acudir a sus magnos *Comentarios* filos3ficos, en elaborazi3n 3 elaborados; espezie de *quijotesco man3*, que sabe a todo i lo sabe todo en cuanto a *Zervantes* i a su obra inmortal atañe 3 pertenece.

All3 est3, pues, consignada esa observazi3n, vieja ya i pasada en cuenta para el Sr. *Benjumea*.

*El que no lo crea,
Que vaya i lo vea.*

El Sr. *Arrazola* por lo m3nos, debe haberlo cre3do como art3culo de fe.

Oigamos la inapelable, cuanto infalible, dezisión del comentador por eszelenzia.

.
Partiendo del principio de que nada huelga en el Quijote, según expresión del más anti-espiritual de sus críticos, la dedicatoria debía forzosamente contribuir en su línea al complemento de su plan.

Para comprender esto, es necesario despojarse de las preocupaciones de la tradición propagada por Rios, acerca de la lectura del Quijote en casa del Duque de Béjar. Es imposible que el auditorio de este ignorantísimo magnate, compuesto de aduladores, de hombres que eran el reverso de la medalla de Cervantes, aplaudiese su obra. Al contrario, y de aquí provino el colocarse Cervantes, con respecto al Duque de Béjar, en la situación del célebre Johnson con respecto al noble Chesterfield. Cervantes estaba por una parte comprometido, y por otra desahuciado en su negocio de elección de Mecenas, y por esto le sugirió su ingenio la idea de hacer de la dedicatoria una sátira disimulada, en el solo hecho de escoger por materia la muy trabajada del vulgo, la común entre los escritores de aquella desdichada época, en que poco importaba la bondad de un libro si no se amparaba bajo el manto de un poderoso, como si fuese delincuente en busca de asilo; y por forma la del admirable y sabio Herrera, en un libro que había sido de muy diverso modo aceptado por el Marqués de Ayamonte. El modo de comenzar, «En fe del acogimiento...» muestra ya lo delicado de su ironía, consi-

guiendo con la redacción de su dedicatoria, no desespearar del todo del buen suceso, cumplir su compromiso con el Duque, satirizar la costumbre de los escritores, evitarse el buscar frases de adulación y poner en su caso de manifiesto la diferencia que había entre un Mecenas ilustrado y un estulto; pues las mismas palabras que alcanzaron protección y acogida en el uno, alcanzaron desprecio é indiferencia en el otro. La copia, pues, hecha por Cervantes en la dedicatoria de un libro que mereció favor y que corría en manos de todos, era la sátira más fina y punzante, la única que pudiera usar en la situación en que la conducta del ignorante Duque le había colocado, pues no hay sátira más amarga que la de elogiar en un hombre las cualidades y méritos de que carece.

Diffizilmente pudieran amontonar-se mas dislates en el reduzido pasaje que acabamos de trasladar: ni sería mui fázil el discurrir, para explicación del hecho que nos ocupa, suposiciones más gratuitas, absurdas i groseras.—Preszindamos del mayor ó menor asenso que deba dar-se á la que refirió D. Vizente de los Rios como tradición azerca de la lectura del Quijote en casa del Duque de Béjar. Pero ¿con qué derecho, ni qué asomo siquiera de fundamento califica el Sr. Benjumea de *ignorante, ignorantísimo i estulto* al expresado magnate? ¿Quién le ha dado lista de las personas que componían lo que él llama *el auditorio* del mismo Duque? ¿Por dónde sabe que eran *aduladores*, ni si eran el anverso ó el reverso de la medalla del autor del Quijote?

Por de pronto, i sin fatigar-se mucho, tres, ó mas bien cuatro hechos pueden arrojár-se-le á la cara que desmientan la gratuita calificación que hace del Duque.

En Valladolid, á 20 de Setiembre de 1603, había dedicado al mismo prózer el insigne antequerano *Pedro de Espinosa* su colección antológica denominada *Flores de Poetas ilustres*, que se imprimió en dicha ciudad, año de 1605. Además de la Dedicatoria, lleva este tal libro á su prinzipio un eszelente *Soneto* del Contador *Juan López del Valle* (Poeta zelebrado por *Zervantes* en el *Viaje del Parnaso*), «*A la grandeza del Duque de Béjar*,» composición que empieza:

«Recebid blandamente ¡oh luz de España!
Las *Flores* de las Musas mas perfectas;»

i acaba:

«Vos rama al fin de magestades francas,
Debéis en honra de tan doctas frentes
Hacer sombra, *si sombra hay en luz tanta*.

Cristóbal de Mesa, el fecundo i distinguido Poeta (que por zierto no se mostró adulator con el *Conde de Lemos*, ni con algunos grandes ingenios, incluso *Lope de Vega*) mereció espezial favor i señalada protección del Duque de Béjar, á quien acompañó por algún tiempo en su palazio de la villa del mismo nombre, donde con elegante pluma escribió, en elo-

gio del ilustrado magnate i de su esposa, varias composiciones poéticas. De ellas escogió i dió á la estampa en su colección titulada: *Las Eclogas y Georgicas de Virgilio, y Rimas, y el Pompeyo, tragedia* (Madrid: 1618) siete sonetos, en uno de los cuales llama al Duque «su Apolo.»

Dió el de Béjar una prueba incontestable del aprecio que le merezian los hombres de feliz ingenio i buenos estudios literarios, eligiendo para su secretario al escribano *Miguel Moreno*, autor de las Novelas: *El curioso Amante* i *La desdicha en la constancia*; del *Diálogo en defensa de damas*; de las *Flores de España* (colección de *Epigramas*, impresa en Roma: 1635), i de otras varias obras; justador alabado por *Lope* en el certamen de la Beatificación de San Isidro, año de 1620; i que por su erudición y facundia fué nombrado para acompañar al obispo de Córdoba i á Don Juan de Chumazero en la comisión que llevaron á Roma, donde falleció á la edad de 45 años, en el de 1635 (1).

Que «*Cervantes* estaba por una parte comprometido y por otra desahuciado en su negocio de elección de Mecenas.»—¿Quién ha revelado esto al Sr. Díaz de Benjumea? ¿Habla por ventura con los espíritus, como allá Mr. Rose? No es de extrañar que le hayan tomado querenzia, siendo, como lo es, en efecto, el más *espiritual* de los comentadores del *Quijote*.

(1) Yazen sus restos mortales en la iglesia de Santiago de los Españoles, de Roma. Fué natural de Villacastín.

Y ¿qué diremos de aquello de «lo delicado de la ironía,» i de lo otro de «no desesperar del todo del buen suceso, cumplir su compromiso... etc., etc., i de lo de más allá, i de lo que vendrá luego, si Dios no tiene de su mano á ese paradojista i palabrero eterno?—Que el Señor nos dé paziencia, i nos lo tome en cuenta.»

.....

Hasta aquí la cuestión en el estado en que la dejaron Hartzenbusch, Benjumea y la Barrera en el año 1865. En todo el tiempo transcurrido hasta el día de hoy, no ha dado un solo paso ó á lo menos no ha llegado á nuestra noticia dato alguno sobre extremo tan importante como curioso. El plagio está patente; pero la explicación no se encuentra, ni tal vez podrá darse ninguna que sea satisfactoria.

Misterio hay en la *Dedicatoria* de la primera parte del *Ingenioso hidalgo*. Su lectura detenida infunde verdaderamente sospechas, porque sus miembros no están perfectamente relacionados, sus conceptos no se corresponden con la claridad y severa lógica á que nos acostumbra *Cervantes*. Las frases copiadas de otros autores por escritor tan original, y que se envanecía de *inventar* con gran rareza, aumentan las dudas; pero casi estamos inclinados á preguntar si entraña gravedad verdadera ese logogrifo, ó no significa más que un capricho, una burla, ó quizá un deseo de terminar con facilidad una cuestión enojosa, accediendo á exigencias de una clase descontentadiza y suspicaz.

El enigma está propuesto, planteado el problema.
¿Tendrá alguna vez solución acertada?...

Pensando repetidamente en tan curioso enigma cayó en mis manos una ligera poesía que se ocupaba del asunto, y al leerla he llegado á sospechar que tal vez el poeta, vate y vidente ha encontrado la solución que en vano buscaron los pensadores, dando su verdadero carácter á esas frases que el gran *Cervantes* recogió de otros escritores, quizá con el intento de disimular y velar á los ojos del Duque de Béjar el papel que le reservaba en su *Ingenioso hidalgo*.

Sea de esto lo que se quiera, y en libertad quedan los lectores para aceptar ó negar, merecen ser conocidas las ligeras *quintillas* de D. Timoteo de Palacio:

El generoso Miguel,
El más bizarro español
Que pudo admirar Argei
Cuando fué por el infiel
Cautivo en el barco Sol,
Quiso un libro publicar,
Mas ni un escudo tenía
Con que á la prensa pagar
Ese libro singular
Honra de la patria mía.

Y para que se admirara
El prodigio de su mente,
Rogó con paciencia rara
A un título que estampara
Su nombre ilustre á su frente.

Hízolo en fuerza de ruego,
Y hoy es su timbre mayor.
¡Bien haya el egregio lego
Que dió pábulo á ese fuego
De gloria deslumbrador!

Cervantes para pagar
Su deuda con hidalguía,
Sin poderlo remediar
Quiso erigirle un altar...
Y le hizo una portería.

Esto no lo digo yo,
Puesto que es cosa probada
Que el Grande que le auxilió
Cuando su libro imprimió
No pasó de la portada.

Y aunque se alzó en el pavés
Con hecho tan honradote,
De Cervantes á los piés
Un Duque de Béjar es
Portero de su Quijote.





Sobre la Española Inglesa



s notable por demás el recuerdo que se hace al final de la *novela* que escribió Cervantes con el título de *La Española Inglesa*, del arzobispo de Sevilla, que lo era en aquella sazón (1606) D. Fernando Niño de Guevara, pues había tomado posesión en 18 de Junio de 1601 y falleció en 1609; y me mueve á hacerlo notar, el ver que no se han fijado en esta circunstancia ninguno de los literatos célebres que hasta hoy se han ocupado de las *Novelas ejemplares*.

En grave error incurrió D. Juan Antonio Pellicer suponiendo el desenlace de esta *novela* en 1611; error al cual fué inducido por una frase de la misma, que indudablemente está fuera de su lugar, pero que él aumentó, computando mal el tiempo. La demostra-

ción al canto El padre de *Isabela*, al ser apresado su buque por Ricaredo, dice á éste: «Sabrás, señor, que »en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince »años, perdí una hija que los ingleses debieron de »llevar á Inglaterra.» El saqueo de Cádiz tuvo lugar en el verano de 1596, dice Pellicer, luego la *novela* termina en 1611; sin advertir que después de llevados á Londres los padres de *Isabela*, en su vuelta á Sevilla y demás accidentes de la narración, pasan dos años y medio, con lo cual la obra concluiría en fines de 1613 ó principios de 1614, es decir, mucho tiempo después de haberla terminado su autor; siendo sabido que *Cervantes* tenía presentadas *las Novelas* á la aprobación á mediados de 1612.

Examinemos *La Española Inglesa*, y por su texto veremos que el desenlace tiene lugar en 1606, cuando era Arzobispo el nombrado Don Fernando Niño de Guevara, muy aficionado á lecturas amenas, y cuando *Cervantes* estuvo por algún tiempo en Sevilla y quizá escribió la obra entera, sobre algún suceso reciente; y veremos también cómo y dónde debe leerse la frase «*que sucedió habrá quince años,*» causadora del error de Pellicer.

En 1.º de Julio de 1596 se presentó en la bahía de Cádiz la escuadra inglesa mandada por Lord Howard y por el conde de Essex, combatió y venció á treinta buques españoles que en ella estaban, y penetrando las tropas en la ciudad la saquearon por espacio de veinticuatro días, haciéndose de nuevo á la vela con inmenso botín á principios de Agosto.

Siete años contaba de edad *Isabela* cuando fué robada por Clotaldo.

Catorce había cumplido cuando Ricaredo iba á casarse con ella á los cuatro días. Era, pues, en Agosto de 1603, y habían transcurrido siete después del saco de Cádiz.

Dos días después salió Ricaredo de Londres; navegó seis días, corrieron las naves un gran levante, tropezaron y aprehendieron las naves turquesas y volvieron á Londres llevando á los padres de *Isabela*. El viaje, dice *Cervantes*, duró treinta días.

Es por lo tanto imposible de todo punto la frase, de que hacía quince años de la pérdida de Cádiz. Esa próximamente era entonces la edad de *Isabela*; y creo que el concepto quedaría llano y exacto poniéndolo en boca del padre en la forma siguiente: «Sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, perdí una »hija, *que tendrá ahora quince años*, y que los ingleses debieron de llevar á Inglaterra.» El inciso, *que tendrá ahora quince años*, enmendado, tal vez enterrrenglonado por el autor, y colocado fuera de su lugar por algún copiante ó cajista, haría faltar el sentido y para restablecerlo se convirtió por el impresor en *que sucedió habrá quince años*, produciendo un error grave en las fechas.

Esta conjetura adquiere mayor fuerza si se considera que escritas las palabras *aora* y *avrá* en esta forma, que es como *Cervantes* las escribiría, pueden confundirse facilísimamente.

Pero prosigamos la cronología de la obra hasta

su fin. Después de la llegada de Ricaredo á Londres, en los preparativos para el matrimonio, sus dilaciones, el tósigo que dieron á *Isabela* y tiempo que duraron sus efectos, transcurren dos meses y medio. Llega la acción á fines de 1603.

Despedidas, diligencias para la remesa del dinero á Sevilla y viaje hasta esta ciudad, un mes. A los dos años justos de la llegada de *Isabela* á Sevilla, iba á tomar el velo, cuando lo impidió Ricaredo, turbando la ceremonia.

Era, por tanto, el desenlace de la *novela* en Marzo de 1606, teniendo la heroína diez y siete años.

Es de notar que en este año, acaso por el invierno, vino á Sevilla *Miguel de Cervantes*, después de haber publicado la primera parte de la historia del *Ingenioso hidalgo*, sin que sepamos con qué objeto, aunque quizá le traería alguna de las agencias de que se ocupaba en Valladolid en aquella época de su vida. Entonces escribió dos cartas á D. Diego de Astudillo Carrillo, describiendo los viajes de recreo que se hicieron por una sociedad á S. Juan de Aznalfarache, según opina el Sr. D. Aureliano Fernández Guerra, y yo estimo que también pudo escribir la *novela* que nos ocupa, destinada tal vez, desde luego, á la colección que el Racionero Francisco Porras de la Cámara formaba para esparcimiento del Arzobispo D. Fernando Niño de Guevara. Nació en mí esta sospecha al leer el final de la *novela*.

Dice *Cervantes* que en la toma del velo de *Isabela* se hallaron el Asistente, el Provisor y el Vicario

del Arzobispo. Llegó Ricaredo, dió voces para detener la ceremonia, habló de sus pasados sucesos... «Todas estas razones oyeron los circunstantes y el »Asistente y el Vicario y el Provisor del Arzobispo, y »quisieron que luego se les dijese qué historia era »aquélla.».... «Finalmente, la gente más principal »con el Asistente y *aquellos dos señores eclesiásticos*, »volvieron á acompañar á *Isabela* á su casa.» Oyeron todos la historia de Ricaredo, le abrazaron y se le ofrecieron con muy corteses razones;... «lo mismo »hicieron los *dos señores eclesiásticos*, y *rogaron á »Isabela pusiese toda aquella historia por escrito, »para que la leyese su señor el Arzobispo*, y ella lo »prometió.»

¿Leyendo este final, no se recuerda involuntariamente al Licenciado Porras de la Cámara y su *Miscelánea*, escrita para la lectura del Arzobispo y en la cual entraron varias obras de *Cervantes*? Lanzados al terreno de las conjeturas, aun podría sospecharse que *se le rogó* para que escribiese esta *novela*.

Pero aun queda otro punto más obscuro é intrincado. ¿Esta *novela* de la *La Española Inglesa*, tiene por base algún suceso verdadero? ¿Se referirá este hecho, caso de serlo, á la vida de *Miguel de Cervantes*? Yo no me atreveré á decir por hoy nada acerca de esto. Solamente haré notar las analogías que se encuentran entre los sucesos de la *novela* y otros de la existencia de su autor.

La hija natural de *Cervantes* se llamaba *Isabel*.

La heroína de *La Española Inglesa*, *Isabela*.

Esta vino á Sevilla desde Inglaterra.

La D.^a Isabel y su madre vinieron probablemente de Portugal.

Ricaredo estuvo cautivo. *Cervantes* también.

La casa de *Isabela* era frontero de Santa Paula.

Cervantes vivió á la entrada de esta calle, y en el *Diccionario geográfico-histórico-estadístico de España por D. Pascual Madoz*, tomo 14, pág. 317, se estampa la siguiente noticia:

«La mencionada torre de esta iglesia (San Marcos) encierra grandes y dulces recuerdos para los amantes de nuestra literatura, pues á ella subía muy á menudo *Miguel de Cervantes Saavedra*, cuando vivió en Sevilla en la humilde condición de soldado, con objeto de ver la cercana casa de *Isabela*, donde moraba la mujer que más amó.»

Leves, casi insignificantes son las analogías apuntadas, y, sin embargo, creo no las despreciarán los estudiosos que saben el cuidado con que deben leerse y desentrañarse los asuntos de las *Novelas ejemplares*, cuando el mismo autor dice de ellas al terminar el Prólogo: «Sólo esto quiero que consideres, que pues yo he tenido osadía de dirigir estas *novelas* al gran Conde de Lemos, *algún misterio tienen escondido* que las levanta.»

Al buscar, pues, en ellas ese *misterio*, no hacemos más que seguir el pensamiento de nuestro gran *Cervantes*.





DESAVENENCIAS

ENTRE

MIGUEL DE CERVANTES Y LOPE DE VEGA

(Algunos datos nuevos para apreciarlas)



A rivalidad que hubo entre los dos grandes ingenios, que llegó hasta el punto de producir entre ellos cierto disgusto, no creemos pueda hoy ponerse en duda. La comprueba una preciosa carta de *Lope*, dirigida á cierto médico cuyo nombre no consta, con fecha 14 de Agosto de 1604, de que luego nos ocuparemos, y la confirman otros sucesos que entonces tuvieron lugar, y muy señaladamente, aunque es algo posterior, el Prólogo del pseudo-*Quijote*, escrito por Avellaneda.

¿Cuándo tuvo principio esa rivalidad? ¿Qué causas la motivaron? ¿Cuáles fueron sus efectos? Esto es

lo que nos proponemos tratar en este artículo, recopilando en él todo cuanto acerca de esto ha llegado á nuestra noticia, adicionándolo con nuevos datos hasta ahora desconocidos del público.

En el año 1585 salió á luz *La Galatea*, dividida en seis libros, compuesta por *Miguel de Cervantes Saavedra* (1). La aprobación lleva la fecha de 1.º de Febrero de 1584; teniendo, pues, en cuenta el tiempo necesario para leerla y aprobarla, se debe suponer que estaba concluída en los últimos meses del año 1583.

En el libro VI puso *Cervantes*, en el *Canto de Caliope*, elogios de varios poetas, y entre ellos de *Lope de Vega*, que contaba á la sazón poco más de veinte años, y dice así:

Muestra de su ingenio la experiencia,
 Que en verdes años y en edad temprana
 Hace su habitación, así la ciencia
 Como en la edad madura antigua y cana.
 No entraré con alguno en competencia
 Que contradiga una verdad tan llana,
 Y más, si acaso á sus oídos llega
 Que lo digo por vos *Lope de Vega*.

(1) Es el libro más raro de toda la bibliografía cervantina.—Fue impresa en Alcalá de Henares, por Juan Gracián—in octavo—375 hojas foliadas y 8 al principio sin foliación.—No conozco más que dos ejemplares completos; el que poseo y el que describe el Sr. D. Pedro Salvá en su Catálogo, al número 1.740; pues aunque, según noticia del Sr. D. Leopoldo Rius, se conserva otro en la Biblioteca provincial de Barcelona, es sólo un fragmento, faltando muchas hojas al principio y al fin.

— Amigo de Juan Rufo Gutiérrez, de López Maldonado y otros poetas que vivían en Madrid, *Cervantes* conocía á *Lope*, y aunque no fueran íntimos amigos, su trato debía de ser cordial, como lo demuestra la octava citada.

— Si *Lope de Vega* asistió el 26 de Julio de 1582 al combate naval de la isla Tercera, como parece indicado en el *Huerto deshecho*, metro lírico, comprobado por la *Epístola á D. Antonio Hurtado de Mendoza*, ó á lo menos en iguales días del año siguiente al desembarco y toma de la misma isla, quizás pudo conocer y tratar á *Miguel de Cervantes*, que concurrió en ambas facciones con su hermano Rodrigo (1).

Juntos concurrieron á celebrar el *Jardín espiritual*, de Fr. Pedro Padilla, que salió á luz en 1585, *Lope* con un soneto, *Cervantes* con dos poesías.

Escribió entonces *Cervantes* sus primeras obras dramáticas, y las veía acogidas con merecido aplauso, porque, en verdad, eran muy superiores á cuanto habían producido Torres de Naharro, Juan de la Cueva, y otros sus antecesores, y aun alguna, como *El Cerco de Numancia*, digna de sostener la comparación con las mejores que después se presentaron;

(1) El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, á quien debo ésta y otras noticias, dice en su *Nueva biografía de Lope de Vega*, que aún permanece inédita: «Si, con efecto, *Lope* se halló en la expedición gloriosa de las Azores, pudo allí muy bien conocer personalmente al ilustre ingenio, á quien ya conocería por algunos rasgos de su número poético y por la fama de sus relevantes servicios en la guerra y en el cautiverio, á *Miguel de Cervantes Saavedra*, que con su hermano Rodrigo tomó parte en una y otra jornada...»

pero vino *Lope de Vega*, y con su fácil vena, su privilegiado ingenio dramático, su fecundidad asombrosa, se alzó con la monarquía cómica. Los representantes no querían más comedias que las suyas; el público no aplaudía lo que no era de *Lope*.

Grande contrariedad debió ser ésta para *Cervantes*, que apenas contaba más que con los productos de su ingenio para sostener á su familia, y no pequeño desengaño, tanto más sensible cuanto que *Cervantes*, que sentía en su cerebro la llama creadora, el verdadero genio, debía juzgar injusta la preferencia.

No parece, á pesar de esto, que su carácter generoso llevara estas quejas hasta la personalidad. El soldado herido de Lepanto, el cautivo rescatado de limosna, sin que la patria recordase sus servicios; el autor pospuesto al ídolo popular, arrinconó la pluma y buscó otras cosas en qué ocuparse. Pero sus relaciones con *Lope de Vega* continuaron siendo amistosas; *Cervantes*, aunque residiendo de ordinario en Sevilla, honró con un hermoso soneto *La Dragontea de Lope*, que salió á luz en Madrid en 1598.

Puede suponerse, sin violencia, que en la continuación de esta amistad, por tantos años y á tan larga distancia, influyera el parentesco, aunque lejano y por afinidad, que entre ambos ingenios existía (1).

(1) Esta conjetura es harto vaga, pero no carece de cierta probabilidad.—Doña Isabel de Ampuero y Urbina, primera mujer de Lope de Vega, fué hija del regidor de Madrid y rey de armas Diego de Ampuero y Urbina, y de D.^a Magdalena de *Cortinas* y Salcedo. Como esta última fuese natural de Barajas, pueblo inmediato á Alcalá,

En esta época (es decir, en el año 1598), tenía *Cervantes* bosquejadas gran parte de las obras que después dió á luz, y recogidos buen número de materiales para la inmortal epopeya que, germinando ya en su cerebro, sólo esperaba la chispa destinada á hacerla vivir. Comisiones propias ó ajenas, que le produjeron graves disgustos en Argamasilla de Alba, determinaron la forma y carácter primitivo de su concepción, dando al propio tiempo patria á su héroe, y á la verdad que no tendría después de qué arrepentirse; pues una vez colocados convenientemente en escena el caballero y el escudero, podía usarse de ellos al capricho del autor, poniéndolos en situaciones de diversa índole y aprovechando su intervención para toda clase de inspiraciones.

Por eso en el *Quijote* han encontrado moral los moralistas; política, los políticos; ilusiones, los curiosos, y geografía, y guerra, y medicina, los entusiastas. Lejos de hallar en esto un defecto, como parece opinar un crítico moderno (1), yo creo que ese es el secreto de la grandeza y elevación del *Ingenioso hidalgo*. *Cervantes* imaginó una fábula elástica, sin medida, interesante siempre, en la cual pudo ir derramando con deliciosa profusión todo lo que había

se ha inferido que pudo tener cercano parentesco, ser acaso hermana de D.^a Leonor de *Cortinas*, madre de *Cervantes*; observando que D. Francisco de Urbina, cuñado de Lope, escribió al frente del *Pérsiles* un epitafio á la memoria del autor, acaso como ofrenda ó recuerdo de familia.

(1) El Sr. D. Juan Valera, en su discurso sobre el *Quijote* y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle.

atesorado en la varia experiencia de su azarosa vida, con su vivísima observación de los hombres y de las cosas.

Contrayendo esta observación al propósito con que ha sido hecha, yo creo que la desavenencia entre *Cervantes* y *Lope de Vega* puede señalarse casi fijamente en el tiempo de los viajes de este último á Sevilla (1601 á 1603), cuando el primero estaba en esta ciudad escribiendo á su placer la historia de *Don Quijote*.

Espero probar un día, con documentos, que la existencia de *Miguel de Cervantes* en Andalucía puede dividirse en dos períodos. El primero, de movimiento, de lucha, de penalidad, de agitación, y al propio tiempo, de estudio; cuando, ora comisario, ora receptor, ora cobrador de Rentas Reales, pasaba de un día á otro á Ecija, á Montilla, á Lucena, á Utrera, al Arahál, y quizás á la almadraba de Zahara, volviendo siempre á Sevilla, como á su centro, con las comisiones cumplidas en una mano, el pan para su familia en la otra, y la cabeza y el corazón llenos de los tipos, escenas y lugares que habían llamado su atención. En el segundo período, que podría fijarse su principio en 1599, es más sedentaria su vida; cansado y aún ofendido por sus tragedias en la Mancha, habiendo traído también de allí (y quizá por herencia de algún pariente muerto en este tiempo) bienes con que vivir más holgadamente, se dedica *Cervantes* á las agencias de negocios particulares y á los trabajos de escritor. Entonces se principió el *Quijote*.

Muchos eran los poetas que en Sevilla vivían á la llegada de *Lope de Vega*. Con Rioja, Arguijo, Alcázar, Jáuregui, Quirós y otros muchos, deben tenerse en cuenta á Francisco Pacheco, Juan Sanz Zumeta y Cristóbal Mosquera de Figueroa, cuya amistad con *Cervantes* está fuera de toda duda. Pero hacía poco tiempo que había bajado á la tumba Fernando de Herrera, dejando un vacío que nunca se podría llenar, y la llegada de un poeta de la nombradía de *Lope de Vega* debió producir grave sensación en la ciudad.

Era mucho el ruido que entonces causaba la escuela dramática del *Fénix de los Ingenios*, tan diferente de lo que se conocía bajo el nombre de teatro clásico, griego y latino. No faltaban autores que censurasen los llamados desarreglos de *Lope*, y sin duda, *Cervantes* había hecho conocer en más de un círculo literario las opiniones que acerca de este punto consignaba en la obra que á la sazón escribía. Ocasión debió de dar la llegada á Sevilla del célebre autor dramático para que se renovasen las cuestiones entre los apasionados de uno y otro sistema.

En burla de *Lope de Vega* existe un soneto, que hasta ahora ha permanecido inédito, y que yo conservo, copiado del manuscrito que poseyó D. Rafael Monti, donde encontré la primera noticia del verdadero retrato de *Cervantes*, en el cual se encontraba atribuído á *D. Francisco de Quevedo* y entre varias poesías de este autor. El soneto es el que sigue:

CONTRA LOPE DE VEGA

—Lope dicen que vino.—No es posible.
 —¡Vive Dios, que pasó por donde asisto!
 —No lo puedo creer.—¡Por Jesucristo,
 Que no os miento!—Callad, que es imposible.

—¡Por el hijo de Dios, que sois terrible!
 —Digo que es chanza.—Andad, que ¡voto á Cristo!
 Que entró por Macarena.—¿Quién lo ha visto?
 —Yo le vide.—No hay tal, que es *invisible*.

—¿Invisible, Mastic? Eso es engaño;
 Porque Lope de Vega es hombre, y hombre
 Como yo, como vos y Diego Díaz.

—¿Es grande?—Sí: será de mi tamaño.
 —Si no es tan grande, pues, como es su nombre,
 Cág... en vos, en él y en sus poesías.

Que este soneto no es de *Quevedo*, lo conoce cualquiera que haya hojeado siquiera sus obras poéticas; yo tengo además otra razón para no estimarlo por obra suya, y es la de que D. Francisco nunca estuvo en Sevilla antes del año 1624, y la composición está escrita en esta ciudad y por persona que asistía en la puerta *Macarena*.

En mi sentir, el soneto fué escrito por *Miguel de Cervantes*, á pesar de la licencia del último verso; pero sin ánimo de que viese nunca la luz, ni de que

saliera del círculo de amigos, á cuyo esparcimiento se dedicó, quizá improvisando.

Habitaba entoncés *Lope de Vega* en un barrio apartado de Sevilla, en compañía de *Camila Lucinda*, y con sus pequeñas hijas *Mariana* y *Angelilla* (1), y preparaba para la imprenta *El Peregrino en su patria*, cuya dedicatoria lleva fecha de esta ciudad á 31 de Diciembre de 1603.

Primera coincidencia notable. *Cervantes*, que estaba en Sevilla cuando se imprimía *El Peregrino*, no contribuyó á ilustrarlo con ningún género de composición; pero entre los que anteceden á la obra hay un soneto de *Camila Lucinda*, y otro de *D. Francisco de Quevedo*.

Otra coincidencia no menos digna de atención es que sea *El Peregrino* la obra de *Lope de Vega* á que dirige *Cervantes* sus tiros en las composiciones poéticas que preceden la primera parte del *Ingenioso hidalgo*, según lo ha demostrado el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y lo confirman las doctas investigaciones del Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Con estos antecedentes á la vista, casi se establece el principio de la desavenencia entre *Cervantes* y *Lope*, de una manera positiva.

Cuando el *Fénix de los Ingenios* llegó á Sevilla, en compañía de *Lucinda*, se ocupaba el *Mánco de Lepanto* en escribir la historia del *Ingenioso hidalgo*, en la cual criticaba la escuela dramática de *Lope*, y

(1) Epístola al Contador Gaspar de Barrionuevo.

hasta dejó escapar, en un momento de buen humor, el picaresco *soneto* que dejamos copiado. No hubo de faltar, porque nunca falta, amigo oficioso que llevase á *Lope* noticia circunstanciada de los desenfados de *Cervantes*, y aún, tal vez, de la obra que escribía, y aquí comenzó, entre los años 1602 y 1603, la verdadera y declarada rivalidad entre ambos ingenios.

Lope, que, por el incienso que en sus aras quemaban, se estimaba como un Dios en literatura, devoró en silencio, por entonces, aquélla que debió estimar ofensa; pero de regreso en Toledo, y con fecha 14 de Agosto de 1604, escribió á un médico, cuyo nombre se ignora, cierta carta, que hasta ahora sólo se ha publicado en fragmentos, y en la cual extrañaban los críticos que se hable del *Quijote*, cuando todavía no estaba impreso, extrañeza que cesa conociendo que la obra se escribió en Sevilla, donde *Lope* estuvo en aquel tiempo, y el festivo *soneto* de *Cervantes*, al cual sirve como de desquite la carta citada, que dice así:

«Siendo el portador tan zierto, no sé que escriba á Vm. que él no pueda referir mejor. *Las nuevas que del aumento de Vmd. den crédito, cosa tan importante á su profesión, son para mí, de tanto gusto*, que deseo lleguen á la suma estimación; que será su facultad* con el cuidado de la mayor salud donde le pondrán las manos que le han hecho i que... mil veces i gustaré que V. le signifique cuán contento estoy de esto, *la parte que me alcanza* i lo que á todos nos obliga.

»Yo tengo salud, i toda aquella casa. D.^a Juana está para parir, que no haze los menores cuidados. Toledo está caro, pero famoso, i camina con propios y estraños al paso que suele: las mujeres hablan, los hombres tratan, la Justicia busca dineros, no la respetan como la entienden, representa Morales, silva la gente: unos caballeros están presos porque eran la causa de esto: pregonóse en el Patio que no pasase tal cosa, i así apretados los Toledanos, por no silvar se p..., que para el Alcalde mayor ha sido notable desacato, porque estaba este día sentado en el Patio. Aplicó esto porque hizo *La Rueda de la Fortuna*, comedia en que un Rei aporrea á su mujer, i acuden muchos á llorar este paso, como si fuera posible.

»Morales no me habla porque me envió un pavo i no le quise rezibir: á la verdad, yo no tuve puerta por donde entrase, porque está hecha á medida de carneros, vaca i conejo á la noche; y si hai gallina mal para el dueño, que álguien está enfermo en casa. —De Poetas no digo: buen siglo es éste. Muchos están en zierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á don QUIJOTE. Dicen en esta ziadad que se viene la Côte para ella. Mire Vm. por donde me voi á vivir á Valladolid, porque si Dios me guarda el seso, no más Côte, coches, caballos, alguaziles, músicas, rameras, hombres, hidalgos, poder absoluto i sin P... disoluto, sin otras sabandijas que cria ese Ozeano de perdidos, Lothos de pretendientes i escuela de

desvanecidos. Vm. *viva, cure i medre*, i ande al uso; no cumpla cosa que diga, ni pague si no es forzado, ni favorezca sin interés, ni guarde el rostro á la amistad... no más, por no imitar á *Garcilaso* en aquella *figura correctionis*, cuando dijo:

«A sátira me voi mi paso á paso:»

*cosa para mí más odiosa que mis librillos á Al-
mendarez, i mis comedias á Zervantes. Si allá
murmuran de ellas algunos que piensan que las
escribo por opinión, desengáñeles. Vm. i díga-
les que por dinero. Dios guarde á Vm., i le guarde
de Vergara el Zirujano Real, que ya le damos este
atributo como á monesterio con túmulo, pues no
ha curado tanto con las manos quanto ha destruído
con la lengua. De la mía guarde Vm. la segunda
parte de esta carta; i lo que digo azerca de esos
casamientos que me dize este amigo que se tratan,
lo que le aconsejo que lo mire bien; que duerma
sobre ello antes que sobre ella, porque es una carzel
de la libertad i una abreviatura de la vida, i quien
se casa por quatro mil, dará dentro de pocas horas
cuarenta mil por no se haber casado: pero Vm.
es mui cuerdo, i lo mirará mejor que yo. De
Toledo y Agosto 14 de 1604. — LOPE DE VEGA
CARPIO.»*

No debió ser esta la única epístola que sirviera de desahogo á la bilis de *Lope*. *Cervantes* hubo de traslucir el juego, y le asegundó, ora con los versos

que puso antes de la primera parte del *Quijote* (1), ora, ya en fines de 1608, con el otro soneto, tantas veces citado, que dice:

SONETO DE MIGUEL DE CERVANTES CONTRA LOPE

Hermano Lope, bórrame el Soné
De versos de Ariosto y Garcilá,
Y la Biblia no tomes en la má,
Pues nunca de la Biblia dices lé.

También me borrarás la Dragonté,
Y un Librillo, que llaman del Arcá,
Con todo el Comediaje y Epitá,
Y por ser mora quemarás á Angé.

Sabe Dios mi intención con San Isí;
Mas puesto se me va por lo devó,
Bórrame en su lugar el Peregrí:

Y en quatro Lenguas no me escribas có,
Que supuesto que escribes boberí,
Lo vendrán á entender quatro nació:

Ni acabes de escribir la Jerusá;
Bástale á la cuitada su trabá.

Cosa es de extrañar que tantas notables personas como antes de ahora se han ocupado de esta especie de guerra literaria entre *Belardo* y *Cide Hamete* no hayan notado la íntima relación que existe entre la carta de *Lope* y el soneto de *Cervantes*.

(1) Véase el erudito artículo intitulado *Cervantes y Lope en 1605*, escrito por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, publicado en la *Revista Española* (Madrid—Fortanet—1862), tomo 1.^o, núm. 3.^o

En aquélla dice el *Fénix de los Ingenios* que nadie había tan necio que alabase á *Don Quijote*; en éste aconseja el Manco de Lepanto al autor de *Angélica* y del numeroso *Comediaje*, quemé sus obras y no escriba boberías; las pullas van de escrito á escrito, de autor á autor. *Cervantes* siguió la máxima de herir por los mismos filos.

Al soneto contestó *Lope* con otro algo más desvergonzado y menos bello:

RESPUESTA DE LOPE

Pues nunca de la Biblia digo lé,
Ni sé si eres *Cervantes*, co, ni cú,
Solo digo que es Lope Apolo, y tú
Frison de su carroza, y puerco en pié.

Para que no escribieses, orden fué
Del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste buey, pero dixiste mú.
¡Oh mala quixotada que te dí!

Honra á Lope, potrilla, ó guay de tí!
Que es sol, y si se enoja, lloverá!
Y ese tu *Don Quixote* baladí,

De cul... en cul... por el mundo va,
Vendiendo especias y azafran romí,
Y al fin en muladares parará.

Imposible parece que, á pesar de lo que en el epígrafe digan dos copias antiguas del primer soneto, haya quien lo atribuya todavía á D. Luis de Góngora.

ra, cuando en el segundo se expresa terminantemente quién era el autor á quien se contestaba.

Yo he estimado siempre por de *Cervantes* el uno, y el otro por de *Lope*. Existen en el primero giros, expresiones y versos que parecen caídos de la pluma de *Cervantes*. El estilo es enteramente igual, y esto lo afirmo con la autoridad de D. Manuel José Quintana, juez irrecusable en estas materias (1). Y, por último, el testimonio coetáneo de estar dirigida la respuesta contra *Cervantes* parece que no debe dejar lugar á dudas.

También estimo el segundo soneto por obra de *Lope*, que al decir

«Y ese tu *Don Quijote* baladí,
De cul... en cul... por el mundo va»,

quiso, sin duda, vengarse del otro verso final en que *Cervantes* dijo:

«Cág... en vos, en él y en sus poesías.»

Entre ambos libres desenfados, parece que se encuentra afinidad y relación. Pero en lo que no se ha reparado hasta ahora, es en la contestación dada por *Cervantes* á ese segundo *soneto*, que yo creo escrito por *Lope*.

El de *Cervantes*, censurando nominal y graciosa-

(1) Véase el apéndice 1.º á su vida de *Cervantes*, impresa en el tomo XIX de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

mente las obras de aquél, parece ser escrito antes del año 1608, cuando se disponía á la publicación del poema que tituló *La Jerusalén* (1). La respuesta no debió hacerse esperar, y podemos referirla al mismo año de 1609. Por entonces debía estar *Miguel de Cervantes* borroneando los primeros capítulos de la *Segunda parte del Ingenioso hidalgo*, y en uno de ellos hizo saladísima alusión al *soneto de Lope*, indicando el poco aprecio que le merecía.

Había dicho el Fénix de los Ingenios:

«Honra á *Lope*, potrilla, ó guay de tí!
QUE ES SOL, Y SI SE ENOJA, LLOVERÁ!»

Cervantes recoge la expresioncilla, y en el capítulo primero hace refiera el barbero Maese Nicolás el cuento del Licenciado que estaba en la *casa de locos* de Sevilla, y á quien hace que otro loco amenace con *no llover* en todo su distrito y contorno, por tres años enteros, como lo podía hacer, porque era *Júpiter Tonante*; á lo cual el Licenciado contesta volviéndose al capellán del Arzobispo: «No tenga vuestra merced pena, señor mío, *ni haga caso de lo que este loco*

(1) Este poema fué escrito por Lope de Vega muchos años antes.

En carta al Duque de Sessa, fecha en Toledo á 3 de Septiembre de 1605, decía Lope: «Mi Jerusalén envié á Valladolid para que el consejo me diese licencia: «ymprimirela muy aprissa, y el primero tendrá v. ex.^ª: es cosa que he escrito en mi mexor edad, y con estudio diferente que otras de mi juventud, donde tiene más poder el apetito que la razón.»—(Nota de D. C. A. de la B.)

ha dicho, que si él es *Júpiter* y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre y dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.»

La alusión no se puede presentar más transparente; el velo de la alegoría es aquí tan sutil, que la vista más corta puede traspasarlo.

Don Quijote, al escuchar tales palabras, exclama: «¿Pues este es el cuento, señor barbero, que, por venir aquí como de molde, no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo!» De este modo se desemboza más todavía la alusión; pero para que la respondan los curiosos, ocurre aquí una pregunta: ¿Por qué razón en el *Prólogo* de la segunda parte del *Quijote* hay dos cuentos de locos, y en el capítulo primero otro de loco también? Nótese que dos de esos cuentos son de los locos de Sevilla; porque yo he sospechado si el viaje de *Lope de Vega* á Andalucía, cuya causa hasta hoy se ignora, sería motivado por alguna enfermedad cerebral, nada extraña en una cabeza tan activa como la del insigne escritor. En Sevilla sufrió éste dos enfermedades, que quizá fueron consecuencia de otra anterior (1).

(1) No hay noticia alguna de enfermedades cerebrales del *Fénix de los Ingenios*. De su vida y permanencia en Andalucía debieron ser causa sus amorios, y principalmente los que tuvo con *Lucinda* después de procesado por otro amancebamiento con doña Antonia Trillo. Padeció, sí, en Sevilla dos peligrosas enfermedades, en que le asistió *doña Angela Vernegali*, á quien, agradecido, dedicó su comedia *La Corona merecida*, y la *segunda parte* de sus rimas humanas.—(Nota del Sr. D. Cayetano A. de la Barrera.)

La desavenencia, pues, que tuvo principio en Sevilla, por los alegres desenfadados de *Cervantes* que continuó con los desahogos epistolares de *Lope* y prosiguió con las embozadas críticas del *Peregrino*, consignadas en las poesías que anteceden á la *Primera parte del Ingenioso hidalgo*, y con los *sonetos* que mutuamente se fulminaron ambos escritores, no había concluído del todo cuando *Cervantes* empezó la segunda parte de su obra.

Poco tiempo después, parece que hubieron de volver á su antigua amistad *Cervantes* y *Lope*, aunque la reconciliación fué más completa de parte del primero, por su mismo carácter más franco y sincero que el del segundo. Carta existe de Lope de Vega, dirigida al Duque de Sessa, en 2 de Marzo de 1612, en la cual, sin alabanza ni vituperio, hace curiosísima é interesante mención de *Cervantes*, pues por ella sabemos que éste, anciano entonces de sesenta y cinco años, usaba anteojos, por lo cansado de su vista, y malos por su escasa fortuna. La carta es poco conocida, y por está razón no dudamos en incluirla. Dice así:

«Beso á V. E. los piés por la merced de las cartas, porque cada día quiere obligarme de nuevo con las muchas que me hace: *Yo se las di al contador Barrionuevo: quedó tan agradecido, que prometió la primera misa á V. E. si aquellos Monseñores le volviesen á España con lo que pretende. Mi brazo aún no está para escribir*, i así no van despachados, señor Excmo., aquellos papeles: irá, á lo que pienso,